

FERIA DEL LIBRO VENEZOLANO 1960

# TEATRO

44  
t

OBRAS DE ANDRES ELOY BLANCO

De esta publicación de las obras de Andrés Eloy Blanco se imprimen 600.000 ejemplares y constituye un homenaje de la Editorial Cordillera al gran poeta, al patriota ejemplar y al hombre público de rectísima actuación, con motivo del quinto aniversario de su fallecimiento ocurrido en México, a donde lo arrojara la violencia de los bárbaros.

Director General: *Juan Liscano*

Asesor General: *Alberto Calvo*

Coordinador: *Martiniano Bracho Sierra*

Asesor: *Francisco de Juan*

Portada: *Mateo Manaure*

cad 9/76

ANDRES ELOY BLANCO

V862.4  
B6411f  
e.2

# TEATRO

*El Cristo de las Violetas/1925*

*El Pie de la Virgen*

*Abigail/1937*

*Los Muertos las Prefieren Negras/1950*

SERVICIO DE CANJE

DONACION

BANCO DEL LIBRO



EDITORIAL CORDILLERA  
VENEZUELA

*Agradecemos a doña LILINA ITURBE DE BLANCO, viuda del poeta; a sus hermanas ROSARIO BLANCO DE AUZEAU, LOLA BLANCO DE PALACIOS, TOTOÑA BLANCO DE SOTILLO, a MIGUEL OTERO SILVA y a PEDRO PABLO BENEDETTI, la colaboración prestada para llevar a efecto este homenaje al gran poeta y gran ciudadano Andrés Eloy Blanco.*

## NOTICIA

*Andrés Eloy Blanco se sintió atraído por el teatro desde muy joven. Compuso piezas de circunstancia, dramas, comedias y gustó de escenificar poemas. Desgraciadamente, gran parte de su producción se perdió o quedó inconclusa. Muchos proyectos teatrales suyos no pasaron, a veces, del estadio de la conversación y del juego imaginativo, en los que tanto brillaba el poeta. Sería el caso de Caoba y de Fajardo. En cambio, destruyó La mujer de las trenzas moradas y, sin haberse preocupado por sacar copia, prestó a Martínez Sierra el original de Patria, que mi niña duerme, el cual nunca fue devuelto. Se mencionan títulos de obras cuyo paradero se desconoce por completo como Los presos y Santa Inés de los Enredos.*

*Gracias a la benevolencia de algunos familiares suyos y al empeño de quienes organizan este homenaje a su memoria, en el quinto aniversario de su dramático fallecimiento, la Editorial Cordillera ha logrado reunir en este volumen cuatro piezas pertenecientes a etapas bastante espaciadas de su creación. El Cristo de las violetas, obra de juventud, más poema escenificado que pieza teatral, fue compuesto para que muchachas y jóvenes amigos la representaran en veladas*

familiares. El original fue cedido por Rosario Blanco de Auzeau. El pie de la Virgen, preciosa fantasía escénica estallante de lirismo, de imágenes, de pasión civilista venezolana, de idealismo, fue escrito en La Rotunda para una sobrina predilecta. El poeta obsequió el libreto de esta obra a Totoña Blanco de Sotillo, quien tuvo la gentileza de facilitarlo para esta publicación. Abigaíl pertenece al dominio público pues fue publicada en 1937. El texto de Los muertos las prefieren negras fue entregado por su esposa, Lilina Iturbe de Blanco. El pie de la Virgen nunca ha sido llevada a la escena, en tanto que las otras tres piezas, en especial Abigaíl, han sido representadas varias veces.

Los organizadores de la Feria del Libro Venezolano 1960 consagrada a Andrés Eloy Blanco y la Editorial Cordillera se complacen en ofrecer a los lectores venezolanos, la primera recopilación llevada a efecto hasta ahora de las obras teatrales del gran poeta de Poda y Giraluna.

EL CRISTO DE LAS VIOLETAS

*POEMA DRAMATICO EN 1 ACTO*

## ACTO UNICO

*Un patio de la casa de los Bolívar en Caracas. La escena se desarrolla en la esquina de uno de los corredores. A la izquierda una pared blanca, en la que se apoya una mesita agobiada de flores, que enmarcan una copia del Cristo de Guacara. Dos briseras para cirios le hacen guardia. Por el arco del fondo se ve un patio con matas de granados. A la izquierda se prolonga el corredor; un grave tinajón pegado a una columna; los personajes aparecen en tertulia, en una rueda de sillas y mecedoras.*

*Doña MARÍA ANTONIA CLEMENTE, VALENTINA, DON FERNANDO y GABRIEL. Al levantarse el telón todos están como en un silencio triste y pensativo; así permanecen durante varias segundos, hasta que rompe el silencio:*

DOÑA MARÍA ANTONIA. — ¡Por Dios, qué silencio! ¿Por qué nos hemos quedado así?

VALENTINA. — Culpa de Gabriel. Hijo mío, tus cuentos son más tristes que una urna. Hombre, no tiene gracia eso de venir a contarnos cosas malas a estas horas...

GABRIEL CAMACHO. — No, no es el cuento... Es el aire que está triste. Es que todo está preparado para el que-

branto. Ese cuento lo refiero yo en cualquier otro día y pasa sin hacer daño; pero hoy está lloviendo pena.

MARÍA ANTONIA. — ¿Pena? Pena me da a mí con don Fernando, que viene aquí a pasar un buen rato y se ha quedado el pobre con una cara de enfermo...

DON FERNANDO. — Tiene razón Gabriel. Hay momentos en que la melancolía viene sin llamarla. Somos como los árboles. Sombra y fruta tenemos, pero no siempre cantan los pájaros. Es el cielo quien nos manda el ave que viene alegre y la que viene triste. No es culpa nuestra...

MARÍA ANTONIA. — Pero hoy es un día en que han llegado los pájaros cantando. Las noticias que usted nos ha traído son para estar de fiesta, don Fernando. Y quiera Nuestro Señor que no cambien.

DON FERNANDO. — Dios querrá que no cambien. Mis noticias son buenas. El está mejor. Mejor no más; no podemos pedir más por ahora...

VALENTINA. — Estará cansado más que todo...

DON FERNANDO. (*triste*). — Cansado de todo... Cansado debía estar desde hace tiempo. Cansado ha debido quedar en la noche del 25 de setiembre; cansado ha debido quedar desde las canalladas de Valencia; cansado ha debido quedar desde las traiciones de sus generales, cansado de Córdoba, cansado de Lara, cansado de Santander; cansado de la incomprensión, cansado de su propia superioridad; sí... debe estar cansado... debe estar cansado hasta de no cansarse nunca...

GABRIEL. — Pero no se cansa de soñar y de predicar... Y todavía dicen los traidores de aquí que lo necesitan; todavía le quieren dar la Presidencia, esa Presidencia que lo está matando.

DON FERNANDO. — Pero ya no le tendrán. Su separación de la política es irrevocable. Está enfermo, está desilusionado. Ya no quiere vivir sino dormir. Me dice que desde que salió de Bogotá se preparó para juntarse con el mar.

Y allí se está en Santa Marta como en un fondeadero. Su larga carrera tormentosa es la de un río claro y bravo. Ha repartido su caudal y ahora ha llegado al mar como a una mansa desembocadura...

MARÍA ANTONIA. — No, no... mi hermano se morirá de pensar, mi hermano no descansará jamás mientras viva... Yo le conozco... ese río no entrará suavemente en el mar. Le abrirá como una tormenta en su última lucha por la justicia... Mi hermano morirá como él quería morir, en una carga; sí, su tristeza es muy grande y muy rebelde y él morirá junto al mar y como el mar, don Fernando...

VALENTINA. — No volvamos a ponernos tristes. Ya ves mamá que está mejor... Y el Cristo de las violetas lo salvará.

DON FERNANDO. — ¿Cuál es el Cristo de las violetas?

MARÍA ANTONIA. — Ese, es una copia. El Cristo está en Guacara. Lo trajo de Italia el señor Wallis. Es muy hermoso. Cuando fuimos a las minas le conocimos y nos gustó tanto que mandé hacer una copia. Y Luisa lo ha confirmado el Cristo de las Violetas. Verá usted: El Cristo tiene las manos, los pies y los labios como las violetas. La pobre ciega que no podía admirarlo hacía que Valentina y Margarita se lo explicaran. Y entonces nos dijo: "Pues para mí se llama Cristo de las Violetas...". Y así se quedó.

DON FERNANDO. — ¡Pobre Luisita! Parece mentira que unos ojos tan hermosos no tengan luz. Y dígame, doña María Antonia, ¿no se ha sabido nada de Avendaño?

MARÍA ANTONIA. — Nada. Cuando mi hermano salió para Oriente, aquello era un desastre. Como todo el pueblo huía, todo era confusión. ¡Ay!, ¡ese año 14 fue un mal sueño! El capitán Avendaño —¿te acuerdas Gabriel?— qué guapo hombre, gallardo y un jinete estupendo; el capitán Avendaño marchó de los primeros. Yo les había tomado

ya cariño a esas dos niñas, y cuando él me las confió las recibí con alegría... Y no me he arrepentido hasta hoy. Ya usted ve, son como mis hijas. Su padre quién sabe dónde habrá caído de su caballo para no levantarse más. ¡Pobre patriota, que probó la peor parte de la Patria en el peor de los años!...

DON FERNANDO. — Sí, yo recuerdo todo eso. Hicimos mil averiguaciones. El Libertador estaba desolado por la desaparición de su llanero...

VALENTINA. — Y luego la desgracia de Luisa, tan rápida, tan inesperada, nos ha hecho quererlas más...

DON FERNANDO. — ¿Estaba enferma ya?

VALENTINA. — No... estaba muy bien, muy alegre... una noche se acostó como siempre y al día siguiente nos llamó llorando; estaba ciega, ciega sin saber por qué. Lo único que dice fue que tuvo un sueño raro, así como de llamaradas, de relámpagos, no sé; en fin que quedó ciega la pobrecita... Y es tan dulce, tan piadosa que ni se lamenta ya... vive sonreída... más llora Margarita de verla a ella ciega.

DON FERNANDO. — Es lamentable, pero hermoso verlas a las dos. Cuando Margarita le va sirviendo de lazarillo, más bien parece que fuera Luisa la que conduce a Margarita; porque la ciega va sonriente y la otra lleva los ojos marcados de congoja...

MARÍA ANTONIA. — No será eso sólo el cavilar de Margarita...

DON FERNANDO. — ¡Hola, hola! ¿Como que hay algo más?, ¿amorcitos?

MARÍA ANTONIA. — Tal vez.

VALENTINA. — No mamá. Amorcitos no, amor acaso, pero honrado y paciente amor. Margarita nunca hará lo que tú no apruebes.

GABRIEL. — Eso es más complicado... A ver Valentina; explica eso; creo que don Fernando es de la casa.

VALENTINA. — No sé, yo nada sé...

MARÍA ANTONIA. — Pues yo sé muchas cosas, Valent'aa, yo sé lo que no quisiera saber. Yo sé que Margarita prefiere ahora ir a misa de ocho en San Pablo cuando antes prefería la de seis en San Francisco. Yo sé que Margarita ha descubierto que son muy bonitas las mañanas del domingo por los lados de la Vega y que es muy piadoso acudir a la limosna de la tarde a la puerta de San Felipe... Yo sé que ahora se pone muy bien el sol por la Pastora, y asoma muy bien la aurora por Cotiza. Yo sé que Margarita se ha sorprendido de lo azul que es el cielo y de lo verde que es el campo... yo sé que hay nubecillas en el cielo y pajarillos en el aire y la niña Margarita en la ventana ha conocido a la luna del cielo...

GABRIEL. — Total: la niña Margarita está enamorada. Mejor. La niña Margarita va a gozar por fin su pedazo de tontería. No sabemos que somos tontos hasta que nos enamoramos...

MARÍA ANTONIA. — Pues a ti te dura, porque lo que has dicho es una tontería.

GABRIEL. — No lo niego. Pero, ¿quién es el galán?, porque no creo que la niña Margarita se haya enamorado del cielo ni de las nubes...

VALENTINA. — No hay nada todavía. Ella sabe muy bien que a mamá no le gusta.

DON FERNANDO. — Por algo será. ¿Quién es él?

VALENTINA. — Juan Antonio Velasco.

DON FERNANDO. — ¿Ese que llaman "el españolito"? Es simpático ese muchacho...

MARÍA ANTONIA. — Yo he soñado siempre, don Fernando, en casar a las hijas de Avendaño de acuerdo con lo que hubiera querido Avendaño para ellas. ¿Usted cree que aquel hombre de los llanos, patriota enfurecido, que murió por su bandera, matado acaso por un español, habría visto con placer a su hija casada con uno de sus enemigos?

La hija del hombre que murió por Bolívar no puede salir de la casa de los Bolívar de la mano de un realista.  
VALENTINA. — No es realista mamá; es español. La guerra ha terminado y él es venezolano.

MARÍA ANTONIA. — No, es español; es un agitador de la colonia; es un hijo espiritual de José Domingo Díaz; es uno de los que gritaron por las calles celebrando la batalla del Calvario en el día de Carabobo. Está tranquilo porque no le han molestado; pero es un realista, es un hombre que odia a mi hermano y yo no le doy a mi hija. De la mata de granados que hay en mi patio no comerá un solo grano la boca que pidió la muerte del hombre de mi casa.

GABRIEL. — Juan Antonio Velasco, el españolito... ¡pobre Margarita!

MARÍA ANTONIA. — Juan Antonio Velasco, el españolito... ¡Pobre hermano mío, tan grande y tan amargo!

DON FERNANDO. — Por amor, doña María Antonia, grande por amor, amargo por amor... no lo olvide usted... Cuando vea usted llorar a Margarita, procure usted no hacerla ni tan grande ni tan amarga...

VALENTINA. — ¡Silencio!

*(Entran, riéndose, LUISA y MARGARITA, de las manos).*

MARGARITA. — Valentina, Valentina, mira lo que nos traen. Fíjate, ¡qué naranjas!

VALENTINA. — ¿Quién vino?

MARGARITA. — Pomarrosa. La vi de lejos, y por allí, por esos corredores, hemos pasado sin que ustedes nos vieran, no fuera que me quitaran las mejores. Pomarrosa viene cargada de cosas... ¿Cómo está, don Fernando?

DON FERNANDO. — Margarita, bien. Más linda cada día.

LUISA. — ¿Don Fernando, está aquí?

DON FERNANDO. — Aquí está don Fernando, Luisita, mirándote esa cara de sol...

LUISA. — No sea malo, don Fernando, que si yo pudiera verlo sabría que se está riendo de mí...

DON FERNANDO. — Si tú pudieras verte tú misma, sabrías que no me estoy riendo. A ver, ¿qué les trajo Pomarrosa?

LUISA. — ¡Pomarrosa! ¡Pomarrosa!, ¡pasa, ven!

*(Entra POMARROSA fresca y jovial, con un cesto lleno de frutas y flores).*

VALENTINA. — ¡Cuántas cosas!, y ¿dónde encontraste tanto?

POMARROSA. — De caminar tanto lo encontré todo... De Anauco arriba, helechos para doña María Antonia. Me bañé. ¡Más fría que estaba l'agua!, se me encalambraban las canillas, niña. Pá eso las caminé bastante hasta que reventé por la Alcabala. Venían esos carros de Petare que botaban las frutas: naranjas, dicen que de la Floresta, ¡y unos mangos hermosos, niña! Y son pá la niña Margarita las naranjas y pá la niña Valentina los mangos. Y por los laos del Rincón —¡asina anduve!— fue que jallé las violetas pá la niña Luisita, que dan gusto. Me las quitaban por un tris. Por naida se me llegó uno y que quitó un poco... uno que es teniente...

LUISA. — ¡Ay Pomarrosa!, ¿le diste mis violetas?

POMARROSA. — Un poco, niña Luisita, un poco no más... Fue porque me dio pena. Usté sabe que uno con los patriotas se tié que portá bien; ¿guá, y el patriotismo? además... que yo le debí algo... Como él me había dao unas violetas hacen días, y a mí no me gusta quedarme con nada fui y se las devolví ahora. No vaya a creé el patriota...

GABRIEL. — ¡Claro! No vaya a creer el patriota que tú te quedas con lo suyo, ¿verdad?

POMARROSA. — Asina es. Y yo soy asina. Ca vez que él me da algo no se pasa una semana sin que yo le dé aunque sea unas flores... No vaya a creé...

GABRIEL. — Eso es... No vaya a creer que a ti te hacen falta sus regalos, ¿verdad?

POMARROSA. — Asina es. Usté vé: estos claveles que tengo en la caeza me los dio ahoritica. Yo soy asina; yo mañana o pasado le doy unas flores e un vasito é carato que yo hago muy bueno... no vaya a creé...

MARÍA ANTONIA. — ¡Cierto! Eres muy honrada, Pomarroosa. No quieres deberle nada al patriota, ¿verdad?

POMARROSA. — Tanto como nada no, doña María Antonia... que él no me d' pa que yo le pague; él me da de su espontáneo; y es él muy patriota pa cobrá; y hay cosas que no se pagan nunca; pero yo sé como son los patriotas, doña María Antonia, que en la guerra se acostumbraron a ersigí y son muy ersigidores; por eso es que yo soy asina, pago ligero pa que no cobren demás. Asina es...

*(Entra MERCEDES. Viene azorada, como con miedo.)*

VALENTINA. — ¡Mercedes, aquí está Mercedes! Pero ¿qué te pasa?, vienes como si te hubieran regañado en la calle.

MERCEDES. — Buenos días.

GABRIEL. — ¡Otra que viene triste! ¡Hombre!, ¡no parece sino que todo el mundo hubiera escuchado hoy el cuento que yo conté!

MERCEDES. — ¡Es que... hay un gentío en la calle! Estaban gritando y el tumulto es espantoso. Me dio un miedo...

VALENTINA. — ¿Será algo grave?, ¿qué gritaban?

MERCEDES. — Ni sé. Me dio mucho miedo. Cuando yo tengo miedo no oigo nada...

MARGARITA. — ¿Cómo es el cuento, Gabriel?

GABRIEL. — Conté el cuento de la india y el hijo de Vasconcelos. El hijo del capitán general se enamoró de una india, pero su padre lo perseguía y declaró un odio mortal a la muchacha. Era como un pleito de razas... Un día la india dijo a su novio: "Mira, cuentan las leyendas

de mi pueblo que dos amantes no llegan a ser completamente uno del otro sino cuando la Muerte los une” y se tiraron los dos por la toma del Anauco que está detrás de la casa de la Capitanía... Ya ves que es un cuento bien tonto...

MARGARITA (*triste*). — ¿Y eso será cierto?

DON FERNANDO. — No, Margarita... eso no es cierto... La muerte no junta a nadie...

LUISA. — La muerte junta a los que debe juntar... como la sombra...

VALENTINA. — Dos amantes no llegan a ser completamente uno del otro...

MERCEDES. — Hasta que la muerte los une...

LUISA. — Hasta que la muerte los une...

MARGARITA. — Hasta que...

POMARROSA. — ¡Ay, mi madre!... si van a llorar me voy...

MARÍA ANTONIA. — No, ahora vamos a adornar la mesa con los heleichos de Pomarroza. Ya verá usted, don Fernando, qué tinajas me ha mandado el general Sucre. (LUISA, *que iba a tomar las violetas, se detiene con un leve grito al oír estas palabras.*)

DON FERNANDO. — Luisita, ¿qué tienes?

LUISA. — Nada, nada, don Fernando, parece que algo pincha en estas violetas.

DON FERNANDO. — A ver... No, no hay nada que pinche, Luisita, (*bajo.*) No hay nada que pinche en las violetas, hija mía... pero hay algo en la voz que duele un poco...

LUISA. — No... nada... nada duele... Póngame estas violetas en la mesita. Gracias...

DON FERNANDO (*sin apartar la vista de LUISITA*). — Decía usted, doña María Antonia, que ha recibido unas lindas tinajas de Guayaquil. ¿Ha sabido usted algo del general Sucre?

MARÍA ANTONIA. — Sí, ya debe haber llegado a Quito. Las noticias son malas; esas gentes de Pasto y esas gentes de

Bogotá no pueden ver al mariscal. Y es claro. El mariscal es Bolívar. Los Azuero y los Santander y los Obando no pueden vivir la misma vida de los Bolívar, de los Sucre y de los Urdaneta... Tengo un miedo a veces, don Fernando. Fuera de usted, Sucre y Urdaneta no nos quedan diez amigos... Pero venga usted a ver las tinajas...

DON FERNANDO. — Luisita, ¿duele todavía el pinchazo?

LUISA. — No, don Fernando; pero, ¿qué piensa usted?

DON FERNANDO. — Nada, niña mía, nada. Pero estos ojos que han visto tan lejos y en tanta miseria oscura, cómo no han de ver algo en tu vida tan clara y tan hermosa. Yo sé muy bien, Luisita, que hay momentos en que hasta las violetas tienen espinas...

(*Salen DON FERNANDO, MARÍA ANTONIA, GABRIEL, MERCEDES y POMARROSA*).

VALENTINA (*al verse solas*). — Cuenta, cuenta...

MARGARITA. — No, cuenta tú primero.

VALENTINA. — Pues nada, hija... lo que habíamos pensado.

A mamá no le gusta. Habló muy claro. Dice que ella no le da su hija a un realista y que tu padre tampoco habría consentido y que...

LUISA. — Mi padre sí habría consentido. Y doña María Antonia consentirá también. Yo que soy ciega lo veo todo mejor que ustedes. Yo veo claro en el sentimiento de todos. Doña María Antonia es más buena que los santos y tú verás, tú verás. Cuando yo le hable no me negará nada...

MARGARITA. — ¿Qué sabes tú?

LUISA. — Mira, Margarita, ¿tú has visto nada más triste que una mujer llorando? ¿No, verdad? Pues figúrate lo triste que será una ciega llorando. Por eso, por no entristecer a nadie, estoy siempre sonreída. Pero cómo será de doloroso ver unos ojos que parece que no tienen luz y de pronto empiezan a brotar de ellos unos hilos luminosos

de una luz que no ha servido para alumbrar para ver, pero sirve para rogar, para pedir y para decir a doña María Antonia: Margarita está enamorada y yo quiero que se case con su novio. Y entonces ella tendrá miedo de que se vacíen mis ojos, como dos vasos que sólo sirven para llenarse de agua... y entonces, sin vista y sin lágrimas, para qué van a servir... Ella hará lo que yo le pida, porque no querrá quitar a mis ojos el llanto que les queda, que es lo único que les queda...

MARGARITA. — No, no... Que tú vayas a estar llorando media vida para que yo... No... Yo le diré a Juan Antonio que no venga, que se vaya lejos...

LUISA. — Tú no le dirás nada de eso a Juan Antonio. Porque yo le diré entonces que todo eso es mentira tuya y que doña María Antonia no quiere que él se vaya... Oye, Margarita, nadie ve mejor ciertas cosas que los ciegos... Ustedes ven hacia afuera. Nosotros vemos hacia adentro...

DON FERNANDO (*entrando. Ellas se callan al verlo*). — ¿Por qué se callan? ¿Por qué te callas, Luisita? No vengan a decirle a un viejo romántico que está de más aquí. Mira, Margarita, eso que te está diciendo Luisa es lo cierto. No vayas a cometer la tontería de decirle a Juan Antonio que se vaya. Hoy no le quieren aquí. Mejor. Así te querrá más mañana; la guerra que hoy le hacen aumenta su afán, mientras más le cueste lograrle más te querrá. Así fuimos los patriotas; mucha pena y mucha sangre ha tenido que costarnos esta tierra para quererla como la queremos. Así es mejor... que te niegue un poco doña María Antonia, te querrá más tu españolito... Queremos más a las mujeres por lo poco que nos niegan que por lo mucho que nos dan...

LUISA. — Gracias, don Fernando. Usted sabe mucho...

DON FERNANDO. — Mucho, Luisita, mucho... Sé más que Margarita, ¿verdad?... y de ti sé muchas cosas, muchas, ¿verdad?

LUISA (*sobresaltada*). — ¿De mí?; ¿qué puede haber en mí de interesante, don Fernando?

DON FERNANDO. — ¡Quién sabe, hijita mía, quién sabe! Acaso haya sido yo buzo alguna vez y haya llegado hasta el fondo de las tinajas que vinieron de Guayaquil...

LUISA (*sin contenerse*). — ¡Cállese, don Fernando, cállese!

MARGARITA. — Luisa, Luisa, ¿qué es?

DON FERNANDO. — Nada, nada que no sea muy hermoso. ¿Verdad Luisita, que tú no vas a contar a tus tres amigos todo eso?... Vamos, tú allí sentada y el viejo amigo aquí... Valentina y Margarita allí... ¿Verdad que la espina de las violetas te entró por un oído cuando doña María Antonia habló de las tinajas que le había enviado tu... mariscal?

LUISA. — ¡Por Dios, don Fernando, usted está loco!

VALENTINA. — Pero Luisita, estás nerviosa... Cuenta...

MARGARITA. — Dí, Luisa, cuéntanos un cuento...

*(Pausa. En el silencio LUISA solloza).*

LUISA. — ¿Tú te acuerdas, Margarita, del año 20, en el ingenio?... ¡Cuántos oficiales, cuánto lujo, cuántas armas! El Libertador iba muy contento. Aquella noche de la fiesta fué. Un oficial rubio de patillas rizadas me tomó del brazo. Mientras bailábamos él hablaba. Yo no he escuchado jamás una voz más dulce y al mismo tiempo más fuerte. Era una voz metálica y apasionada. No creo que haya nadie más noble que él en la tierra... Aquello fué como un sueño bueno. Nos dijimos mil cosas. El prometió; él prometió que volvería. Yo le esperé mucho tiempo; me impacientaba su tardanza. Supe que había prosperado. Yo lo sabía; yo sabía que él sería muy grande, el más grande después del Libertador. Yo sabía que él era el hijo, el más grande después del Padre... Cuando vino aquello de mis ojos, me acosté pensando en él, me dormí pensando en él. Pero tuve una pesadilla horrible. Le veía sobre un volcán,

rodeado de fuego. Oía el ruido de los cañones; la muerte pasaba por sobre él y él la saludaba sonriente y agitando una bandera. Le ví coronado de llamas volar hasta una llanura ensangrentada... Y de pronto todo fué oscuro; era una selva, una selva espantosa; él iba solo... De pronto una llamarada salió de los árboles y él cayó desplomado... y todo quedó otra vez oscuro... Desperté y todo seguía oscuro... oscuro... y todo está oscuro todavía... (Pausa.) Luego supe que era glorioso, que había salvado a Colombia en Ayacucho, que era el gran mariscal; el volcán acaso era el Pichincha; y supe que era presidente de Bolivia... y supe que se había casado con una marquesa... (Pausa.) Pero eso no me dolía, porque ya yo no le esperaba... Es más... no quería que volviera... ¿Para qué, para no verle?... y así está mejor... él es mío de todos modos... y hasta creo que va a venir algún día a cumplir lo que me ofreció. ¡A mí no me importa esa marquesa!... Es mío. (Ríe.) Me lo ha ofrecido el Cristo de las Violetas... Si viene más viejo o más feo, no me importa, porque yo... yo no lo veré... (Solloza.) (Todos han quedado silenciosos. Entra MARÍA ANTONIA).

MARÍA ANTONIA. — ¿Qué pasa, qué es esto?

DON FERNANDO. — Nada... otro cuento triste, otra hora sin pájaros en el árbol.

MARÍA ANTONIA. — Luisa, estás llorando. ¿Quién la hizo llorar?

LUISA. — Nadie... Fuí yo quien contó el cuento... Fué a propósito de las tinajas que vinieron de Guayaquil. Pensaba yo en la sed que podrían apagar ellas a tantos que viven sin agua...

MARÍA ANTONIA. — No quiero que llores, Luisa... Ya sé, ya sé que hay mucha sed en el mundo. Que se llenen de agua todas las tinajas del mundo para la sed de todos los

sedientos, pero que no se llenen de tus lágrimas mis tinajas de Guayaquil...

*(Entra GABRIEL, precedido por un negrito que trae refrescos.)*

GABRIEL. — Vaya, aquí hay agua para los sedientos. Se acabó la tristeza.

LUISA. — ¿Es Valerio? Ven acá. Ya sé que le robas los mangos a Pomarrosa, me lo dijo antier. Si le sigues robando los mangos a Pomarrosa, le voy a pedir a Dios que te deje negrito para toda tu vida.

*(Entre las risas ofrece MARGARITA los refrescos y en medio de la conversación llega PEDRO, el criado, algo agitado.)*

PEDRO. — Señora...

MARÍA ANTONIA. — ¿Qué sucede?

PEDRO. — Señora, la plaza del mercado está llena de gente... Parece que hay revuelta... Están gritando los patriotas...

DON FERNANDO. — ¿Cómo? ¿Qué ocurre?

PEDRO. — Las gentes llaman a don Fernando a la puerta de la Intendencia. Parece que hay noticias malas. Y están matando a uno...

MARÍA ANTONIA. — ¿Matando a uno? ¿Por qué?

PEDRO. — Por español, señora, dicen que han cometido un gran crimen y que los godos son los culpables. Dicen que los granadinos y los godos se han juntado para matar a los patriotas y que hay que matarlos a ellos... Anda todo revuelto y por esas calles están trancando las puertas...

MARÍA ANTONIA. — Algo habrá cuando el pueblo se agita. Algo nuevo y muy malo habrá caído sobre esta tierra que no se cansa de sufrir.

VALENTINA. — ¡Dios mío! ¿Qué será? Don Fernando, ¿usted no sabe nada?

DON FERNANDO. — Nada. Voy a la Intendencia a ver qué ocurre.

GABRIEL. — Espéreme, don Fernando; yo le acompaño.

MARGARITA (*que está casi desmayada*). — Gabriel... Gabriel...

GABRIEL. — ¿Qué quieres?

MARGARITA. — Gabriel... que si es él... que lo salven...

GABRIEL. — Cálmate, no tengas cuidado...

(*Entra JUAN ANTONIO VELASCO. MARGARITA va a correr hacia él. MARÍA ANTONIA la detiene con la mirada.*)

MARÍA ANTONIA. — ¿Qué desea usted?

JUAN ANTONIO. — Lo que usted desee, doña María Antonia.

Una noticia espantosa ha llegado a Caracas. El pueblo anda loco, quieren matar a los españoles y a los granadinos. Yo he venido a salvarme en esta casa del mal grande de los colombianos. Usted dirá.

MARÍA ANTONIA. — ¿Yo diré?, yo diré que usted, si es español culpable, debía huir de esta casa, que es la casa de los patriotas.

JUAN ANTONIO. — No soy culpable. Soy español. Y vengo al lado de una mujer que me quiere.

MARÍA ANTONIA. — Esa mujer es mi hija. Y es patriota. Las mujeres de mi casa no quieren a sus enemigos.

JUAN ANTONIO. — Al llegar le dije a usted, señora, que yo deseaba lo que usted deseara. Buenos días.

MARGARITA. — ¡No!...

DON FERNANDO. — Espere usted un momento, Juan Antonio.

¿Qué noticia es esa que todos saben y que yo no sé?

JUAN ANTONIO. — Dicen que han asesinado al mariscal de Ayacucho.

(*Luisa queda de pie como alucinada por el golpe.*)

LUISA. — Que... han asesinado... al... mariscal... de

Ayacucho... Que... han asesinado... al... mariscal... de Ayacucho...

(VALENTINA *la sostiene en sus brazos.*)

MARÍA ANTONIA. (*estupefacta*). — Pero... ¿pero es cierto?

JUAN ANTONIO. — Es cierto, señora... Hay una comunicación para don Fernando, pero al mismo tiempo la noticia ha llegado por otros órganos. Es cierto. El 4 de junio fué asesinado el mariscal de Ayacucho en la montaña de Berreucos.

MARÍA ANTONIA (*frenética*). — ¡Dios bendito! ¡Y mi hermano se morirá, sí, se morirá; no es al general Sucre, no, no es al general Sucre al único que han matado esos bandidos! ¡Han matado a mi hermano! ¡Asesinos! ¡Han matado al Libertador! ¡Han matado al Padre! ¿Y usted viene a pedir salvación en esta casa ultrajada? ¿Y usted viene a pedir a la casa de Bolívar vendido, de Bolívar traicionado? ¿Usted viene a esconderse aquí? ¡Pedro, Pedro! Abre las puertas. ¡Dí al que venga a buscar a este hombre, que está aquí, que entren, que se lo lleven, que lo asesinen también como ellos asesinaron a los Padres de Colombia!...

MARGARITA. — ¡No! ¡Perdón! ¡Gabriel! ¡Don Fernando!

(*Salen todos, menos las dos hermanas y JUAN ANTONIO.*)

MARGARITA (*a JUAN ANTONIO*). — ¡De aquí no te vas!

JUAN ANTONIO. — Cálmate. De aquí me iré; de aquí me llevarán. Pero no creas que he venido a esconderme, a salvarme. No, he venido a saber lo que sé; he venido a verte; he venido a preguntar si tú eras posible para mí, a preguntarle a doña María Antonia si mi esperanza era justa. Si ella me hubiera dicho: allí está mi hija, te la doy, entonces me hubiera escondido para salvarme. Pero ahora, ahora ya sé. Ahora ya no me importa que me asesinen delante de tu misma casa... La guerra es así... Ganar la vida

es una batalla inútil si con ella no se gana el amor. Yo gané mi mejor batalla contigo, la perdí con doña María Antonia. Con los Bolívar no podemos luchar los españoles...

MARGARITA. — ¡Tú no te vas de aquí!

JUAN ANTONIO. — No, si yo no me voy todavía. Yo todavía tengo que decirle a Luisita que tú y yo somos dos egoístas. No pensamos sino en nosotros; pero yo he visto el efecto que le produjo a ella la noticia. Yo he adivinado su dolor mucho más grande que el nuestro... Luisita, hoy es el día en que le matan los novios a las Avendaño.

LUISA. — No, a tí no te matarán, Juan Antonio. Tú verás. Ese que está ahí se llama el Cristo de las Violetas y es patriota y español. A tí no te matarán.

JUAN ANTONIO. — Luisita, perdóname. No sospeché nunca el dolor que te traía.

LUISA. — No, Juan Antonio, si ya no es dolor; ya estoy bien; no me ves sonreída... Margarita, ¿te acuerdas de lo que contaba hace un momento? ¿Te acuerdas? Te dije que él era mío, mío de todos modos; te dije que él vendría a cumplir lo que me ofreció; y ya tu ves, él ha venido. Ahora le han matado y ahora no quedará de él sino el recuerdo; y el recuerdo es mío, Margarita, mío solo; ni su pueblo, ni su espada, ni su marquesa me lo van a quitar ahora... ¡Que venga la marquesa a quitármelo! Es mío, mío, mío...

MARGARITA. — Hermana, bienaventurados los ciegos...

LUISA. — Sí, bienaventurados los ciegos, porque ellos verán a Dios; bienaventurados los ciegos, porque ellos no perderán nunca el recuerdo; bienaventurados los ciegos, porque su amor no puede morir jamás en su universo de sombra; bienaventurados los que no podrán ver los ojos del amado porque así siempre los llevarán consigo...

MARGARITA. — Bienaventurados los ciegos, hermana, porque para ellos ni la muerte es distancia, ni la patria es abismo...

LUISA. — Sí... Los novios de las ciegas pueden ser mariscales, patriotas o españoles... Para nosotros todo es negro... Para nosotros todas las banderas son de un solo color...

(MARÍA ANTONIA *ha oído las últimas frases desde el fondo. Entra con un cirio.*)

MARÍA ANTONIA. — Margarita... Toma, ponle esta vela al Cristo, por el alma del gran mariscal de Ayacucho...

LUISA. — Doña María Antonia, doña María Antonia... no... no le ponga usted vela... no... velas no, que yo no veo... que yo no veo la luz... Tome... póngale usted violetas al Cristo de las Violetas. Violetas... Doña María Antonia, que yo pueda olerlas... póngale usted violetas por su alma... que huela un poco para él que no tiene ojos...

(*Pausa. MARGARITA lleva las violetas al Cristo. LUISA queda en el centro, mirando hacia adelante, alta la cabeza dolorosa, como buscando el cielo. JUAN ANTONIO, respetuoso y sereno. MARÍA ANTONIA atraviesa lentamente la escena, viendo fijamente a JUAN ANTONIO.*)

MARÍA ANTONIA. — ¡Pedro! ¡Pedro!... ¡Cierra las puertas, Pedro!...

TELON

# EL PIE DE LA VIRGEN

Empezado el 11 de febrero de 1929

*Prodigio en tres cuadros - Seguido de una burla en tres cuadros - Seguido de una comparsa en tres cuadros.*

## CUADRO I

*En la intrincada selva. Arbolitos chinos; elefantes de cartón; fieras de palo. Un loro en un aro. Media Luna enorme. Cabezas humanas; ahorcados. Decoración fantástica. Poste con un cartel. Pinos brillantes. Los niños han acampado, en su fuga de los hombres, que les amenazan con hacerles perder el mundo. CARA DE COLMENA, CUNÍN, GRANITO DE ORO, PELOTICA. Las dos primeras sentadas sobre un león dormido. Los otros dos inclinados sacándole los piojos a TUMUSA. CARA DE COLMENA cose una pañoleta; CUNÍN la ayuda.*

CUNÍN. —

Hilo, hilo, hilo de oro,  
yo jugando la jerei

(canta)

encontré una gran señora . . .  
Qué lindos ojos tenéis.

CARA DE COLMENA. — Si los tengo o nos los tengo,  
esa no es cuenta de usted  
que los hijos del rey moro  
no se tratan por mujer . . .

CUNÍN. —

Yo me voy muy enojado  
para el palacio del rey  
a decirle a mi señora  
qué lindos ojos tenéis...

CARA DE COLMENA. — Ven acá, buen escudero,  
escudero tan cortés,  
que de diez hijas que tengo  
escojed la que queréis...

(Habla)

...Se acabó el hilo... Dame otra  
hebra.

(CUNÍN se arranca un pelo largo y  
dorado y se lo da.)

CUNÍN (canta). —

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!  
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, ¡se me acabó el  
hilo de oro!

(Habla.)

Toma.

CARA DE COLMENA. — ¡Señor mío Jesucristo! ¡Esto es im-  
posible sin espejuelos! (Ensarta.) Ya está. Menos mal que  
sobra hilo.

CUNÍN. — ¿Sí? Pero duele el ovilla.

CARA DE COLMENA. — ¿Qué hora es?

GRANO DE ORO (enseñando algo entre los dedos). — Diez y  
seis.

CARA DE COLMENA. — ¿Qué? ¿Qué quiere decir diez y seis?

GRANO DE ORO. — Diez y seis piojos que le he sacado a esta  
puerca.

CUNÍN. — ¡María Santísima!

CARA DE COLMENA. — ¡Sin pecado original! Bueno, ya eso  
pasa de la cuenta. Lo que es a esa asquerosa le voy a  
sacar los piojos con candela.

CUNÍN. — Aféitala.

GRANO DE ORO. — Lo mejor me parece matarla.

PELOTICA (*grave*). — Tengo una idea.

CARA DE COLMENA. — ¡Oh! ¡Pelotica tiene una idea! ¡Qué acontecimiento!

CUNÍN (*burlona*). — ¡Gran función! ¡El gran Pelotica tiene una idea!

GRANO DE ORO. — ¡Adelante, señores! ¡Nada menos que Barriguilla tiene una idea!

PELOTICA (*muy tranquilo*. A GRANO DE ORO). — Tu vieja.

GRANO DE ORO (*id., id.*). — La tuya.

PELOTICA (*muy serio*). — Tablas.

CARA DE COLMENA. — Bueno, Pelotica, venga la idea.

PELOTICA. — Al grano, como los pollitos. ¡Tomusa! ¡Tomusa!

TOMUSA. — Yo no me llamo Tomusa, ¿sabes?

PELOTICA. — ¡Cierre el piano! Usted se llama Tomusa hasta que se muera. Venga aquí. ¡Camine!

CARA DE COLMENA. — ¿Dónde vas?

PELOTICA. — A la intrincada selva.

CARA DE COLMENA. — ¿Qué piensas hacer?

PELOTICA. — Llevar esta marrana al fondo del bosque y entregársela al oso hormiguero, que se muere por los pios. Me la devolverá nuevecita.

CARA DE COLMENA. — Aprobado.

CUNÍN. — ¡Bravísimo!

GRANO DE ORO. — No está mal.

PELOTICA. — Camina, Tomusa.

TOMUSA. — Mire, yo no me llamo Tomusa, ¿sabe? Yo me llamo Tomosa.

PELOTICA. — ¡Silencio! Usted es Tomusa hasta que la entierren. ¡March!

CARA DE COLMENA. — ¡Viva Pelotica!

CUNÍN. — ¡Viva!

GRANO DE ORO. — ¡Viva Barriguilla!

PELOTICA (*muy serio*). — Tu vieja.

GRANO DE ORO (*id., id.*). — La tuya.

PELOTICA (*ya al salir se vuelve grave*). — Tablas. (*Salen PELOTICA y TOMUSA.*)

CARA DE COLMENA. — Total, que no me has dicho la hora.

GRANO DE ORO (*sacando un gran reloj*). — Las nueve y pico.

CARA DE COLMENA. — ¡Hombre! ¿Con el reloj en la mano y no me puedes decir: “Las nueve y tantos minutos”? ¿Qué es eso del pico?

GRANO DE ORO. — Bueno, el pico yo no me lo he aprendido todavía. Pero es un pico muy chiquito.

CUNÍN. — A ver, caballo. Las nueve y quince. ¡Vaya un pico!

GRANO DE ORO. — ¡Las nueve y cuarenta y cinco! Si lo llego a saber empiezo por decir: Las diez. Y ya está.

CARA DE COLMENA. — Ya debe estar cerca Valentino con la Burriquita.

CUNÍN. — Seguramente. Salió a las 8. Y montado en su caballo que, según él, vuela como un avión.

GRANO DE ORO. — Según él. Porque el caballito es una mona rayada. Le tiran un cañonazo en una oreja y no mueve la otra. Por algo lo habrá puesto Telegrama. ¡Mi caballo Telegrama! ¡Claro! Como no llega nunca...

CUNÍN. — En fin, por poco que marche, seguirá el paso de la Burriquita. ¡María Santísima! ¡Qué lleguen pronto!

(*Pausa. CARA DE COLMENA ha estado meditando.*)

CARA DE COLMENA (*con gravedad*). — Bueno, hijos míos, hay que pensar en todo. No hay que olvidar que hemos mandado llamar a la Burriquita para pedirle ayuda y protección. Si la Burriquita abandona su pesebre para atendernos, es justo que la agasajemos. Granito de Oro, ¿tienes hierba?

GRANO DE ORO. — Dos hacecitos.

CARA DE COLMENA. — Muy poco es. ¿Tienes maíz?

GRANO DE ORO. — Cuatro granitos.

CARA DE COLMENA. — Muy poco es.

CUNÍN. — Y con Granito de Oro, son cinco.

CARA DE COLMENA. — Muy poco es.

GRANO DE ORO. — La señorita Cunín tiene cabellos de trigo.

CUNÍN. — No es trigo, que es mi madeja de oro.

¿Quién va a comer hilo de oro de mi ovillo?

CARA DE COLMENA. — La aguja y la pañoleta comen oro como trigo.

GRANO DE ORO. — Y un cinto que bordarás para ponérmelo al cinto.

CUNÍN (*mofándose*). — ¡Espéralo!

GRANO DE ORO (*resentido*). — Fue por broma y por gusto del ovillo.

CUNÍN (*melosa*). — No estés triste, Granito de Oro; una banda y un pañuelo y un cinto; yo seré la bordadora y el ovillo.

(*Se oye un grito.*)

CARA DE COLMENA. — ¡Valentino!

GRANITO DE ORO. — ¡En su caballo Telegrama!

CUNÍN. — A ver... ¡Vienen! ¡Viene la Burriquita!

VALENTINO (*adentro*). — ¡Quieto! ¡Quieto, Telegrama!

GRANITO DE ORO (*habla de VALENTINO hacia afuera*). — Hombre, si lo quieres más quieto, mávalo.

VALENTINO. — ¡Quieto, animal! ¡Apártense!

(*Entra VALENTINO; más feo que un tiro; monta a Telegrama, caballo de madera, en el hueso. Baja, saluda y se aparta para que entre la BURRIQUITA. Con ésta entran PE-*

LOTICA, TOMUSA. *La señorita CARA DE COLMENA, la señorita CUNÍN CUNADO, el señor GRANITO DE ORO, mi caballo Telegrama. La señorita BURRIQUITA. VALENTINO ha hecho las presentaciones y ex-profeso elude presentar a Pelotica, a quien mira, al terminar, con cierta sorna.)*

PELOTICA (*presentándose él mismo*). — Pelotica... Tomusa.

TOMUSA. — ¡Tomasa!

PELOTICA. — ¡Tomusa!

TOMUSA. — ¡Tomasa!

PELOTICA. — ¡Tomusa! (*Lo anterior, muy rápido.*)

BURRIQUITA. — ¡Muy bien, muy bien! El Sr. Valentino, la Srta. Cara de Colmena, la Srta. Cunín, el Sr. Granito de Oro, la Srta. Tomu...

TOMUSA (*PELOTICA la amenaza*). — Bueno, así será...

BURRIQUITA. — Muy bien... El caballo Telegrama...

PELOTICA. — El dice que es pariente de usted...

BURRIQUITA. — Je, je... ¿Se me parece?

PELOTICA. — Pues, parece... abuelo de usted...

VALENTINO. — Mira, chico, déjate...

PELOTICA. — Perdón, viejito. Pero cuando pusieron ese telegrama, no habían inventado el telégrafo.

CARA DE COLMENA. — ¡Pst! ¡Mi querida señorita; en nombre de mis compañeros, gracias! Es usted muy buena; tal como me la había pintado mi mamá; la mamá de nosotros, ¿sabe? Usted es muy buena; la misma del Carnaval.

BURRIQUITA. — Sí, yo soy la amiga de todos ustedes. Lástima que no me hayan conocido antes. Sus mamás, ¡claro!, eran mis amiguitas. Entonces hablábamos con mucha frecuencia... Ahora...

CARA DE COLMENA. — Sí, ahora...

BURRIQUITA. — Ahora, ya nadie cree en la Burriquita. Los niños de ahora... No... los niños son los mismos niños,

sí, los niños son iguales... Pero, en cambio, los viejos... son distintos...

CARA DE COLMENA. — No, los viejos, son los mismos. Viejos. Los que son viejos, aunque sean niños, son los mismos viejos de siempre. Los que faltan son aquellos niños, aquellos viejos niños...

BURRIQUITA. — Los viejos, es cierto. Los hay de quince años y los hay de setenta. Falta aquel gran chiquillo de setenta años, que era mi mejor amigo entre mis amigos de diez años. Lo que pasa es eso; ahora hay más viejos que niños. Las burriquitas huyeron; les daban palos; llenas de mataduras vinimos a los bosques, donde todavía queda la inocencia de las fieras. Aquí, el viejo tigre y yo tenemos miedo de que nos oigan de la ciudad. Ni él ruge ni yo rebuzno. Aquí están las buenas fieras y allá, los niños tristes se van haciendo cada día más tristes.

CARA DE COLMENA. — Por eso nos vinimos a la selva. Empezaron por decirnos que entre cada burriquita había un hombre borracho y terminaron por hacer viejos a los niños. Algunos escapamos, por suerte...

BURRIQUITA. — Aquí se fueron refugiando todas las buenas bestias; aquí, come, conmigo, la vieja burra de la huída a Egipto. Aquí está el león de San Macario; y el dragón de San Román...

CUNÍN. — ¡Un dragón!

BURRIQUITA. — Un dragón, un pobre dragón. Era feroz; pero San Román, vestido de Obispo, le tocó con su santa estola y el dragón le siguió como un perrito. También está el lobo de Francisco... Y la golondrina del ermitaño...

CUNÍN. — ¿Cuál es ésa?

BURRIQUITA. — Un ermitaño oraba con los brazos tendidos y las manos abiertas y vino una golondrina y puso un huevo en una de sus manos; y entonces el ermitaño se quedó así, mucho tiempo, con su mano abierta y su brazo

extendido, hasta que saliera el polluelo, para que no se enojara la golondrina.

CUNÍN (*asombrada*). — ¡Qué cosa!...

BURRIQUITA. — También está aquí la Tarasca; y la Mula Mameada y Ratón Pérez... Todos, todos... Los pobres, tienen miedo.

CARA DE COLMENA. — Por eso nos vinimos. Por eso la hemos llamado a usted.

BURRIQUITA. — Aquí estoy, pues, hijitos. ¿Qué quieren?

CARA DE COLMENA. — Verá. ¿Usted conoce a Doñana, la linda señora, madre de los hombres que tienen la cabeza azul?

BURRIQUITA. — En su casa nací; en sus manos comí; de sus lindos establos salía enjaezada todos los días de fiesta para que me cabalgaran todos los que tuvieran la cabeza azul. Y eran muchos, muchos. Ella fue mi dueña, la madre de todos los niños. Yo la conocí hace mil y mil años y es la gran niña de Dios. Es la vieja Alegría de los mundos en marcha.

CARA DE COLMENA. — Así la llaman algunos, Alegría. Pero, diga usted, ¿siempre fue así, como ahora?

BURRIQUITA. — ¿Cómo es ahora?

CARA DE COLMENA. — Una señora, hermosa, vestida de negro, pálida, con una sonrisa que no acaba de ser...

BURRIQUITA. — ¡Qué esperanza! Esa es la nueva vida que le han dado. Yo la conocí, desnuda; ni un trapo. Y pura, pura; cruzaba los campos y al mirarla, los hombres cantaban sobre la faena. La amaban así. Su risa, no era sonrisa; era un gran risa que desembocaba en la risa de todos los seres. Esa fue la que yo conocí. Su virtud dormía confiada en la mano de todos los hombres. Ahora la vistieron de leyes y de trapos para esconder los golpes que le han dado; la libertad que nos ofrecen hoy no es aquella de cabellos de brisa; es una severa y triste mujer, armada de una falsa majestad y viuda de aquella majestad ver-

dadera que tiene la alegría del agua en las altas cataratas. La tienen envuelta en banderas franjeadas; tres colores, dos colores, y los mismos colores de las banderas están perfectamente deslindados. Cada bandera tiene por lo menos dos fronteras. Los viejos viejos y los niños viejos han amortajado con banderas la alegría del mundo.

CARA DE COLMENA. — Pues aquí hemos venido, porque queremos salvar a Nuestra Señora. Vea usted ese cartel...

*(Leen el cartel del poste.)*

Ponen a precio una cabeza azul; es la cabeza del niño audaz y alegre; es la cabeza de Cabeza Azul, mi novio...

BURRIQUITA. — ¿Tu novio?

CARA DE COLMENA. — Sí. Yo soy la novia del hombre de cabeza azul. El ha querido salvar todo esto; y cree que la única manera de salvarlo todo es conquistar la Risa. Lo persiguen, pero nosotros le salvaremos para salvar con él a la madre de todos, a la vieja Alegría que tiene toda nuestra fuerza. Nosotros andamos buscándolo para buscar a doña Ana.

BURRIQUITA. — ¿Y dónde está Doñana? *(Rien.)*

CARA DE COLMENA. — ¿Doña Ana? Está en el verjel, cortando la rosa y sembrando el clavel... Han pisoteado el verjel; pero nosotros le devolveremos la rosa.

BURRIQUITA. — Ya había olvidado su nombre... Doña Ana... Los viejos la llaman Libertad, y la esclavizan. Nosotros la llamamos Doña Ana y somos libres...

CARA DE COLMENA. — Se le ha hecho de noche todo el traje. Lleva el velo roto y se le van cayendo las estrellas de plata. Pero nunca amanece.

BURRIQUITA. — ¡Cuántos hijos malos!

CARA DE COLMENA. — Pobrecitos. Ellos no tienen la culpa...

BURRIQUITA. — Cierto. No han conocido nunca una verdadera alegría. Creen que la alegría debe ser enemiga de la virtud; porque ellos no pudieron ser libres, ya que no

puedieron ser alegres, sin renunciar a la justicia. No les enseñaron. Topón es el hijo de la ignorancia... Y lo dice la Burriquita.

CARA DE COLMENA. — Los Topones son los hijos de la Escuela sin Maestro. Porque en sus escuelas unos Cabos de Presos armados de palmeta y viejos libros les hicieron creer que eran Maestros. Los Topones son la población de la vieja Geografía.

BURRIQUITA. — ¡Ay, cuántas cosas han pasado desde que me echaron de la ciudad! Pero todavía quedan niños...

CARA DE COLMENA. — Y vea usted lo último que han hecho: Han prohibido el azul en las cabezas. Por eso la hemos llamado a usted. Hay que salvar a Cabeza Azul y a Doña Ana.

BURRIQUITA. — Bien, hay que salvarlos; pero, ¿cómo?

CARA DE COLMENA. — Yo he pensado lo siguiente: Usted, se fingirá una burriquita enferma que llevará dos cestos; en los cestos iremos nosotros y entraremos a la ciudad; si encontramos a Cabeza Azul y a Doña Ana, metemos a cada uno en un cesto; nosotros entonces le arrearremos a usted y fingiremos que le damos de palos; eso le gustará a los Malucos y nos dejarán salir tranquilos; y los traeremos a la selva.

*(Se acercan los otros, que escuchaban muy atentos.)*

CUNÍN. — ¿Y si encontramos a Topón?

BURRIQUITA. — Le daré una coz.

GRANO DE ORO. — O haremos como que es yerba y usted hará como que se lo come...

BURRIQUITA. — ¿Y si Cabeza Azul y Doñana no están en la ciudad?

CARA DE COLMENA. — ¡Cierto! ¡Y es muy posible!

BURRIQUITA. — Pensemos, pensemos...

PELOTICA. — Tengo una idea.

VALENTINO. — ¡Hombre, por fin!

GRANO DE ORO. — ¡Una idea! ¡Adelante, señores!...

PELOTICA. — Oye, acuérdate... (*Recordándole lo de la vieja.*)

GRANO DE ORO. — Lo mismo te digo.

PELOTICA. — Tablas. Al grano, como los pollitos. Propongo que hagamos rugir a las fieras. Cabeza Azul las oirá donde esté y sabrá de qué lado están los malucos y de qué lado están las fieras; claro, vendrá hacia acá.

CARA DE COLMENA. — No está mal.

BURRIQUITA. — Está muy mal, pero muy mal. Detrás de Cabeza Azul vendrán los Malucos y acabarán con las fieras.

GRANO DE ORO. — ¡Qué fracaso!

PELOTICA. — ¡Bueno, torea tú ahora, pues!

TOMUSA. — Mejor sería... (*Todos se quedan asombrados; ella queda boquiabierta.*)

CARA DE COLMENA. — A ver, habla.

TOMUSA. — Hagamos una hoguera... (*Estupor.*)

PELOTICA (*la lleva hasta un tronco y la sienta de espaldas, alejada*). — ¡Siéntate! (*Se sienta.*)

CARA DE COLMENA. — Vengan acá. Tengo una idea. (*Todos acuden.*) Yo tengo aquí, en el seno, mi manzana de olor. Iremos por las calles y cuando a él le dé el olor de mi manzana, saldrá; ¡es tan goloso!

TODOS. — ¡Aprobado! ¡Bravo!

CUNÍN. — Enséñanos tu manzana de olor...

CARA DE COLMENA (*saca del seno una manzanita*). — Aquí está. (*En ese instante, el león sobre el que están sentados, se desenrolla; caen todos patas arriba; de abajo surge CABEZA AZUL, le quita la manzana a CARA DE COLMENA y empieza tranquilamente a comérsela. Estupor general.*)

TODOS. — ¡Cabeza Azul! ¡Viva! ¡Viva! (*El saluda desde su sitio, sin dejar de comer.*)

CARA DE COLMENA (*alegrísima*). — ¡Aquí lo tiene! ¡Este es Cabeza Azul! (*A la BURRIQUITA.*)

CABEZA AZUL. — A los pies de usted.

BURRIQUITA. — Muy bien, muy bien...

CARA DE COLMENA. — Bueno, ahora nos contarás cómo has llegado hasta aquí y por qué no habías salido antes de ese pellejo de león.

CABEZA AZUL. — Muy sencillo. Me escapé y corrí hacia la selva. Encontré a Tío Conejo. El me presentó a este caballero.

CARA DE COLMENA. — ¿Qué caballero?

CABEZA AZUL. — Este; el león. Era un caballero.

CARA DE COLMENA. — Bueno, pero esto no es sino la piel de un caballero.

CABEZA AZUL. — Y de un león. El león de Androcles; ¿se acuerdan del león de Androcles?

CARA DE COLMENA. — Claro, sí.

GRANO DE ORO. — ¡Claro!

TOMUSA. — ¿Cómo dice?

CABEZA AZUL. — ¡Hola, Tomusa! ¿Qué tal? (*Tomusa se ríe.*) Toma. (*Se saca de la boca un pedacito de manzana y se lo mete a TOMUSA en la suya.*) El león de Androcles. Estaba casi ciego y se resentía de la pata; ya saben, la pata aquélla. (*TOMUSA se ríe; CABEZA AZUL le da otro pedacito.*) Y así, ciego y todo, se portó como siempre; ya para morir me dijo: “Cuando haya muerto, me sacarás la piel; te la regalo; después de todo, te vendrá lo mismo que a mí. Yo no fui más que un león manso, pero tengo una hermosa piel de león bravo; y me han respetado; vístete de león; será como si yo no hubiera muerto; la gente te seguirá agradeciendo a ti los muertos que yo no maté... El pobre, murió; le saqué la piel; lo enterré; me envolví en su pellejo y me quedé dormido, hasta que viniste a despertarme con el oloreito... (*TOMUSA se acerca riéndose, con la boca abierta. CABEZA AZUL le cierra la boca.*) Bueno, ahora, a ver qué hacemos.

CARA DE COLMENA. — Tú dirás.

CABEZA AZUL. — Ante todo, vamos a salvar a Doñana. Todo lo tengo arreglado.

CUNÍN. — ¡Alabado sea Dios!

CARA DE COLMENA. — Somos muchos. ¡El santo y seña ha cruzado ya veinte caminos; por todas partes empiezan a azulear las cabezas. Topón la ha dado ahora por decir que él tiene pactos con la Virgen Santísima! (*Todos rien.*) Hasta dice él mismo que hace milagros.

TODOS. — ¡Oh! ¡Oh! (*Rien.*)

CABEZA AZUL. — Bueno, la última manía es ganar el cielo. Para eso ha edificado la Gruta Maravillosa; ayer trasladaron a ella a la Virgen y el domingo inauguran la Ermita con bombos y platillos. Pues bien, el domingo debe ser el gran día para nosotros...

BURRIQUITA. — Explíquese.

CABEZA AZUL. — Me explico. El domingo será día de gran fiesta; es decir, de gran Alegría... de lo que ellos llaman alegría... y claro, para vestirse de alegría llevarán a Doña Ana, que es el símbolo de la alegría. La llevarán a rastras, a empujones, como sea, pero la hermosa Libertad estará allí para que la vean los turistas.

CARA DE COLMENA. — Y los diplomáticos.

CABEZA AZUL. — Es lo mismo. Pues bien, en los alrededores de la Gruta, he citado a todos los nuestros. El bosque llega a la Gruta y los cerros se juntan allí con el bosque. Las ramas disimularán el azul. Allí será el milagro de la Virgen...

CUNÍN. — ¡Un milagro!

CABEZA AZUL. — ¡Claro! ¿No cree Topón hacer milagros? Pero él, sin saberlo, nos ha dado el camino. ¡Esto me lo explicó el viejo león de Androcles y me explicó la manera de hablar con la Virgen!

CARA DE COLMENA. — ¡Con la Virgen! Bueno, pero explícate, por favor.

CABEZA AZUL. — Oye lo que me dijo: La Virgen es el mila-

gro de un dolor; de siete dolores; sólo el dolor y el amor hacen milagros; de allí nació la misma Virgen. Todo gran dolor deja un residuo de pureza; todo Jesús cuesta arriba deja una María cuesta abajo. Y sólo ellas, las Virgenes, heredan el milagro. Sólo nosotros, los azules de alma, podremos hablar con ellas. La mitad de nuestras obras somos nosotros, pero la otra mitad es Topón que ha hecho bastante bien su papel de Cruz para que no le olvidemos en la redención. El, sin pensarlo, nos hizo pensar a nosotros. Al decir como un idiota, que él conversaba con la Virgen, nos recordó que nosotros sí podríamos hacerlo. Y yo he hablado con la Virgen.

TODOS. — ¡Oh! ¡Oh! (*Estupor.*)

CARA DE COLMENA. — Yo lo creo. (*Con candorosa sencillez.*)

CABEZA AZUL. — ¡Claro! Fui a la Gruta. Estaba sola. La Virgen estaba allí con los cirios apagados; me dió rabia y encendí todas las velas. Entonces la Virgen fue y me dijo:... (*Pausa, producida por la ansiedad de todos.*) Muchas gracias, viejito...

TODOS. — ¡La Virgen!

CUNÍN. — Pero, ¿habló con la boca?

CABEZA AZUL. — ¿Pero tú te has creído que la Virgen es ventrílocua, mamarracho?

CUNÍN. — Pero, eso es un milagro.

CABEZA AZUL. — Claro. Oye, y lo peor es que me conocía como si hubiéramos jugado cucambé alemán.

CARA DE COLMENA. — ¿Y qué más?

CABEZA AZUL. — ¿Qué más? No me acuerdo. Ah, sí, me dijo... ¿cómo va eso?

TODOS. — ¡Ah! ¡Oh!

CARA DE COLMENA. — Y tú, ¿qué le dijiste?

CABEZA AZUL. — Hombre, pues le dije: Pss, regular...

CARA DE COLMENA (*lo sacude*). — ¿Y ésas son maneras de contestarle a la Virgen, desgraciado?

CABEZA AZUL. — ¡Un momento, chica, un momento! La...

me preguntó por ti con mucho cariño; te aprecia, ¿sabes? Bueno, pues así es; yo le contesté... Pues mire... no sé, a lo mejor se ha muerto la pobrecita...

CARA DE COLMENA. — ¡Desgraciado!

CABEZA AZUL. — ¡Y entonces se me ocurrió una idea!

PELOTICA. — Vaya, hombre; era lo que yo decía.

GRANO DE ORO. — ¡Te callas!

CARA DE COLMENA. — ¡Silencio! ¿Qué idea?

CABEZA AZUL. — Pensé que había que buscarte a ti. Y fui y le conté las cosas que estaban pasando. Y le dije: Mire, Señora, que las cosas ya no se pueden aguantar; que si usted no mete la mano, yo voy a tener que tomar una determinación. Le hablé con carácter, ¿sabes? Bueno, ella va y me dice: Pero, ¿qué es lo que está pasando? ¿Pero usted no sabe? Y entonces ¿para qué es usted la Virgen? Y va y me dice: ¡Los que me cuidan no me cuentan nada! ¡Pues, claro!, le contesté; los que la cuidan no creen en usted; ¡ellos qué le van a contar! Pero yo sí se lo voy a contar... ¡y fui y le conté esa porción de cosas! Y fui y le dije: Mire, para que no crea que la estoy robando: ¿Usted cree que Dios está en todas partes? ¡Claro! —me dijo ella—. Pues mire, ¡eso es mentira! El que está en todas partes, oyendo, robando y matando, es Topón! Bueno, y se trata de salvar a Doñana. Y si usted no la salva, le voy a pedir prestada su Virgen a los chinos... Y últimamente —le dije—, si no me da una idea le apago las luces. Ah, entonces, me dijo, a la carrera: ¡No! ¡No!, ¡qué tengo mucho frío! Caramba, mijo, ¡qué mal genio has traído hoy!... Y se puso linda, con la cara brillante como una sortija y una risita más pícara que su abuela, como si fuéramos a jugar a la candelita. Y me puso la mano en la cabeza y me dijo: —Mira, allí, allí abajo. —¿Adónde? —¡Allí, abajo, en mis pies! Y entonces vi ese piececito, pisando y apretando una serpiente, y la apretaba y la apretaba y la serpiente sacaba una lengua como

una lombriz y lloraba con esos ojos que se le salían como si se hubiera puesto el cuello muy apretado. Y la Virgen me dijo: —¡Cuenta conmigo! Y dile a Cara de Colmena que venga por aquí. ¡Cuidado como se te va a olvidar! Y le dije: —Bueno, y hablando de todo, ¿cómo anda el cepillo por aquí? —Pues mira —me dijo—, ve a ver. Había tres centavos.

CARA DE COLMENA. — ¿Y qué hiciste?

CABEZA AZUL. — ¿Qué hice? ¿Qué hubieras hecho tú?

CARA DE COLMENA. — Yo se los dejo a los pobres.

CABEZA AZUL. — Ya tú ves, yo hice lo mismo y se los dejé al pobre pulpero por tres puyas de caramelos.

CUNÍN. — ¿Y te dijo que le dijeras a ésta que fuera por allá? Ah, se si mete la Virgen, todo está arreglado...

BURRIQUITA. — No.

CUNÍN. — ¿Cómo no?

BURRIQUITA. — Digo que no. No basta con que se meta la Virgen. Hace falta que se metan las Vírgenes; que se junten todas las almas puras y se hagan una sola señal. No es una Virgen la que hace milagros. Son muchas vírgenes.

CABEZA AZUL. — Pues salvaremos a Doñana.

PELOTICA (*mostrando a TOMUSA*). — Oye, ¿la Virgen no te preguntó por esto?

CABEZA AZUL. — ¡Claro! Que no la molestaran mucho, me dijo... (*La acaricia.*)

VALENTINO. — Oye, dispensa, chico. ¿La Virgen no te dijo nada de mí?

CABEZA AZUL. — ¿De ti? ¡Ah, sí! Me dijo... que te conformaras, viejo. (*Risas.*) Bien, hay que proceder. Reunión al centro. (*Todos se agrupan.*) Tú (*a CARA DE COLMENA*) irás con ésta a ver a la Virgen. ¡Valentino! Tú te montas en tu caballo Telegrama y te despachas urgente a buscar a Tío Conejo; que reúna a las fieras para esperar mi señal. Pelotica y Grano de Oro vigilarán las entradas de la selva, junto a la Gruta. Yo iré por la gente. El do-

mingo, a la hora de fiesta, atacaremos la Gruta. Doñana estará allí y la pondremos a salvo; y si va Topón, pues tanto mejor, se arreglará todo. ¿Conformes?

TODOS. — Sí, sí. Listos.

CARA DE COLMENA. — Acuérdense de que la Virgen está con nosotros porque ella es eso azul que tenemos en la cabeza. Eso azul salvó a Ursula y a las once mil mujeres; eso se vuelve paloma y se mete por las rejjas y alimenta a los prisioneros...

CUNÍN. — ¿Y el diablo?

BURRIQUITA. — El Diablo es la serpiente; el Diablo es un viejo que no cree en los niños. Es Topón el de los ojos cerrados; mañana los abrirá hasta salirseles, bajo el pie de la Virgen. Al que ultraja a los niños y a las vírgenes, la Virgen, tarde o temprano, le cubrirá de lepra.

TODOS. — Amén.

PELOTICA (*con sorna*). — Y que yo lo vea...

CABEZA AZUL. — ¿Estamos listos?

BURRIQUITA. — Yo, ¿qué haré?

CABEZA AZUL. — Usted conmigo. ¿Me da el anca?

BURRIQUITA. — Con mucho gusto.

CABEZA AZUL. — Gracias. ¡Bueno, a dormir, que hay que madrugar! (*Todos buscan su acomodo; unos se persignan, otros se arrodillan; al fin se echan a dormir. Asoma un bulto entre las matas.*)

CABEZA AZUL. — ¿Qué fue?

GRANO DE ORO. — ¿Quién es?

CUNÍN. — ¡Ay, ay, ay! ¡Los Malucos! ¡Los Malucos! ¡Los Topones!

CARA DE COLMENA. — ¿Qué buscan aquí?

MALUCO 1º (*descubriendo a CABEZA AZUL*). — ¡Aquí está! ¡Lo cojí!

MALUCO 2º. — A ver, sí, éste es. (*Sale; llega hasta un bulto central que es Topón.*) Ya tenemos al hombre.

TOPÓN. — Bueno, amárrenlo.

CARA DE COLMENA (*angustiada*). — ¡No lo mate, señor!  
¡Perdónelo, señor, no lo mate! Yo le regalaré esta paño-  
leta bordada en oro. Le bordaré una banda... Perdó-  
nelo...

CUNÍN. — Señor Topón, no se lo vaya a comer, porque está  
flaco y le puede caer mal... (*TOPÓN las empuja.*)

TOPÓN. — ¡Echen palante!

CARA DE COLMENA. — ¡Que la Virgen lo va a castigar, señor!

TOPÓN. — ¡No se me atraviese! ¡Echen palante!

CUNÍN. — Cómame a mí, que estoy gordita. Suéltelo a él;  
pero ¿no lo ve tan chiquito?

CABEZA AZUL. — Tú, te callas. (*A CARA DE COLMENA.*) Se  
acabó el llanto. A ver, se acabó el llanto, ¿oyes?

CARA DE COLMENA. — Sí...

CABEZA AZUL. — ¡Adiós muchachos; hasta mañana!

TOPÓN. — ¿Busté dice que hasta mañana? (*Se ríe.*)

CABEZA AZUL. — Hasta mañana, muchachos, hasta mañana.  
(*Va saliendo; del fondo, se vuelve, encendido:*) SÍGALA Y  
BALAJA. ¡SACALAPATALAJA!

TODOS LOS NIÑOS. — ¡AJA, AJA!

(*TOPÓN hace gestos rabiosos; se llevan a CABEZA AZUL a  
rastras, mientras siguen resonando, alejándose con el grupo  
en que va el preso, los gritos misteriosos que la Revolución  
sin cauce, reciennacida, todavía sin palabras, pone en los la-  
bios milagrosos de los niños: SACALAPATALAJA, ¡...AJA!  
¡...AJA!*)

## TELON

## CUADRO SEGUNDO

*Una jaula en medio del escenario. Entre la jaula, CABEZA AZUL. La escena son cuatro paredes con una puerta al fondo y una a la derecha. En cada esquina de la jaula, un MALUCO.*

MALUCO 1º — Cuatro esquinas tiene mi jaula, (*en llanero*) cuatro angelitos que me acompañan. (*Con sorna.*)

MALUCO 2º — ¿Habéis visto vos una asna blanca, con tres patas blancas y otra no tan blanca, pero sí blanca también?... (*Con sorna, en tachireense.*)

MALUCO 3º — ¿No sería la burrita de la mamaita de este burrito? (*En caraqueño.*)

MALUCO 2º — No sería...

MALUCO 1º — ¿Sería la burrita que llaman Cara de Colmena?

MALUCO 2º — No sería...

MALUCO 4º (*en margariteño*). — Ah, ñero, ¿no sería la burriquita?

MALUCO 2º — ¡Sería!

MALUCO 4º — ¿Caería en la trampa?

MALUCO 2º — ¡Caería!

MALUCO 3º — ¿Perdería su maíz?

MALUCO 2º — ¡Lo perdería!

MALUCO 1º — ¿Moriría de hambre?

MALUCO 2º — ¡Moriría!

MALUCO 4º — ¿Quién le sacaría el pellejo?

MALUCO 2º — ¡Zacarías!

TODOS. — ¡Zacarías! ¡Como de noche y duermo de día!

(*Bailan.*)

MALUCO 1º — Oye, pajarito, ¿te gustaría ver el pellejo de la burriquita?

MALUCO 2º — No le gustaría.

- MALUCO 3º — Oye, ¿te gustaría ver el pellejo de Cara de Colmena?
- MALUCO 4º — No le gustaría.
- MALUCO 1º — Oye, ¿te gustaría ver tu pellejo?
- TODOS. — No le gustaría.
- MALUCO 1º — Oye, ¿quién te cortó la lengua?
- CABEZA AZUL. — Tu mamá.
- MALUCO 1º — ¡Caray! (*Quiere pegarle y mete la peinilla por entre la reja.*)
- (*Rien todos.*)
- CABEZA AZUL. — ¿Quieren que les diga una cosa?
- MALUCO 2º — Vamos a ver.
- CABEZA AZUL. — Cuando un pájaro está enjaulado, el que canta es el pájaro, si es pájaro cantador.
- MALUCO 4º — ¿Y por qué no cantas?
- CABEZA AZUL. — Porque cuando el cochino tiene hambre el pájaro esconde el pico.
- MALUCO 1º — ¿Y si los cuatro cochinos se comen al pajarito?
- CABEZA AZUL. — Para comérselo, tendrían que abrir la jaula.
- MALUCO 1º — La abriríamos.
- CABEZA AZUL. — Y sacar al pajarito.
- MALUCO 1º — Lo sacaríamos.
- CABEZA AZUL (*riendo*). — ¡Zacarías! El pajarito volaría, comiendo de noche y durmiendo de día.
- TODOS. — ¡Ja, ja, ja!... (*Rien de veras, con gozosa risa, sin rencor y sin maldad.*)
- MALUCO 3º — ¡Canta bien el pajarito!
- CABEZA AZUL. — Mejor cantaría si ustedes lo dejan cantar...
- MALUCO 3º (*encogiéndose de hombros*). — ¿Y qué se hace, pues?
- CABEZA AZUL. — ¿Es cierto eso de que mataron a la Burriquita?
- MALUCO 2º — Cierto es.

CABEZA AZUL. — ¿...y... a... quién más?

MALUCO 1º — ¿A quién más?... A alguien más...

MALUCO 4º — A una señorita más...

CABEZA AZUL. — ¡Mentira! Déjame verte la cara. ¡Mentira! ¡No eres ni siquiera malo! La culpa de todo la tuvo tu abuela.

MALUCO 4º — ¡Oye, no ofendas, eh!

CABEZA AZUL. — No han matado a nadie. Lo que ustedes tienen es miedo; miedo e ignorancia; ignorancia y miedo. Les dicen que me digan que Cara de Colmena murió; pero es mentira. Ella se fue muy tranquila... y la Burriquita huyó a la montaña... después de haberle ofrecido dos patadas al que se le acercara. Y fue una lástima que no se le acercara éste...

MALUCO 3º — ¿Yo? ¿Por qué?

CABEZA AZUL. — Porque si te llega a dar un par en la nariz, hay muchas esperanzas de que te hubiera favorecido el cambio.

MALUCO 3º — Mira, mira, con mi nariz no te tienes que meter...

CABEZA AZUL. — Vengan acá, háganme el favor. Los cuatro. (*Se agrupan.*) Siéntense aquí. En el fondo, ustedes creen que yo les guardo rencor... No es así; a nadie. Ustedes no son ni malos. No. Son buenos, pero ustedes no lo saben. Necesitan comer, divertirse... no saben ningún oficio; no les enseñaron nada y claro, cojen un oficio como éste, tan fácil y tan triste. Se disfrazan de malos; ese es el oficio. Lo que no saben es que... todos somos iguales... Para hacerlos a ustedes malos nos visten de malos a nosotros. Oye, tú, ¿por qué te ofendiste cuando te nombré a tu vieja?

MALUCO 1º — ¡Hombre, no voy a ofenderme!

CABEZA AZUL. — Y tú, ¿por qué te ofendiste cuando te nombré a tu abuela?

MALUCO 4º — ¡Claro que me ofendí! ¡No faltaría otra cosa!

CABEZA AZUL. — ¿Quiere decir que todos ustedes quieren a alguien, eh?

MALUCO 3º — ¿Quién lo duda?

CABEZA AZUL. — Y se acuerdan de cuando estaban chiquitos. Un patio grande, mucho sol, un estanque. Por la mañana, después de calentarse el cuerpo estropeando los árboles, todo el mundo al estanque. Cada cual lleva su barquito, con las velas izadas. Se hacen regatas. Después, todos caen de cabeza al agua. Naufragan tres barcos. Se salva la tripulación. Oigan lo que me dijo un viejo que echaba barquitos en un estanque: En el agua picada, los barcos van de pesca y cada muchacho es Dios que pone o quita su temporal. Los dioses del agua llevan los barcos, y todos tienen el puerto de la mano para salvar las velas. Los dioses del agua relinchan, pelean y por fin sacan sus barcos al sol y los llevan a guardar, alzado todo el barco en una mano, con una fuerza de Dios. (*Mucha atención en todos.*) La calle, después de salir de la Escuela, es bonita, ¿eh? Hoyuelo y trompo, pie y medio, policía y ladrón. Se ponen los muchachos colorados de sol. De vez en cuando hay que mover los puños, ¿eh?

TODOS. — ¡Claro, cómo no! (*Están gozosos como niños.*)

CABEZA AZUL. — Y una que otra vez se le tiran dos o tres piedras al policía, ¿eh?

MALUCO 1º — O cuatro o cinco... (*Rien.*)

MALUCO 3º — ¡Tuviera yo en centavos las piedras que les he tirado!

CABEZA AZUL. — Y se llega a la casa echando chispas. Allí, la mamá lo besa a uno, lo limpia, le pone el almuerzo... Dios se sienta a la mesa.

MALUCO 4º — ¡Y la Virgen del Valle lo atiende! ¡Qué bonito, cuñado!

CABEZA AZUL. — En la tarde, a llevar papagayos al cerro. Le brillan los hilos al papagayo, contra el sol. Se nos aguan los ojos con el sol de frente; y no sabemos si es

el sol lo que tenemos agarrado por un hilo. Dan ganas de apearlo, ¿eh?

MALUCO 1º — Y de hacerlo cabecear...

MALUCO 4º — Ah, cuñado, ¿y si otro papagayo nos corta el hilo?

CABEZA AZUL. — Se hace de noche.

MALUCO 1º — Es bonito, bonito... (*Todos asienten, silenciosos.*)

CABEZA AZUL. — Y al llegar a la casa, la mamá sirve a la mesa. Dios va a comer... En la noche, en la cocina o en el patio con luna, se echan cuentos... tío Tigre, tío Conejo, la Burriquita...

MALUCO 4º — ¡Ese tío Conejo! ¡Ah, ñero, palo de hombre!

CABEZA AZUL. — Con buena luna, con la luna arriba, que se le mete a una nube por la barriga y le sale por la espalda; con la luna clueca y las estrellitas atrás, pica que pica, buscando el maíz en los grandes fardos blancos. Y después, a la cama; lo persigna a uno la mamá, agarrándole un racimito de dedos; y lo acuesta y lo besa en la cabeza... Dios va a dormir.

MALUCO 4º — Y la Virgen der Valle se le queda velando...

CABEZA AZUL. — Y canta el sueño de Dios que sueña con cometas y barquitos y nubes y tío Conejo y la Burriquita..

MALUCO 1º — Así es, así es...

CABEZA AZUL. — Pero en sueño o despierto, la que va y viene, la que hace cantar a la mamá y rebuznar a la burriquita y la que hace soñar y la que hace correr a Doñana... ¿Dónde está Doñana?... (*Súbitamente a uno de ellos.*)

MALUCO 3º (*sorprendido*). — Está en el verjel, sembrando la rosa y cortando el clavel...

MALUCO 4º — ¡Está en el jardín! ¿Te acuerdas, cuñado? Eso donde es bonito es a la orilla del mar...

CABEZA AZUL. — ¿Y si tú entraras al verjel y encontraras a

Doñana, sembrando la rosa, serías capaz de darle un plañazo?

MALUCO 4º — ¡La Virgen der Valle me sarve, hijo er diablo!

CABEZA AZUL. — Pues eso es lo que ustedes están haciendo sin darse cuenta. Lo único que les ha quedado de niños es una cosa: Matar a los pájaros... (*Quedan con las cabezas bajas. Pausa.*) ¿Habéis visto vos una asna blanca, con tres patas blancas y otra no tan blanca, pero sí blanca también?... No sería la mamá de éste, ¿verdad? (*Se levantan.*) Y entonces, ¿por qué va a ser la grandísima perra de la madre mía? ¿No ven como no hay uno solo de ustedes que sepa lo que se llama ser malo? ¿Por qué quieren matar a Doñana? ¿Por nada, verdad? Porque les han dicho que la maten.

MALUCO 1º — Pero bueno, ésa no es mamá de nadie.

CABEZA AZUL. — ¿Que no es mamá de nadie? Es la mamá de las mamás, la mamá en línea, la mamá para todo el mundo... Cuando vienen turistas, la sacamos a ella para enseñársela... y luego la echamos a un rincón. Cuando mueren las madres, queda ella. Cuando nos morimos todos ella queda encargada del mundo y hace saltar a los becerros en la sabana sin jinetes.

MALUCO 2º — Es que uno tiene que hacer lo que le mandan. El superior es el superior.

CABEZA AZUL. — Hasta que te convenzas de que el superior es mucha veces el inferior. Si Topón te mandara que mataras a tu madre, ¿la matarías?

MALUCO 2º — ¡Claro que no!

CABEZA AZUL. — Y eso es precisamente lo que le manda a hacer; y ustedes no se dan cuenta. Doñana te lo da todo y tú le crees que es él. Sin él, ella te daría más. ¿No quisieras estar ahora con tus muchachos jugando, en el patio de tu casa? (*A MALUCO 3º*)

MALUCO 3º — Sí, si quisiera.

CABEZA AZUL. — ¿Y qué pensarías si al llegar allá lo encontraras con un par de grillos en los pies?

MALUCO 1º — Oye, viejo, ¿cómo es que sabes tanto?

CABEZA AZUL. — ¿No sabes que soy sabio? Yo nací sabio, porque... ¿No ves que siempre me estoy riendo?...

MALUCO 1º — Pero dicen que el que llora es el que aprende.

CABEZA AZUL. — Por eso. Todos mis abuelos, mis padres, mis hermanos se estuvieron toda la vida llorando para que yo aprendiera a reirme. Yo soy sabio por lo que ellos lloraron y me rio siempre porque tengo la cabeza azul.

MALUCO 2º — Oye, este pájaro nos está llenando la cabeza de canciones y lo que quiere es marearnos para fugarse. ¡Hay que pelar los ojos!

MALUCO 3º — Ya lo veo. A nosotros no nos vengas con cuentos. Estamos muy amolados.

CABEZA AZUL. — Pues se le va romper la punta. (*Encogiéndose de hombros.*)

MALUCO 1º — Pero primero cazaremos a todos los pajaritos como tú.

CABEZA AZUL. — Eso no se puede.

MALUCO 1º — ¿Cómo?

CABEZA AZUL. — Eso no es posible... Aquí donde me ves, estoy libre; canto, vuelo, y voy lejos, lejos... En cambio, ustedes, sí que están bien encerrados... Y los cazaremos, los cazaremos... Sí... (*Rien ellos.*) ¡Sí! Es mucho más fácil cazar a un lobo que cazar un pájaro.

MALUCO 1º — ¿Sí, eh? (*Rien ruidosamente.*)

CABEZA AZUL. — Sí, sí, como lo oyen. Ya verán: El que sale a matar lobos, pues lleva una escopeta para lobo y balas para lobos, gruesas, pesadas; y una malicia para lobos. Si le sale un pájaro, pues no le pasa nada. Pero el que sale a matar pájaros saca una escopetita para pájaros y balines de pájaros... y... si le sale un lobo... ¡miau!

MALUCO 4º — ¡Mayor broma! ¡Caracas!

MALUCO 2º — No está mal pensado... (*Cavilan.*)

MALUCO 1º — ¡Atención! ¡El Jefe!

MALUCO 2º — ¿El Jefe? ¿Aquí?

MALUCO 1º — Viene revisando la cárcel. Van a pasar por aquí.

(*Confusión. Todos corren a sus esquinas. Entra TOPÓN con una corte de comparsas.*)

TOPÓN (*deteniéndose ante la jaula*). — Aquí lo tenemos. El enemigo del orden. Aquí tenemos a todos los subversivos. Es lo que yo les decía: que el que no está con el orden está con el desorden.

EL DOCTOR (*al periodista*). — Bueno, me parece que el que decía eso era yo... pero en fin...

EL PERIODISTA. — Cállese la boca, Doctor. Aquí nadie dice nada.

TOPÓN. — Si no me mataron en la batalla de Curujujul, fue por algo; porque Dios y la Virgen me tenían apartado para componer esto...

TODOS. — ¡Muy bien! ¡Admirable! ¡Genial! (*Efusiones.*)

TOPÓN. — Desde el momento que a Napoleón lo mataron era porque él no servía para lo que yo sirvo. Si no, no lo hubieran matado en la batalla de Guaterclós.

EL BACHILLER (*al DOCTOR*). — ¡Qué burro es!

EL DOCTOR. — ¡Cállese la boca, Bachiller; aquí no se puede hablar!

TOPÓN. — Y Dios quiere que estén aquí. Y que yo no esté aquí. Porque el que está aquí no está conmigo y el que está conmigo no está aquí.

TODOS. — ¡Oh, qué frase! ¡Qué talento! (*Efusiones.*)

TOPÓN. — ¡Y el que está aquí es porque no puede salir!

EL ESCOLAR (*al BACHILLER*). — ¿Oíste eso? ¡Qué animal más bruto!

EL BACHILLER (*al ESCOLAR*). — Cállese la boca, amigo.  
Aquí no se puede oír...

TOPÓN (*señalando la jaula*). — Este es el ejemplo. Los malos adentro, como dije yo; los buenos, afuera.

PERIODISTA (*al ESCOLAR*). — Bueno, esto sí que lo dije yo.

ESCOLAR (*al PERIODISTA*). — Psss. (*Con un dedo en los labios.*)

DOCTOR. — Yo siempre lo he dicho...

TOPÓN. — Un momento, mi Doctor. Aquí todo lo digo yo, ¿comprende?

DOCTOR. — ¡Oh, desde luego! ¡Todo! ¡Todo!

*(Por la puerta del fondo avanza una sombra. Es lenta en el andar, en el hablar, en el arduo sonreír.)*

TOPÓN. — Mañana se va a tener que vestir muy bonito para que la vean los señores de ajuera.

DOÑANA (*viendo a CABEZA AZUL*). — ¡Mi niño! ¡Mi querido niño! (*Por las rejas mete las manos que él toma y besa. Ella mete las manos entre los grandes rizos y habla, acariciándolos; mientras tanto, ha entrado por la izquierda, una cantinera, con una cestita al brazo; es CARA DE COLMEANA, disfrazada.*)

*(Se detiene a oír lo que dice DOÑANA.)*

Y vendrá una mujer  
que aplastará la cabeza de la serpiente;  
todo camino se llanará  
y de mis pisadas florecerán las tierras.  
¡Qué pequeño!,  
¡qué liviano!,  
ahora me explico  
cómo pueda pasar por todas partes  
sin que nada le duela a lo que va pisando;  
ahora me explico  
cómo pudo ir sobre el mar sin hundirse.

¡Ahora me explico  
cómo puede marchar sobre las nubes  
sin exprimirles una lluvia!

Niño mío,  
enjaulado y sin alpiste,  
todo fue cortarte el árbol,  
todo fue romperte el nido  
y todo fue no poder  
quitarle el canto a mi niño;  
porque el cantar te venía  
de más allá de los árboles,  
de más azul que los nidos!

Niño de cabeza azul,  
niño con el pie de Virgen;  
alma de la casa en pena,  
que te metiste en las manos  
la parte sola de la tierra  
para alegrarla,  
para salvarla,  
para lograrla.

Todas las nubes de llanto  
te llovieron en la cabeza  
y después de la lluvia te quedó toda azul,  
niño regado para mi siembra.

Hijo de las tierras tristes,  
padre azul de las cien mil cabezas  
tienes la cabeza azul  
y el pie de Virgen que aplasta a las  
Bestias;

¡cómo me baña las manos la ola azul de  
tus rizos!

¿No ves cómo en cada mano se me van  
izando las velas?

Mi niño azul enjaulado;

¡entre tu pie de Virgen y tu cabeza azul

cabe un Cristo adolescente con una tierra  
en las manos!...

TOPÓN (*la aparta bruscamente.*) — ¡Bueno, se acabó!  
¡Ahora nos vamos! (*Van saliendo; ella, casi empujada  
por TOPÓN, se vuelve hacia él con una mano tendida y  
con una larga sonrisa; él, tiende los brazos, feliz, rebo-  
sante de risa la cara.*)

(*Quedan solos los cuatro MALUCOS, CARA DE COLMENA y  
CABEZA AZUL.*)

- MALUCO 1º — Cuatro esquinas tiene mi jaula...  
MALUCO 2º — Cuatro angelitos que me acompa-  
ñan...  
CARA DE COLMENA. — ¡Buenos días, señor Diablo!...  
¡y buen fuego en la cazuela!  
MALUCO 1º — ¡Hola, paloma blanca!  
¿Y hasta cuándo v'í a quererte?  
CARA DE COLMENA. — ¡Que soy zapato fino  
y el pié te duele!  
MALUCO 3º — ¡Llégate aquí,  
pluma en el aire!  
CARA DE COLMENA. — ¡Soy perfume muy caro  
y esas narices me quedan grandes!  
MALUCO 2º — ¡Corazón de cristal,  
que te has rompido!  
CARA DE COLMENA. — ¡Ay, pero qué desgracia, borracho!  
¡Se me rompió el cristal y se te  
acabó el vino!  
MALUCO 4º — Cinco monedas de Oro,  
¿nos ajuntamos?  
CARA DE COLMENA. — Con las cinco monedas  
te compras otra cara  
y vuelve el sábado...  
MALUCO 1º — Cantinera, dos de vino...  
MALUCO 2º — Cantinera, un pitillo.

MALUCO 3º — Cantinera, pan  
MALUCO 4º — ¡Cantinera, carne fresca! (*La pellizca.*)

CARA DE COLMENA. — ¡Cómela! (*Le da un pescozón.*)  
Bueno, animales, ¿no se propasen, eh? Tú vas a echar los dos de vino por la nariz (*al MALUCO 1º*); y tú vas a ver dos estrellas. (*Al MALUCO 2º, alzando la botella.*)  
Bueno, esténse quietos. Vean lo que traigo... (*Les enseña la cesta colmada.*)

TODOS. — ¡Ah, ah!

CARA DE COLMENA. — Para tí, pimpollo. (*Le da una ración al MALUCO 1º*) Para tí, colibrí. (*Id., id., al MALUCO 2º*)  
Para tí, pichón de monstruo. (*Id., id., al MALUCO 4º*)  
Para tí, nariz de tarjeta. (*Id., id., al MALUCO 3º*).

(*Se va acercando a la jaula; tiende una rosa al prisionero y habla dulcemente.*) Para tí...

MALUCO 1º — Hola, hola, ¿cómo que te gusta el pajarito?

CARA DE COLMENA. — ¿Por qué no me va a gustar?

MALUCO 2º — ¡Hum! No lo mires mucho, paloma, que le haces mal de ojos.

CARA DE COLMENA. — ¡Pobrecito! ¿Qué comes?

CABEZA AZUL. — Alpiste.

CARA DE COLMENA. — ¿Qué bebes?

CABEZA AZUL. — Agua de la canal.

CARA DE COLMENA. — ¿Te gusta la cantinera?

CABEZA AZUL. — ¿Para comer?

CARA DE COLMENA. — ¡Para casar!

CABEZA AZUL. — Malo es el nido...

CARA DE COLMENA. — No importa si se acomoda al casal.

CABEZA AZUL. — Pues entre la ruiseñora, que a mí me gusta el alpiste y el agua de la canal,

pero el piquito de la ruiñeira  
mucho más.

CARA DE COLMENA. — ¡Me place!

Y los ojos de la ruiñeira  
¿no te gustan, quizás?

CABEZA AZUL. — La Ruiñeira tiene pico de alpiste  
y ojos de agua de la canal.

CARA DE COLMENA. — ¡Qué lindo! (*Se pega tanto a las rejas  
que mete las manos y él las toma.*)

MALUCO 2º — ¡Oye, oye, que te propasas!

CARA DE COLMENA. — ¡Burro! ¿Crees que le voy a abrir la  
puerta?

MALUCO 2º — ¡Quién sabe!

CARA DE COLMENA. — ¡Ni falta que a él le hace! Cuando  
quiera, volará.

MALUCO 4º — ¡Sí, eh?

CARA DE COLMENA. — ¡Claro! ¿Conoces el cuento de la  
paraulata?

TODOS. — ¡Cuéntalo, cuéntalo!

CARA DE COLMENA. — ¡Pero si es muy conocido! Un com-  
padre llegó a una pulpería y le dijo a su compadre el  
pulpero: Compadre, guárdame aquí esta jaula con esta  
paraulata. — Bueno, compadre, póngala ahí. ¿Tiene qué  
comer? No, compadre, no tiene. Entonces el pulpero llamó  
al muchacho: Mire, muchacho, quítele la comida al loro,  
que está muy gordo y désela a la paraulata del compadre.  
Y así fue. Pero el loro se enfureció. Al rato se fue el  
compadre y el pulpero se fue a almorzar y dejó la  
pulpería sola. Entró un señor. La paraulata cantaba alegre.  
El señor se asombró: ¡Qué paraulata, mi madre! ¡Qué  
linda! ¡Cómo canta! Y entonces el loro, imitando la voz  
del pulpero dijo: —¡Se vende!— ¿Se vende? ¿Por cuán-  
to?— ¡Por veinte reales! Por supuesto, una paraulata tan  
barata no hay quien la compre. Y el señor dijo: —Aquí  
están los veinte reales. El loro contestó: —Bueno, pón-  
ga-

melos en el mostrador y llévese la paraulata; dispense que no le salga pero es que estoy trasegando un aceite... El señor se llevó la paraulata. Al rato volvió el compadre a buscar su paraulata. ¿Y dónde está mi paraulata, compadre? Y contestó el loro: —Guá, la paraulata se fue... —¿Cómo! ¿Se fue? ¿Y la jaula?... —Guá, ella se llevó su jaula. ¿Y esa no era suya, pues?... (*Todos rien.*) Bueno, ¿ya ven? Pues, cuando la cotorra quiera, el lorito se irá con jaula, y todo. Es más, ustedes mismos harán como el loro. Cuando yo les corte las frutas y el vino para dárselos a él...

MALUCO 1º — Hombre, en ese caso, preferiríamos quitarte a tí las frutas y el vino.

CARA DE COLMENA. — Saldrían perdiendo, porque no tendrían quién les regalara. ¡Ay, con mis ahorritos, las cosas que podría yo comprar! ¡Las cosas que les podría regalar a estos burros!

MALUCO 1º — Dime, luciérnaga, a mí, ¿qué me regalarías?

CARA DE COLMENA. — ¿A ti? La capa negra con vuelta “niña de ojos” del Príncipe sin remedio.

MALUCO 2º — ¿Y a mí?

CARA DE COLMENA. — ¿A ti? La pluma azul mar adentro del pavo real degollado.

MALUCO 4º — ¿Y a mí?

CARA DE COLMENA. — ¿A ti? Las zapatillas verde quebranto de la señorita Pié de Arroz.

MALUCO 3º — ¿Y a mí?

CARA DE COLMENA. — A ti, hijo, un salvavidas, porque con esas narices te vas a ahogar. (*Todos rien.*)

CABEZA AZUL. — Y a mí, cantinera, ¿qué me darías?

CARA DE COLMENA. — A ti te daría a probar mi manzana de olor...

MALUCO 1º — ¡Eso es lo que yo quiero!

TODOS. — ¡A mí! ¡A mí!

- CARA DE COLMENA. — ¡Calma, hombres, a todos a todos,  
a todos!
- MALUCO 2º — ¿Está madura?
- CARA DE COLMENA. — Para caer de la rama.
- MALUCO 3º — ¿Dulce?
- CARA DE COLMENA. — Fatal...
- MALUCO 4º — ¿Huele?
- CARA DE COLMENA. — Adormece...
- CABEZA AZUL. — ¿Y el pajarito, Ruiseñora?
- CARA DE COLMENA. — De mi manzanita de olor  
el pajarito comerá;  
tiene su puntito de alpiste  
y su fresquito de agua de la canal.
- CABEZA AZUL. — Poco le quedará al prisionero.
- CARA DE COLMENA. — Lo mejor de la fruta le quedará;  
más adentro hay más almíbar  
y hueccillos para sembrar.
- CABEZA AZUL. — ¿Y el huerto para la siembra?
- CARA DE COLMENA. — Y almacén para guardar  
y un cesto para ir de feria  
al mercado de la ciudad,  
y una burriquita que lleve los  
cestos  
y una muchacha que cante:  
—¡Manzanás, manzanás!
- MALUCO 1º — Y tu manzana de olor, ¿cuándo la traes?
- CARA DE COLMENA. — Conmigo la llevo. (*Muestra su seno.*)
- TODOS. — ¡A verla! ¡A verla! ¡A mí, a mí!
- CARA DE COLMENA. — Si no se están quietos no les enseñe  
nada.
- TODOS. — ¡Quietos, quietos!
- CARA DE COLMENA. — ¡Muy bien! Cada uno a su puesto.  
(*Cada cual va a su esquina.*) Así me gusta. ¡Ahora sa-  
brán a qué huele mi manzanita de olor, la que quita frío  
y da calor! (*Saca la manzana del seno y les da a oler.*)

—Huele, pimpollo... Huele, colibrí... Huele, pluma de cisne... Huele, pichón de monstruo... (*A medida que van oliendo van quedando todos sumidos en un profundo sueño*). ¿A ver? (*Va de uno en uno y los tantea; luego corre a la jaula.*) ¡Dormidos, dormidos, dormidos, dormidos, dormidos! (*Se quita la pañoleta, salta baila; CABEZA AZUL está atónito. Ella le saca la llave al Maluco 1º y abre la jaula. Salta adentro, porque CABEZA AZUL está engrillado y no puede salir.*)

CABEZA AZUL. — ¡Hasta a mí me engañaste! (*Se abrazan y tratan de bailar. De pronto ella se separa furiosa.*)

CARA DE COLMENA. — ¡Y tú me engañaste, tú me engañaste, desgraciado!

CABEZA AZUL. — ¿Yo? ¿Estás loca?

CARA DE COLMENA. — ¡Sí, sí! ¡Me floreabas creyéndome una cantinera! ¡Engañarme con una cantinera! ¡Perro!

CABEZA AZUL. — ¡Era que... se parecía tanto a ti! ¡Caray! ¿Qué dirá TOPÓN? Y estos cuatro marranos cuando se despierten, ¿qué dirán? Oye, ¿Los mataste?

CARA DE COLMENA. — No, los dormí.

CABEZA AZUL. — ¿Y la manzana?

CARA DE COLMENA. — Aquí está... (*El quiere darle un mordisco.*) ¡Burro, animal, que te duermes! ¿No ves que tiene polvo de lechuga sembrada en Viernes Santo?

CABEZA AZUL. — Bueno, pero algo habrá por ahí que comer.

CARA DE COLMENA. — ¡Hay, chico, eres un antropófago! ¡Aquí está, toma, pasteles, hombre! ¡Ni siquiera me preguntas nada, sino comer, comer! ¡Come, pero, ligero, pronto, pronto! ¡Y pregunta algo, chico!

CABEZA AZUL. — Bueno, ¿y qué me cuentas? ¿Qué tal? ¿Cómo te va?

CARA DE COLMENA. — ¡Hombre, qué mula eres!

CABEZA AZUL (*abrazándola.*) — Me mataban de hambre esos cuatro zánganos. ¡Qué hambre, comadre!... Je, jé, no está mal el alpiste y el agua de la canal.

CARA DE COLMENA. — ¡Chiquillo! ¡Y las ganas que tenía de gritarte: ¡Pero no seas buey! ¿No ves que soy yo?

CABEZA AZUL. — ¡Pero me decías unas cosas tan bonitas! ¿Y aquel zarandajo te pellizcó? Deja que le saque un ojo.

CARA DE COLMENA. — ¡No, hombre, qué bárbaro! Mejor es que comas pronto, que puede venir alguien.

CABEZA AZUL (*come.*) — Bueno, cuéntame, qué hiciste cuando me cogieron. ¡Pobrecita mía, cómo llorabas! Ya me estabas afligiendo a mí ¿sabes?

CARA DE COLMENA. — ¡Ay, Cabeza Azul, tú no sabes las mortificaciones que llevamos las mujeres con estos malditos hombres! ¡Que si se enferman, que si les duele la barriga, que si les rompieron la cabeza, que si se los llevan presos! Ay, Cabeza Azul... Y después...

CABEZA AZUL. — ¿Eh? ¿Qué es lo que pasa después?

CARA DE COLMENA. — ¡Ay, Cabeza Azul! ¡Tú no sabes los dolores de cabeza que nos dan los hijos! (*Suspira con los ojos en blanco.*) ¡Ay!

CABEZA AZUL. — ¡Hombre, je, je! (*Ríe.*)

CARA DE COLMENA — Pues sí, cuando te llevaban, sí no me alcanzan los chicos me hubiera caído muerta en el camino. ¡Ay! (*Suspira.*)

CABEZA AZUL. — ¡Sí, hombre, pero, sigue!

CARA DE COLMENA (*suspira*). — ¡Ay! Pues eché a andar y camina y camina y camina... Por la madrugada llegamos a la ermita. Los niños se quedaron a la puerta, porque la Virgen a quien quería ver era a mí... (*Dándose tono.*) ¡Ay!, qué ganas de llorar me entraron cuando vi todas las luces encendidas y pensé: ¡Éstas las encendió Cabeza Azul! Y cuando vi una macetica de flores regadita y alegre y pensé: Esta la regó Cabeza Azul.

CABEZA AZUL. — ¿Yo?

CARA DE COLMENA. — Sí, ¿no fuiste tú?

CABEZA AZUL. — Bueno, sigue.

CARA DE COLMENA. — Y cuando vi un pan con jamón en el platillo de los pobres y pensé: ¡Ay, esto lo trajo Cabeza Azul!

CABEZA AZUL. — ¿Yo? Hum...

CARA DE COLMENA. — Ay, ¿no fuiste tú?

CABEZA AZUL. — ¿Yo? Je, je. Vamos a convenir.

CARA DE COLMENA. — Y cuando vi a la Virgen, linda, toda color de luz. Se parece a Doñana, ¿sabes?

CABEZA AZUL. — ¡Claro!

CARA DE COLMENA. — Y a mi mamá, ¿verdad que se parece a mi mamá?

CABEZA AZUL. — Y a ti.

CARA DE COLMENA. — ¡Ay! ¡Gracias! Si tú supieras, que a mí se me había ocurrido, pero como me daba pena, esperaba a que tú me lo dijeras. Y ¿sabes? se parece a ti también...

CABEZA AZUL. — ¡No, no, no, no, muchas gracias!

CARA DE COLMENA. — Bueno, pues cuando la vi, entonces sí que me eché a llorar. ¡Ay! ¡Es la Virgen y habló con Cabeza Azul! ¡Ay! ¡Se me olvidaba! *(De un salto.)*

CABEZA AZUL. — ¿Qué?

CARA DE COLMENA. — ¡La lima, la lima! Mientras estamos aquí hablando viene alguien y te encuentra con esos grillos y muy bonito que lo hacemos. Espera, mientras hablo, te limpiaré los grillos. A ver, estira la pierna; así, eso es. *(Ella lima, habla... y él desconfía de la lima.)* ¿Por dónde iba?

CABEZA AZUL. — ¡Por... ay!...

CARA DE COLMENA. — ¡Ah, sí! Cuando yo estaba llorando me ve la Virgen y me dice...

CABEZA AZUL. — ¿Ya ves cómo habla?

CARA DE COLMENA. — Seguro. Pues me dijo: Acércate, Cara de Colmena. ¿Por qué te llaman Cara de Colmena?... Pues verá, me dicen Cara de Colmena porque dicen que tengo la cara dulce y los ojos como avispa.

—Es cierto, es cierto— me dijo ella. —Eres muy linda,  
CARA DE COLMENA. —Oye, eso me dijo ella, ¿sabes?  
CABEZA AZUL. — ¡Claro! Y yo también te lo digo.

CARA DE COLMENA. — ¡Ay! ¡Gracias! Y así le contesté yo  
—Gracias, Señora Virgen, es favor... pero es Ud. más  
linda que Blanca Nieves en la Montaña de los siete enanos. — Se echó a reír y me dijo: ¿Dónde está Cabeza Azul? Entonces le conté lo que te pasaba. ¡Hijo, se puso furiosa! Dió un golpe tan duro con el pie que a la serpiente le entró un dolor de cabeza tan grande que tuve que darle una aspirina. Y decía la Virgen: —¡No me dicen nada! ¡No me cuentan nada! ¡Van a ver lo que soy yo cuando me suelto el pelo! Oye —me dijo entonces con mucha dulzura— oye... Ya está.

CABEZA AZUL — ¿Cómo que ya está?

CARA DE COLMENA — No, que ya está listo esto. A ver, levántate. (*Le saca los grillos. Él se levanta, estira los pies, va, viene y salta.*) ¿Nos vamos?

CARA DE COLMENA. — Vamos, espera. (*Va a la ventanita y viene.*) ¡Qué fastidio! ¡Un centinela! Esperemos un poco a ver si se va... Bueno, me dijo con mucha dulzura: —¿Eres una chica buena, Cara de Colmena? —Sí, señora, aunque me esté mal el decirlo. —¿Eres valiente? —Sí, señora, mejorando lo presente. —Pues bien, Cara de Colmena, vamos a arreglar todo esto. Tú vas a hacer lo que yo te digo. Oye, ¿ves ese pie con el que estoy apretando la cabeza a la serpiente? —Sí, señora. —Bueno, ¿ves ese serrucho que ha dejado allí el sacristán? —Sí, señora. —Muy bien; coje el serrucho y serrúchame el pie. —¡Oh, señora, no es posible! —Que me serruches el pie te digo. —Pero, señora... —Mira, o haces lo que yo te digo o aquí mismo te doy una pela. No te preocupes, boba, todavía me queda un pie para la serpiente. Además, ¿no ves que es de madera? ¡Vamos! —Yo cogí el serrucho y le corté el pie.

CABEZA AZUL. — ¿Se lo cortaste?

CARA DE COLMENA. — ¡Claro! ¿Querías que me diera la paliza? Le corté su piececito y me dijo: —Vete, lleva mi pie, camina con mi pie y quebranta con mi pie. Todo camino se allanará y de tus pisadas florecerán las tierras... Y aquí estoy.

CABEZA AZUL. — ¿Y el pie de la Virgen?

CARA DE COLMENA — Aquí está. (*Saca del cestito un piececito de madera.*)

CABEZA AZUL. — ¡El pie de la Virgen! “Y vendrá una mujer que aplastará la cabeza de la serpiente... Todo camino se allanará y de sus pisadas florecerán las tierras...”

¡Qué pequeño! ¡Qué liviano!

Ahora me explico

cómo puede pasar por todas partes  
sin que nada le duela a lo que va pi-  
sando,

ahora me explico

cómo puede marchar sobre las nubes  
sin exprimirles una lluvia;

ahora me explico

cómo el pie de su hijo le tomó lo li-  
viano

y pudo ir sobre el mar sin hundirse.

Ahora me explico

por qué se quedan en un solo tallo  
las margaritas y las garzas.

Pero, ¿cómo podrá llevarla  
que no la deje en el camino?

¿Cómo no se quedó manca  
cuando iba tropezando, detrás de su  
hijo?

¿Cómo podrá apretarle tanto  
en la cabeza a la serpiente?

¿Cómo no cae, si va montada  
en una gota de nieve?

Pero quebranta la cabeza de la bestia  
porque el pie es un clavo de plata  
y el corazón martillea.

Niña de cabeza azul,  
alma de la casa en pena;  
mujer de las tierras tristes,  
madre de las cien mil cabezas,  
tienes la cabeza azul

y la cara de colmena,  
tienes el pie de la Virgen,  
que va a quebrantar la bestia.

De andar revolviendo azules, la ma-  
no me hace horizonte  
y arriba tu pie levanta la esperanza  
de una vela.

Al hombre de cabeza azul,  
tu bravura candorosa le navega.

Niña del novio enjaulado,  
entre tu pie de Virgen y mi cabeza  
azul

cabe un Cristo adolescente con una  
tierra en las manos.

*(Esto lo ha dicho suavemente, sin gestos casi. Pausa. Sus  
cabezas están unidas y el pie está sobre la mano de él.)*

CABEZA AZUL. — ¿Vamos?

CARA DE COLMENA. — No, espera. ¿Eres un buen chico?

CABEZA AZUL. — ¡Ya lo creo!

CARA DE COLMENA. — ¿Valiente?

CABEZA AZUL. — Hum, mejorando lo presente.

CARA DE COLMENA. — Bueno. ¿Ves ese pie que te estoy po-  
niendo en la punta de las narices? *(Estira la pierna y le  
pone su pie en las narices.)*

CABEZA AZUL. — Sí.

CARA DE COLMENA. — Bueno, coge el serrucho que traje en el canastillo y serrúchame el pie. (*Él da un salto.*)

CABEZA AZUL. — ¡Ni a tiros! ¿Estás loca?

CARA DE COLMENA. — ¡Que me serruches el pie, te digo!

CABEZA AZUL. — Pero, chica...

CARA DE COLMENA. — Mira, haz lo que te digo o te doy una paliza. Pero, animalito, ¿no ves que es preciso? ¿No ves que la Virgen sabe lo que hace?

CABEZA AZUL. — ¿Qué piensas hacer?

CARA DE COLMENA. — Lo que dijo la Virgen; marchar con su pie; me corto el mío y me pongo el suyo; para eso tengo un tornillo, ¡burro! A menos que quieras cortártelo tú. Sería lo mismo.

CABEZA AZUL. — No. No. ¡Debe ser una mujer, una mujer honrada, una mujer pura! ¡No un hombre corrompido como yo! Bueno, vamos a ver... (*Toma el serrucho y empieza a serruchar como si tal cosa.*)

CARA DE COLMENA (*canta en falsete*). — ¡Carpintero, carpintero,

dale que dale al serrucho,

dale que dale al madero!

¿No ves cómo no duele? ¿No ves que es de madera? (*Él le pisa un dedo de la mano.*) ¡Ay, ay, ay! ¡Animal, caballo! ¿No ves que me pisas un dedo? A ver, ya está, dame el pie; el de la Virgen. Ajá, ya está así; atornilla, así. Mira qué bien me queda. Ayúdame. (*Se levanta. Cojea un poco.*) ¿Y mi pie?

CABEZA AZUL. — Aquí está. (*Muestra el piececito de ella.*)

CARA DE COLMENA. — Bueno, guárdamelo. (*Él lo envuelve en un pañuelo y se lo echa al bolsillo.*) Y ahora, vámonos corriendo.

CABEZA DE AZUL. — Oye, si nos separamos, ya sabes que nos encontraremos mañana en la gruta de la Virgen. Ma-

ñana será la fiesta. Todos allí, ¿eh? Todos allí. ¿Comprendes?

CARA DE COLMENA. — Comprendo.

CABEZA AZUL. — Bueno, vamos. (*Llegan a la ventana.*)

CARA DE COLMENA. — Salta tú para que me recibas. (*Él salta la ventana y desaparece. En ese momento gritan afuera y despiertan los cuatro Malucos.*)

MALUCO 1º. — ¡Epa! ¡Que se fuga el preso! (*Tropel.*)

TODOS. — Por ahí, corra. (*Agarran a CARA DE COLMENA.*)

MALUCO 2º — ¡Esta bruja lo ayudó! ¡Ya verás cómo te asamos, condenada! ¡Engrillémosla! (*Sacan el grillete y se lo pegan.*) ¡A buscar el otro ahora! (*Salen. Entonces ella se destornilla su pie, saca el grillete, se vuelve a poner el pie y sale cojitrانqueando.*)

CARA DE COLMENA. — . . . Y dos cestos para ir de feria al mercado de la ciudad y una burriquita que lleve los cestos y una muchacha que cante:  
¡Manzanās, manzanās!

## TELÓN

### CUADRO TERCERO

*La gruta; colinas rojas, verdes, azules, doradas, grises. Un camino hacia el bosque; peñascos. El primer plano es también un camino. Silencio largo; un silbido; pausa; otro silbido. Entra GRANITO DE ORO por la derecha, CARA DE COLMENA por la izquierda, cojita; dialogan en voz baja; se separan y sale el primero; pausa; entra CABEZA AZUL, dialoga con CARA DE COLMENA; se va ésta. Silba CABEZA AZUL de*

*otro modo; entra la burriquita con PELOTICA encima; hablan bajo; entra VALENTINO con su caballo; se va PELOTICA; dialogan CABEZA AZUL y VALENTINO, quien sale. Se va CABEZA AZUL hacia los cerros. Pausa. Entran cuatro mendigos; se sientan. Es el alba.*

MENDIGO DE LA CIUDAD. — Oye, ¿ordeñaste las vacas?

MENDIGO DEL LLANO. — Estaba esperando que cortaras el jamón.

MENDIGO DE LA CIUDAD. — Cordillerano, ¿asastes las chuleletas?

MENDIGO DE LA CORDILLERA. — Hombre, se me había olvidado.

MENDIGO DEL LLANO. — ¿Y tú, contra maestre, preparaste las langostas?

MENDIGO DEL MAR. — Hay chubasco. (*Todos ríen entre amargo y dulce.*)

MENDIGO DE LA CIUDAD. — ¿Y el café?

MENDIGO DEL LLANO. — El café sí es verdad que por poco lo hago. Al levantarme me puse a andar por la habitación (*señala con un gesto las tierras descampadas a lo largo del camino*) y encontré unas piedrecitas que con la madrugada se veían negras. Me puse a mirarlas pidiéndole a Dios un milagro. Ya estaba casi a punto el milagro y ya iba a meter las piedrecitas en el agua para que se disolvieran y se convirtieran en café. Pero vino otro milagro. Aclaró un poco y las piedrecitas negras se convirtieron en piedrecitas blancas; así ya no me convenían. A mí la leche me deprime... Je, je.

MENDIGO DE MAR. — Alabado sea Dios. Tres días sin comer y sin poder dormir siquiera.

MENDIGO DE LA CIUDAD. — ¿Qué? ¿No dormiste?

MENDIGO DE MAR. — ¡Que iba a dormir! Con unas piedras apretándome los riñones.

MENDIGO DE LA CIUDAD. — ¡Pero qué animal! ¿Y usted no sabe que antes de acostarse hay que sacudir las sábanas?

(*Carcajada general.*)

MENDIGO DEL MAR. — ¡Cordillerano!

MENDIGO DE LA CORDILLERA. — ¿Qué le duele?

MENDIGO DEL MAR. — ¿Tienes fríos?

MENDIGO DE LA CORDILLERA. — No. Soy de los páramos. Mi mamá me echó en la nieve. ¿Y tú?

MENDIGO DEL MAR. — A mí me crió el mar. ¿Y tú, ciudadano?

MENDIGO DE LA CIUDAD. — En veces parece frío y en veces vientre vacío.

MENDIGO DE LA CORDILLERA. — ¿Y tú, llanerito, tienes frío?

MENDIGO DEL LLANO. — ¿Y yo qué voy a hacer con frío si no tengo cobijas?

MENDIGO DE LA CIUDAD. — Cierto... (*Rien con un pedazo de risa mal cortado en la boca. Silencio.*)

MENDIGO DE LA CIUDAD (*suspira*). — En fin, Dios verá lo que hace. Hoy es la fiesta de Su Santa Madre y aquí han de venir los ricos. Algunos de ellos se acordarán de dejarnos algo.

MENDIGO DEL LLANO. — Aunque sea un palo. Yo vengo porque ustedes vienen, pero no porque espere nada.

MENDIGO DEL MAR. — No digas así, paisano; el día de la Virgen siempre trae algo nuevo.

TODOS. — Ojalá. Amén...

MENDIGO DE LA CORDILLERA. — Por allí viene algo... (*Por la izquierda entran PELOTICA y TOMUSA.*)

MENDIGO DE LA CIUDAD. — El café con leche.

PELOTICA (*arreando a TOMUSA*). — ¡March! Buenos días.

MENDIGO DE LA CORDILLERA. — Buenos días, niño ¿Nada para sus pobrecitos?

PELOTICA. — Lo que puedo. (*Les da algo.*)

TODOS. — Gracias.

MENDIGO DEL MAR. — La Virgen se lo pague.

PELOTICA. — ¡Hola, contramaestre! ¿Mucha hambre por allá, viejo?

MENDIGO DEL LLANO. — Jé, jé... alcanza para todos.

PELOTICA. — ¿Qué tal el desayuno?

MENDIGO DEL LLANO. — Una nube se puso bajita, ¿sabes? Tan bajita que parecía una vaca. Pero cuando fui a ordeñarla...

PELOTICA. — Tengo una idea...

TODOS. — A ver, a ver...

TOMUSA. — ¡Ja, ja, ja! (PELOTICA la amenaza.)

PELOTICA. — Esta noche yo les traeré una piel de león; el león de Androcles. ¿Ustedes conocen el león de Androcles, ¿no?

MENDIGO DEL LLANO. — ¿El león de quién?

PELOTICA. — Bueno, el león de cualquiera. Uno de ustedes se viste de león, se va al campo y al llegar junto a una vaca, va y le dice: ¡La bolsa o la vida! ¡Y claro! Se deja ordeñar.

MENDIGO DE LA CIUDAD. — ¡Muy bien!

MENDIGO DEL MAR Y MENDIGO DE LA CORDILLERA. — ¡Muy bien!

MENDIGO DEL LLANO. — ¡Hum! Con el susto, se le corta la leche a la vaca...

PELOTICA (con intención). — Un día siquiera, tendrán ustedes que disfrazarse de leones un solo día. Un solo día. Después, comerán. (Los cuatro mendigos se agrupan.)

MENDIGO DE LA CIUDAD. — ¿Y cuándo sería eso?

PELOTICA. — Pues, hoy mismo, por ejemplo... (Juntan las cabezas y hablan en secreto.)

MENDIGO DE LA CIUDAD. — Bueno.

PELOTICA. — No se alejen mucho. (Se vuelve a TOMUSA.) ¡March! (Salen.)

MENDIGO DEL MAR. — Dios lo bendiga.

TODOS. — Amén. (De pronto, se levantan respetuosamente,

pues llega DOÑA ANA, seguida por CARA DE COLMENA y CUNÍN.)

DOÑANA. — ¡Hijos, buenos días!

MENDIGO DE LA CIUDAD. — ¡Que la Virgen la ayude!

DOÑANA. — ¡La Virgen me ayuda, la Virgen me ayuda!  
(*Les reparte.*) ¿Vienen conmigo? (A CARA DE COLMENA y CUNÍN.)

CARA DE COLMENA. — Sí, señora.

DOÑANA. — ¡Pobrecita! ¡Te duele el pie!

CARA DE COLMENA. — No me duele, ¿sabes? Es que, como me queda pequeño, pues, me aprieta. (*Ríe DOÑANA.*)

DOÑANA (*confidencial*). — ¿Qué me dicen?

CARA DE COLMENA. — Cabeza Azul se escapó. Están cerca. Hoy es el día.

DOÑANA. — ¡Dios, ampáralos! ¡Vamos, hijas, vamos!...

CARA DE COLMENA. — Señora...

DOÑANA. — ¿Qué?

CARA DE COLMENA. — Tengo miedo.

DOÑANA. — ¿Tienes miedo? ¿Mi mujercita más valiente tiene miedo? ¡Ja, ja, ja..., miedo con este día! ¡Mira, esos cerros que parecen que van a cambiar de color!

CUNÍN. — Es que, señora, es un miedo distinto, porque yo, yo también tengo miedo. ¿Sabes?

DOÑANA. — Bueno. ¿Y qué clase de miedo es ese?

CARA DE COLMENA. — Pues, vea; hoy es el día de las fiestas. Tolón va a venir con toda su comitiva y habrá una función aquí.

DOÑANA. — Bien, eso ya lo sabemos.

CARA DE COLMENA. — ¿Es que va estar aquí usted?

DOÑANA. — ¿Y qué tiene eso?

CARA DE COLMENA. — Que cuando se den cuenta de que a la Virgen le falta un pie, van a poner el grito en el cielo y empezarán a buscar y la encontrarán a usted y creerán que fue usted quien le quitó el pie...

DOÑANA. — ¿Y qué?

CARA DE COLMENA. — ¡Y la maltratarían..., y quién sabe!  
¡Acaso hasta la matarían!

DOÑA ANA. — No, no tengan miedo; ya estoy acostumbrada a los golpes. Y ahora, que sé lo que sé, menos me dolerán. A mí no me pueden matar ya. Sería necesario que mataran a todos los niños del mundo. En el fondo, a ellos les importa muy poco que la Virgen tenga o no tenga pie. Les tiene sin cuidado la Virgen. ¿Sabes por qué le hacen fiestas? Te voy a decir: Es para hacerse ellos mismos sus fiestas..., y, oye bien, como ya lo tienen todo aquí, quieren hacer un esfuerzo a ver si cogen también lo de allá arriba. ¿Comprendes?

CUNÍN. — ¡Ah, sí!

DOÑANA. — En la noche le sacan las tripas a un prójimo y en la mañana siguiente, un mal cura les da la comunión. Y el pobre mal curita les preguntará: ¿Para qué? Y ellos dirán: Para ganar el cielo... Y en sus adentros pensará el curita: Pero, ¿también el cielo? (*Ríen todas.*)

CARA DE COLMENA. — Entonces. ¿No se va usted?

DOÑANA. — No, hijita, no me voy. Vamos a entrar allí. Hoy es el día de las vírgenes, porque mis hijos van a pelear. Debo estar aquí, cerca de Dios y el primer golpe debe ser para mí. ¿Quién podría quitarme el derecho a la primera herida, a la primera sangre sobre la boca alegre de sangrarla? Vamos, hoy es el día de mis niños, de mis niños niños y de mis viejos niños. De esos... (*Va hacia los mendigos.*) De éstos..., tú eres de la calle. (*Al MEN- DIGO DE LA CIUDAD.*) ¡Sí, tienes ojos de calle, caminados! La mano hecha grietas; una ciudad en ruinas. Frío de casa sin cocina en el suburbio del corazón. Se caen las casas, las calles negrean de mendigos; las viejas estatuas de bronce doblan como campanas. El reloj de la torre está dando siempre una última hora. Pero he llegado, ciudadano, y mis calles revientan de niños. Charanga, cohetes; ferias. Y un sol de fogón se reconstruye las manos. Ven

acá... (*Al MENDIGO DE LA CORDILLERA.*) Andes, profundos andes, hondos hacia el cielo. Los andes se quedan sin trigo, pura nieve. Yo misma, tenía los pies helados, anoche; apenas si el palpar quebraba un témpano y corría sin ruido el raudal de los ojos. ¡Cuánta ventisca! ¡Cuánta espina de hielo atravesaba el lecho de dulces frailejones! Cuesta arriba, cuesta arriba, ya la nieve me amenazó blanquear el fleco de la trenza. Estaba yo desnuda, como un pico en la noche, con mis cabellos apagándose en la cabeza empavesada. Pero aclaré en la mañana mía, sobre todas las nieves. Un labrador gritó: ¡Espigas! ¡Espigas! (*El mendigo, alegre.*) ...El llano... (*Al MENDIGO DEL LLANO.*) Se me quedaba sin vacas sin vacas; las hierbas tostadas, colgaban vacías las ubres y las nubes. Sol, sol y plaga. Los llaneros iban sobre caballos moribundos. Tierra abajo, al trote, los llaneros, el esqueleto de una caballería derrotada. ¡Y fiebre! ¡Cuántos becerros muertos junto al jaguey de estos ojos! ¡Cuántos caballos rendidos juntos al palmar de esta trenza! Las garzas partían encandiladas, rumbo al sol y dos que me quedaban, se me morían en el garcero del seno. Pero llovió mi nube que llegaba al galope por mis yerbas azules. Las garzas regresaban del sol y hoy es día de ordeñarles la luz... Ven acá. (*Al MENDIGO DEL MAR.*) ¡El mar! Se me quedaba sin barcos. ¡Qué temporales, hijo! Ya el costado me duele como una costa de arrecifes. ¡Cuántos naufragios se me han varado en estas playas! (*Tiende sus manos.*) ¡Cuántas lanchas vacías volvieron de la pesca! Proa a la mar, proa a la mar, desnuda, como un mástil, silbando el gallardete de la trenza, cuánto brisote malo me derivó a la muerte. Las penúltimas risas se iban a pique en golfos untados de terrores y la mar misma amenazó zarpar al agua de mis ojos... Pero aminé en el cabo florido, junto a la ensenada en que se ensayan de olas las olas recién nacidas; asomado a mi risa marinera el lindo ga-

viero verde ha gritado: — ¡Faro a proa! Y cada risa de mis niños relumbra como un pez en el pico de una gaviota. (*Pausa. En silencio. DOÑANA va y viene, llega a la puerta de la gruta y habla, lenta.*) Hoy es el día de las vírgenes. Mañana será el día azul de florecer toda cosa azul. Con la primera luz de mañana, vayamos a los surcos y veremos abrirse las semillas.

MENDIGO DEL MAR. — Que la Virgen la oiga.

DOÑANA (*al entrar se vuelve*). — Ella me ha oído; la tierra es de su hijo y yo tengo la llave de todos los rebaños. (*Entran los malucos, desalojando.*)

TODOS LOS MALUCOS. — ¡Fuera de aquí, fuera, sinvergüenzas, fuera, ¡vejesterios! (*Los mendigos huyen. Ya DOÑANA ha entrado a la gruta.*)

MALUCO 1º. — Vamos a ver cómo está esto por aquí. (*Entran a la gruta. Un silbido. Por la izquierda entra uno de los mendigos y por la derecha GRANO DE ORO. Dialogan y salen junto hacia los árboles.*) (*Salen de la gruta los malucos con DOÑANA y las niñas.*)

MALUCO 2º. — Fuera de aquí.

CUNÍN. — ¡Pero si venimos a rezar, burros!

MALUCO 3º. — Mañana será. Ahora no se puede. El jefe va a llegar; y hay que quitar estorbos. Téngase la bondad.

(*Las empujan.*)

DOÑANA (*serena*). — ¿Podremos rezar en la puerta?

MALUCO 3º. — Ni en la puerta ni adentro. A rezar a sus casas.

DOÑANA. — ¿A mi casa? ¿Cuál es mi casa?

MALUCO 3º (*se encoge de hombros*). — ¿Y a mí que me importa?

CUNÍN (*mofándose*). — ¿Y a mí que me importa? Hacés más ruido que una motocicleta. (*Todos rien.*)

MALUCO 3º (*amenazándolas*). — ¡Te rompo la cabeza! (*Alza la mano y DOÑANA lo sujeta.*)

DOÑANA. — Quieto. Hoy no es día de comer muchachos. Es cuaresma. Vamos; rezaremos en el camino. (*Han entrado CABEZA AZUL y PELOTICA, disfrazados de barbas o bigotes, gran leontina y trajes de nuevos ricos.*)

CABEZA AZUL. — Buenos días.

MALUCO 4º (*brutal*). — ¿Qué quiere?

CABEZA AZUL. — Contigo, nada. (*Despectivo.*) Esperamos al jefe para saludarlo. Somos primos.

MALUCO 1º. — ¡Ah! Pasen los señores, pasen, ténganse la bondad. Si quieren entrar a la gruta...

CABEZA AZUL. — No. Esperaremos aquí.

PELOTICA. — Se saluda.

MALUCO 4º (*muy humilde*). — Muy buenas...

PELOTICA. — ¿Y qué le pasa a esa gentuza?

MALUCO 2º. — Muy bien dicho; ¡gentuza!; quieren meterse a la gruta a rezar y cuando el jefe venga no van a hacer sino estorbar. Cuando el jefe anda con sus amigos quiere estar solo con ellos. Los demás sobran.

CABEZA AZUL. — ¡Claro!

MALUCO 3º — Por eso las hemos mandado al infierno.

CABEZA AZUL. — ¡Ah! ¿Las han mandado al infierno?

MALUCO 3º. — ¡Claro!

CABEZA AZUL. — ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia, compadre. Ellas vienen buscando el cielo y las mandan para el infierno. Es como pedir un fósforo y que le den a uno un vaso de agua. (*Todos ríen.*) Bueno, pero, ¿no se les ha ocurrido nada mejor que mandarlas al infierno?

MALUCO 1º. — ¿Y qué más?

CABEZA AZUL. — ¡Hombre, echarlas así no más, sin hacer sudar un poquito a esa gentuza! ¡Caray! A mí se me hubiera ocurrido divertirme un poquito con ellas. ¡Ese es el sistema del jefe!

CARA DE COLMENA. — ¡Ay, señora, vámonos. Ese hombre es muy malo!

DOÑANA. — Espera.

*(Las dos niñas están agarradas a la falda de DOÑANA.)*

MALUCO 4º. — A ver, a ver, ¿y qué haríamos con ellas?

CABEZA AZUL. — Vamos a ver; pensemos...

PELOTICA. — Tengo una idea.

CUNÍN. — ¡Hum! ¡A ése como que lo conozco yo! *(Cuchichean.)*

MALUCO 3º. — Usted dirá.

PELOTICA. — Les cortamos las cabezas y se las cambiamos; la de ésa para aquélla, la de aquélla para ésa...

CARA DE COLMENA. — ¡Uy!

MALUCO 1º. — ¡Hombre, no tanto!

CABEZA AZUL. — ¡Caray, compadre!

PELOTICA. — ¡Es una idea!

CABEZA AZUL. — No, se me ocurre otra cosa.

MALUCO 3º. — Diga.

CABEZA AZUL. — Vea. Las dejamos entrar en la gruta, nos cojemos el cepillo de los pobres y compramos... caramelos y cuando venga el jefe las sacamos y le decimos que fueron ellas las que se robaron el cepillo. *(Todo esto aparte.)*

MALUCO 1º. — Estupendo.

MALUCO 2º. — ¡Muy bien! *(Todos asienten.)*

CABEZA AZUL. — ¿Conformes?

MALUCO 1º. — Conformes.

CABEZA AZUL *(alto)*. — Bueno, y hablando de todo, ¿no hay por allí algo que mascar mientras tanto.

TODOS *(registrándose)*. — No, nada.

CARA DE COLMENA. — A ése como que también lo conozco.

PELOTICA. — Bueno, al grano, como los pollitos. *(CABEZA AZUL entra a la gruta.)*

MALUCO 1º. — Señoritas, ustedes dispensen, pero viéndolo

bien, lo mejor es que entren. . . , hay que ponerse bien con Dios, ¿eh? (*Muy amable.*)

CARA DE COLMENA. — ¡Ay! ¡Gracias!

CUNÍN (*a MALUCO 3º*) — Gracias, motocicleta. (*Entran. De la gruta sale CABEZA AZUL; trae el cepillo.*)

CABEZA AZUL. — Bueno, voy a comprar tabacos y caramelos.

MALUCO 2º. — ¿Vuelve pronto?

CABEZA AZUL. — En un brinquito. (*Salen él y PELOTICA.*)

MALUCO 1º — ¿Estuvo bueno, eh? ¡Caray! ¡El jefe! (*Se quedan firmes. Entra TOPÓN con un grupo de amigos, sombrero en mano, abanicándose.*)

DOCTOR (*en actitud oratoria*). — Habéis llegado, señor al sitio. . .

TOPÓN. — Bueno, eso será para otro día. Ahora me toca a mí. Voy a decir un discurso que saqué de la cabeza de éste. (*Señala al periodista. Risas.*)

DOCTOR (*al bachiller*). — ¡Qué bestia!

TOPÓN. — Bueno, aquí está la Virgen y aquí estoy yo. Yo la tengo a ella allí y ella me tiene a mí aquí! (*Aplausos, vivas.*)

DOCTOR (*al bachiller*). — ¡Oyó! ¡Qué bruto más bruto! (*El bachiller no contesta.*)

TOPÓN. — Y el que se meta con ella se mete conmigo; y el que se mete conmigo se mete con ella.

TODOS. — ¡Bravo, bravo! (*Aplausos.*)

DOCTOR (*al bachiller*). — Pero bueno, ¿usted ha visto en su vida un animal como éste? (*El bachiller no contesta nada.*)

TOPÓN. — Y todo lo que piensan mis enemigos ella me lo dice. Y yo le digo a ella lo que piensan los suyos.

TODOS. — ¡Bien! ¡Admirable!

DOCTOR (*tira de la manga al bachiller*). — ¡El hombre primitivo, amigo, el hombre primitivo! (*El bachiller le mira asombrado, se miran; luego las caras miran a TOPÓN, y no dicen pizca.*)

TOPÓN. — El que quiera pedirme algo a mí, que se lo pida a ella.

TODOS (*rien estrepitosamente*). — ¡Muy bien, genial!

BACHILLER (*al DOCTOR*). — Es inaguantable. ¡Yo no sé cómo puede haber tanto cinismo! (*El DOCTOR le mira, pero no contesta.*)

TOPÓN. — ¡Sí, señor! Y el que quiera pedirle algo a ella que... lo pida a mi secretario... (*Risas.*)

BACHILLER (*tira de la manga al DOCTOR*). — ¡Qué vergüenza! ¡Qué salvaje es este bicho! (*El DOCTOR no dice cué.*)

TOPÓN. — Y los malos no tienen para qué rezarle a ella ni para qué rezarme a mí.

TODOS. — ¡Así es! ¡Bien!

BACHILLER (*al DOCTOR*). — ¡Esto es asqueroso! (*El DOCTOR le mira asombrado; se miran; luego, vuelven las caras a TOPÓN, pero al momento se miran de nuevo y guiñan un ojo.*) ¡Je, je, je!

DOCTOR. — ¡Je, je; somos dos águilas! (*El general pasa junto a ellos y acercándose junto al DOCTOR le habla.*)

GENERAL. — ¿Qué le parece? ¡Qué bárbaro! Hola, joven (*Al BACHILLER.*) ¡Me alegro de verlo! Ya sabe que siempre estoy con la juventud. (*Se escurre.*)

MÍSTER JOHNSON. — ¡Espeluznante!

DOCTOR. — ¿De bueno?

BACHILLER. — ¿De malo?

MÍSTER JOHNSON (*al DOCTOR*). — ¡De bueno! (*Al oído del BACHILLER.*) De burro.

DOCTOR (*salta al medio*). — Habéis llegado, señor, al sitio consagrado en adelante al culto de la madre de Dios y del Padre de esta tierra; a ella y a vos...

GENERAL. — Un momentito, DOCTOR, que ahora no le toca a usted.

DOCTOR. — Aunque no me toquè..., a ella y a vos...

GENERAL. — Es que me toca a mí.

DOCTOR. — Aunque le toque... , y a vos.

GENERAL. — Pero...

TOPÓN. — Bueno, déjenlo, que ése habla porque sí.

DOCTOR. — Y a vos... , cuya grandiosa obra no habrá palabra para ensalzar... (*Se excita.*) Porque cuando vibró en los campamentos la voz del caudillo elegido...

TOPÓN. — Bueno, cálmese. Doctor, eso no es nada; eso le pasa a cualquiera.

DOCTOR. — ¡Oh, gracias, usted me confunde!

TOPÓN. — Bueno, ahora vamos a ver a la Virgen... (*Una cura ha salido de la iglesia, enloquecido, espantado.*)

CURA. — ¡Ah, señor, señor!

TOPÓN. — ¿Qué pasa? (*Ansiedad general.*)

CURA. — ¡Oh! Una desgracia, una desgracia insólita.

TOPÓN. — ¡Pero hable!

CURA. — ¡Una profanación, un sacrilegio!

TOPÓN. — ¡Pero diga lo que es, caray!

CURA. — ¡La Santísima Virgen ha sido mutilada!

TOPÓN. — ¿Mutilada? ¡No me hable en latín, carrizo, hableme en español!

CURA. — Le han robado un pie.

TOPÓN. — ¿Qué dice? (*Estupor.*)

CURA. — ¡Sí! Le han serruchado un pie y se lo han llevado.

DOCTOR. — ¡Sacrilegio!

GENERAL. — La obra de los eternos enemigos del bien.

TOPÓN. — ¡Se callan todos! Bueno, esta es la obra de los eternos enemigos del bien...

GENERAL (*al DOCTOR*). — ¡Hum! Esto como que lo he dicho yo alguna vez...

TOPÓN. — ¡Pero ya van a saber lo que es bueno! Ya van a saber si a mí se me agua una fiesta así no más. A ver. ¡Entren a la gruta a ver si el ladrón está allí escondido! Unos por aquí y otros por allá, registren; si los cojen me los traen aquí. (*Algunos entran en la gruta.*) ¿Y usted, no sabe quién fue? (*Al CURA.*)

- CURA. — ¡Yo, señor, no soy sino un humilde siervo de María y un gran admirador de usted!
- TOPÓN. — ¡Aquí no hay siervo de nadie! ¡Aquí el que manda soy yo! ¡Péguele un cepo a este hombre para que diga lo que sepa!
- CURA. — ¡Señor! Yo le juro.
- TOPÓN. — ¡A mí no me jure nada! (*Se lo llevan. Pasa GRANO DE ORO en la burriquita, silbando.*) Párenme ese hombre. (*Le traen, cabalgando.*) ¡Apéese! ¿En qué anda usted por aquí?
- GRANO DE ORO. — ¿Yo? ¿Que en qué ando? En burra.
- TOPÓN. — ¿Qué anda haciendo?
- GRANO DE ORO. — ¿Yo? No me acuerdo.
- TOPÓN. — ¿Cómo?
- GRANO DE ORO. — ¡Ah, sí! Buscando la Atlántida.
- TOPÓN. — ¿La qué...? ¿Aquí como que amaneció todo el mundo hablando latín? ¿Qué es lo que usted anda buscando? ¿No será el pie de la Virgen?
- GRANO DE ORO. — Eso es, precisamente. Oí decir que se había perdido y entonces ensillé a ésta y salí a buscar el pie de la Virgen.
- TOPÓN. — ¿Y a dónde lo va buscar?
- GRANO DE ORO. — Por las huellas...
- TOPÓN. — ¿Por las huellas de quién?
- GRANO DE ORO. — Je, je, je... Del pie...
- TOPÓN. — Este es loco... ¡Arre!
- GRANO DE ORO. — Bueno, si hay ladrones, por mi camino están.
- TOPÓN. — ¿Cómo?
- GRANO DE ORO. — ¡Claro! Yo voy para el monte, y como todos los ladrones se esconden allí.
- TOPÓN. — Hombre, es cierto.
- GRANO DE ORO. — Si quieren seguirme...
- TOPÓN (*al GENERAL*). — Sí. Vaya con su gente detrás de éste.

- GENERAL. — Muy bien... (*Aparte.*) Hum; no me huele bien esto.
- GRANO DE ORO. — Algo conseguiremos. Si no encontramos el pie, pueda que encontremos tres pies.
- GENERAL. — ¿Cuáles?
- GRANO DE ORO. — Los tres pies del gato. ¡Arre! (*Salen. De la gruta salen empujados DOÑANA y las niñas.*)
- MALUCO 1º — ¡Fuera, fuera! Estas deben ser!
- CUNÍN. — ¡Bárbaro, perro, bicho animal!
- TOPÓN. — Aquí, tráigalas aquí.
- MALUCO 1º. — Estaban escondidas en la gruta. Ellas deben ser las ladronas.
- CUNÍN. — ¿Ladronas? ¡Ladrona será tu madre, muérgano!
- TOPÓN. — ¡A callarse! ¿Dónde está el pie de la Virgen?
- DOÑANA. — No sé.
- TOPÓN (*avanza amenazador*). — ¿Dónde está el pie de la Virgen?
- DOÑANA. — No sé. No sé. No sé ni dónde están los míos. ¿Dónde está el pie de la Virgen? ¡Ja, ja! ¿Dónde están mis pies? Qué sé yo, en algún camino se habrán quedado; en alguna piedra se habrán hecho trizas; por alguna cuesta se habrán ido al fondo. ¿Dónde está el pie de la Virgen? Qué sé yo.
- TOPÓN. — Pues yo sí sé. Te lo has robado tú. O alguno de esos ladroncitos que andan contigo. Alguna cabeza azul, y tú me vas a decir dónde están esos ladrones.
- DOÑANA. — ¿Yo? ¿Qué sé?
- TOPÓN. — Tú sabes. Tú los ves todos los días. Mis ojos llegan a todas partes. Mis orejas oyen todo.
- DOÑANA. — Eso ya lo sé. (*Despectiva.*) Pero, entonces, ya debes saber dónde está ese pie...
- TOPÓN. — ¡Y tú hace tiempo te me estás atravesando! ¡Y tú entre mis manos no eres nada, nada, un trapo, una hoja, una pluma! Con apretar un puño, te ahogo.
- DOÑANA. — Eso crees tú...

TOPÓN. — ¿Eso creo yo? ¡Ja, ja, ja, ja!... Mira, que si ahora quisiera te mataría; te vendería, te alquilaría. (*Ella va riendo, nerviosa, cada vez más alto.*) ¡A este extranjero que quiere comprarte, te voy a vender cuando no me sirvas para nada!

DOÑA ANA (*con una larga risa salvaje*). — ¡Eso crees tú! ¡Eso crees tú! Eso era antes, pero, ahora, ahora... , ja, ja ja...

TOPÓN (*amenazante*). — ¡Cállate!

DOÑANA (*rápidamente erguida*). — No te acerques mucho. Mirame las manos. Todo me los has quitado; el huerto, la casa, la luz, la gracia... , todo me los has quitado, menos el hambre... ¡Ah! ¡Y me has dejado otra cosa! Ja, ja, ja, me has dejado mis niños, mis fieras, mis mendigos, alegres con las manos tendidas, cambiando risa por pan. Me has dejado mis viudas y mis huérfanos; y me has dejado mis uñas... , me has dejado mis pechos sanos para alimentar más niños, muchos niños, muchísimos niños. ¡Ja, ja, ja, véndeme, si puedes!

TOPÓN. — ¡Cállate! (*Furioso, va a pegarle.*)

CARA DE COLMENA. — ¡No le pegue!

TOPÓN. — ¿Y ésta, quién es?

MALUCO 2º — ¡Ah! Esta fue la que ayudó a fugarse a Cabeza Azul.

TOPÓN. — ¡Conque sí! ¡Muy bien! (*Ríe.*) ¡Palomita en la trampa! ¡Cantinerita! ¡A ver si nos dices dónde está el ladroncito!

CARA DE COLMENA. — Está en el jardín.

TOPÓN. — ¿Te hace gracia, eh? Ya veremos si te diviertes.

¿Dónde está Cabeza Azul?

CARA DE COLMENA. — No sé.

TOPÓN. — ¿Tú lo ayudaste a fugarse?

CARA DE COLMENA. — Sí.

TOPÓN. — ¿Por qué?

CARA DE COLMENA. — Guá, porque él es mi novio y yo soy su novia.

TOPÓN. — ¿Sí, eh? ¿Y él no te dijo adónde iba?

CARA DE COLMENA. — ¡No, creo que no; ah, sí! Creo que me dijo algo.

TOPÓN. — ¿A ver, qué te dijo?

CARA DE COLMENA. — Espere. Sí, creo que me dijo que le iba a robar el pie a la Virgen.

TOPÓN. — ¿Y qué más?

CARA DE COLMENA. — Más nada.

TOPÓN. — ¡Mentira! ¡Te dijo dónde iba!

CARA DE COLMENA. — ¡Pero si no me dijo nada más! ¡Por ésta, mire! (*Besa sus dedos en cruz.*)

TOPÓN. — ¡Del lomo te voy a sacar lo que te dijo!

CARA DE COLMENA. — ¡Ay, qué fino!

TOPÓN. — Aquí. (*Se acercan dos malucos.*) Agárrenme a ésta y se la llevan y le dan cuero hasta que diga dónde está el ladroncito ese. (*Van a agarrarla y DOÑANA se interpone.*)

DOÑA ANA. — ¡Quietos! (*Vacilan.*)

TOPÓN. — ¡Agárrenla! ¡Y a ti también, ladrona!

DOÑANA. — ¡A mí, sí, a mí, todo! (*Gozosa.*) Siempre me quedarán mis pechos para criar a mis hijos, y esta risa inmortal para criar a los pájaros del cielo.

TOPÓN. — ¡Si no te los corto yo!

DOÑANA. — ¡No puedes! ¡No puedes! ¡Ellos no te dejarían!

TOPÓN. — ¿Ellos? ¿A mí? Já, já. ¡Que vengan!

DOÑANA. — ¡Ya vendrán, ya vendrán!

TOPÓN. — Amarren a esa granuja. (*Señala a CARA DE COLMENA.*)

CUNÍN. — ¿Granuja? ¡Granuja serás tú... granuja!

TOPÓN. — ¡Maldita sea! (*Vuela sobre la niña y la agarra por los cabellos, sacudiéndola.*)

DOÑANA. — ¡Ah, ladrón! Eso no, eso sí que no! ¡Mi niña!,

¡mi niña! Primero te mato, ladrón. (*Le empuja; él se tambalea salvajemente; los otros quieren avanzar y él los detiene de un gesto.*)

TOPÓN. — ¡Sigue, sigue! ¡Quiero oírlo todo, para matarte mejor!

DOÑANA. — ¡Para creer que me matas! ¡Mátame! ¡Mátame!, ¡si es que puedes matar lo que mata a la muerte! ¡Pero, esto, no me lo toques! (*Abraza a las dos niñas.*) Mi carne nueva, mi espigar sobre el abono viejo, mi florear sobre el estiércol, sobre ti, sobre esos, sobre la escoria de los árboles caídos aplastando los campos. Asesino (*dulcísima, acariciadora*), mal hijo, mal hermano (*le pasa las manos por los cabellos*), ladrón... ¡hijo mío! Mal hombre, mal tigre, que hasta los tigres van huyendo de ti, mal chacal, mala serpiente... tú no tienes la culpa... Pero, no toques la carne del rebaño nuevo, ¡viejo lobo infeliz! No te trajeron a mí con los ojos abiertos... Mata, mata, pero mata lo tuyo y no lo de las estrellas... ¡Oye! ¡Oye! (*Un lejano rumor.*) ¡Ya están rugiendo! ¡Oye! ¡Mal hijo, pobre viejo malo, pobre hijo mío! (*El rumor crece.*)

UNA VOZ LEJANA. — ¡Sigala y balaja! ¡Sacalapatalaja!

OTRAS VOCES. — ¡Aja! ¡Aja! ¡Aja!

TOPÓN (*deshaciéndose del encanto que lo sobrecogía, la rechaza*). — ¡Ah! ¡Traidores! (*Se lanza sobre DOÑANA, pero CARA DE COLMENA le pisa un pie y él cae; la niña levanta su pie y lo pone sobre el pecho del caído y aprieta. En tanto, el rumor se hace espantosa gritería; los amigos de TOPÓN se retiran a un lado, temerosos.*) ¡Apártate demonio, perra, quítate! ¡Ah! ¡Socorro! ¡Me quema! ¡Me quema! ¡Socorro! Ya está, ya, ya (*su voz se va haciendo más débil hasta ser un susurro*), ya, ya...

CARA DE COLMENA. — Es el pie de la Virgen... Y vendrá una mujer que aplastará la cabeza de la serpiente... y todo camino se allanará y de mis pisadas florecerán las tierras... (*Entretanto, se hace un gran silencio. La lucha*

*en los montes ha cesado. Y silenciosamente se ve a los niños, tocados de boinas coronar los cerros; algunos bajan en silencio. TOPÓN va muriendo dulcemente. Su cabeza reposa en las rodillas de DOÑANA, quien le acaricia la cabeza mientras CARA DE COLMENA se va alejando hacia el otro lado de la escena. CUNÍN tiene en sus manos una mano de TOPÓN.)*

DOÑANA. — Hijo, mío, mío... ¡Cuántas cabezas azules! ¡Cuántos pozos de agua azul para viajar mis velas! Mira, mira, hijo, hijo mío...

*(CARA DE COLMENA va a salir hacia la gruta. CABEZA AZUL, que ha bajado de los cerros, la detiene.)*

CABEZA AZUL. — ¿Dónde vas?

CARA DE COLMENA. — A devolverle su pie a la Virgen...

Ah, ¿y mi pie?

CABEZA AZUL. — ¿Tu pie?... Guá, yo me lo comí... ¡Era tan dulce!...

## TELON

# ABIGAIL

## PERSONAS DE LA TRAGEDIA

ABIGAÍL, hija de Jairo.

LEA, esposa de Jairo.

SERENA, ciega.

CALATA.

CLEOFES.

UNA SIERVA.

DOS PLAÑIDERAS.

ILUMINADO.

EFRÉN.

GERÓN.

NATHAN.

JAIRO.

AMÓS.

NICODEMO.

ABILIO.

UN BÁRBARO.

UN HOMBRE FUERTE.

UN TAÑEDOR.

BÁRBAROS.

AMIGOS DE ILUMINADO.

## PROLOGO

*El milagro es la metáfora. Trasmutación del agua en vino, trasmutación de la realidad en realidad imaginada, conversión de la angustia en plástica, metamorfosis del entre-sueño a la vigilia constructiva, traslación intraobjetiva del ser a lo soñado. Y el milagro de las resurrecciones y eternidades pretende ser la presencia y permanencia del Creador en la Creación.*

*Pero el Creador no pudo o no quiso medir la longitud de su aventura. Porque si la creación ha de ser libre en sí; si al salir de la mano del Creador ha de tener su vida propia, independiente aún del Autor mismo, precisa reconocerle el derecho a la rebeldía. De allí el fracaso de la pervivencia en la obra, como prolongación invariable y eterna de mí en ella, esto es, en mí. Negación de la lucha, que es el estado de gracia creadora que al crear, da algo que subcrea.*

*Duda y Fe. Son los extremos complementarios e irrenunciables de la Creación. Y Amor. Abigail se vuelve contra su propia inmortalidad; la obra pide libertad y actualidad y muerte y renovación sucesivas, acordes con la hora y a despecho del orgullo creador. Pero luego, frente al Amor, se quiere casi inagotable y pide más de lo que antes pidiera. Quiere un morir al tiempo de haber cumplido su misión cíclica de Amor. Y un renovarse a cada encuentro del Amor.*

*Egoísta, de sublime egoísmo, Iluminado va a sus dos primeros coloquios con Abigail, con la Humanidad. Ya en el*

*tercer coloquio, realiza la suprema liberación; y la obra, libre como él, santa de rebelión, dulce y agria de duda y de fe, le prolonga mejor. Ahora, Abigail irá a su lado sin temerle, porque ya sabe que no tendrá la tarea de infecundizarse para eternizar la gloria del autor, sino que, arraigada en él, pero dueña de sí, va a crear ella a su vez. Entre la Fe y la Duda, se extenderá el Reino de Ella, la Humanidad inmortal, la dolorosa innumerable.*

# PRIMERA EPOCA: EL FENIX

*En casa de JAIRO. En el atrio de la casa. Epoca de Jesús.  
Sentada en un peldaño, SERENA, la ciega. La rodean AMÓS,  
NICODEMO y GERÓN.*

SERENA (*canta*)

Mañana  
iré a los campos, Señor,  
con los ojos abiertos  
y los viejos caminos  
volverán.  
Veré de nuevo el sol  
y las montañas  
y cantaré, Señor,  
mañana.

*Los hombres la escuchan y quedan un rato en silencio; por  
fin habla:*

AMÓS

Los cantarás a su paso.  
Cantarás primero un salmo  
del Rey David: Aquel que dice:  
"Resignadamente esperé a Jehová  
e inclinóse a mí  
y oyó mi clamor.  
Puso luego en mi boca canción nueva,  
alabanza a nuestro Dios..."

## NICODEMO

Prefiero aquel que dice:

“¡Sálvame, oh, Dios, porque las aguas  
han entrado hasta el alma!...”

## SERENA

No. Que son salmos de pena,  
que son salmos sin fe; escuchad:

Cantaré aquel salmo que dice:

“¡Cantad a Jehová canción nueva  
porque ha hecho maravillas;  
Salmead a Jehová con arpa,  
con arpa y voz de canto!”

y estaré alegre, porque estoy gozosa;  
no pediré nada

y todo me lo dará.

Estaré alegre porque mañana

veré todas las cosas;

él pondrá las manos

así, sobre mis ojos

y veré todo lo que existe.

¿Sabéis? . . . Cuando todos morían de sed,

Moisés tocó la piedra

con la vara de Dios

y saltó agua.

En la piedra oscura de mis ojos,

El impondrá las manos

y saltará la luz y estaré toda clara

y beberé la vida de los campos

y beberán los campos el agua de mis miradas . . .

## NICODEMO

¡Qué fiesta haremos! A la era

y a los establos, gritando;

verás de oro el polvo de los trigos

y la cabra manchada

y verás el toro blanco, -

que se deja tocar los cuernos

y verás el ternero tuyo,  
que si ya te quiere, ciega y todo,  
¡cómo será cuando le estés mirando!

AMÓS

Yo iré contigo. Estaremos  
en el atrio de los gentiles  
cuando El llegue; le hablaré  
y te llevaré de la mano  
para que te cure. A mí  
me llevaron en una cama  
y esperamos... esperamos...

Estaba la Sinagoga  
llena de enfermos sin fe;  
pero yo creía; yo esperaba  
y El tocó mis piernas muertas  
y anduve.

Y tras El andaré hasta que El mismo  
como me hizo marchar una vez,  
diga a mis piernas: ¡Deteneos!...  
y allí quedaré sembrando hasta que quiera volver.

GERÓN *(que ha escuchado todo con la cabeza entre  
las manos.)*

Eres un necio...

AMÓS

¡Serpiente!  
¡Mucho tardaste en morder la esperanza!  
¡Saduceo! ¡Todo lo niegas  
porque no tienes ojos para ver!  
Más luz tiene ésta en las pupilas,  
porque tiene la Esperanza y la Fe.

GERÓN

Yo veo con los ojos y toco con las manos.

AMÓS

Y muerdes con los dientes en la carne creyente  
y la envenenas también.

## GERÓN

¿Pretendes que te crea tus historias  
y tus milagros? ¿Quieres que vaya  
como tú, detrás de un hombre,  
como carnero detrás de un pastor?  
Tú crees en tus cuentos. Yo no creo.  
Déjame en paz.

Creo en la tierra que da trigo y da frutas  
y en la nube que da agua  
y en el sueño sobre las hojas  
y en el vino de las viñas prietas  
y en el pan blanco  
y en mí, que me como el pan,  
hasta que la muerte me quite el mendrugo  
de la mano tiesa  
y en la boca  
me ponga tierra.

## SERENA

Pero ahora tienes agua  
y pan y hojas buenas de dormir en ellas  
y viñas y ojos  
y todo te lo dan, mendigo,  
porque pides o porque esperas.  
Si tú esperas en El y pides pan  
te dará pan, y no te dará tierra.

## GERÓN

A ti te engañan, dándote una esperanza  
que no se cumplirá. Ciega quedaste  
y ciega quedarás y morirás ciega.  
Yo sé más que vosotros, porque no creo en nada.

## NICODEMO

¿Negarás que el Rabí hace milagros?  
Aquí está Amós. En unâ cama  
le llevaron paralítico  
y El tocó sus piernas y le hizo andar.

GERÓN

Un pasmo que tenía. Y ha de ser médico el Rabí,  
porque su mano tocó el cuerpo  
en el sitio dañado  
y le curó.

AMÓS

Apenas me rozó con los dedos,  
y anduve.  
¡Quién va a hablarte a ti de estas cosas!

NICODEMO

¿Y yo? Un demonio tenía en el cuerpo  
y echó a volar de mí  
con sólo tocar mi frente.

GERÓN

Visiones que tuviste  
y huyeron para volver otro día  
cuando el Rabí haya marchado  
y acabe tu creencia que te da fortaleza.

SERENA

Ya ves, a una mujer le devolvió la vista  
y a otra le devolvió la voz  
y de un pez hizo mil peces  
y de un pan mil hogazas, porque comieran todos,  
que hartos quedaron de comer.  
Oye. ¿Tú crees en Jairo?

GERÓN

Creo en Jairo.  
Creo en Jairo porque soy mendigo  
y Jairo me da el pan todos los días.  
Y en cambio yo le cuido las reses  
y hago prosperar los almacigos  
y a la hora del hambre  
vengo aquí y como pan y creo en Jairo.

SERENA (*riendo.*)

Y Jairo cree en El, Jairo que te da el pan,  
porque el pan de Jairo viene de El

y si crees en el que te da el pan  
¿negarías al que te da la creencia?,  
si crees en Jairo, porque esperas de él,  
¿negarías al que te da la Esperanza?  
Entonces, tú no crees en Jairo  
ni en los campos de trigo ni en las nubes de agua.  
*(Todos ríen.)*

GERÓN *(se levanta.)*

¡Dejadme en paz!

*(Va a sentarse más lejos.)*

NICODEMO

Pediré al Rabí que te saque  
los demonios del cuerpo.

GERÓN

Y yo te sacaré los ojos  
para que el Rabí te haga ver de nuevo.

SERENA

Amós... ¿Dónde está ahora?

AMÓS

Salió al mar muy temprano.  
Los pescadores le siguieron  
sobre la mar en sus barcas vacías  
y las redes quedaron secas  
pero todos pescaban la palabra.  
Ya debe estar de vuelta  
y de peces del mar rebosarán las barcas.

NICODEMO

Nadie sabe de dónde viene.

AMÓS

Viene del Desierto, de hablar solo,  
de aprender la lengua de las bestias  
y de los pájaros  
y hasta sabrá la lengua de las cosas  
y entenderá a la piedra y al arenal y al árbol.

NICODEMO

Nadie sabe cómo se llama.

SERENA

Se llama... el Señor...  
Se llamará acaso Enmanuel;  
El no ha dicho cómo se llama.  
Pero todos le dan un nombre  
y así se llama para todo el mundo;  
y su nombre es hermoso, como si tuviera el sol adentro:  
Se llama Iluminado.

NICODEMO

Iluminado no es un nombre.

SERENA

Iluminado es un nombre,  
es el nombre del Rabí,  
como mi nombre es Serena.  
Se llama Iluminado,  
porque lo dicen los ciegos  
y los oscuros de la Tierra.

GERÓN (*se levanta y viene a ellos.*)

Habéis visto a Nathán?

SERENA

¿Quién es Nathán?

NICODEMO

El hijo de la viuda. Sí le he visto.

SERENA

¡El resucitado del Señor!...

GERÓN

No estuvo nunca muerto...

NICODEMO

Muerto estuvo; en el atrio lo dijo.

(GERÓN *se encoge de hombros.*)

Escuché de sus labios el milagro.

SERENA

¡Cuenta!

NICODEMO

Murió.

Su madre fue en busca de Iluminado,  
El fue hasta Nathán y le dijo: —¡Levántate!—  
y Nathán se alzó de su lecho  
y anduvo.

GERÓN

Un síncope sería.

AMÓS

¡Fariseo!

SERENA

¿Y qué me contabas, Nicodemo, ayer,  
de ese Nathán y la hija de Jairo?

NICODEMO

Todos lo cuentan. El resucitado  
vino con su madre, entre la muchedumbre  
que seguía al Rabí; sus cánticos  
se alzaban por encima de todos  
para alabar la gloria de Iluminado.  
Pero una tarde, en la playa,  
Abigaíl, la hermosa hija de Jairo,  
paseaba con Efrén y al verla  
quedo enfermo de amor el mozo resucitado.  
La sigue a todas partes, pero ella  
ama al joven Efrén, aunque su padre  
se opone; y por las tardes  
hablan junto a las piedras mojadas  
y junto a los cedros, en el camino de las ruinas.  
Lea (*confidencial*) la madre, protege esos amores  
y ha disputado con Jairo,  
que quiere a Nathán por yerno.  
Pero todo acabará  
en la boda de Efrén, porque la moza  
le quiere y cualquier día, los mendigos  
beberemos el vino y la miel de las bodas.

SERENA

Es buena Abigaíl, hija de Jairo,  
y el novio es bueno, ¡cuántas veces

me dio la mano para cruzar la calle!  
¡Dios bendiga el amor de Efrén!

AMÓS

Dios bendice el buen Amor  
y Efrén y Abigaíl serán esposos.

NICODEMO

Pero Jairo quiere a Nathán.

SERENA

Y Lea quiere a Efrén.

AMÓS

Y Dios los quiere a todos.  
A Nathán le devolvió la Vida  
y a Abigaíl la entregará a su novio.  
Contra el amor no hace milagros  
el que de tanto amar es milagroso.

SERENA

Amós... el hombre resucitado  
¿no morirá otra vez?

AMÓS

¡Dios lo sabe!

GERÓN (*desde lejos.*)

Sí, pero luego,  
le resucitaréis  
para que se muera de nuevo.

NICODEMO

Cuando el Señor resucitó a Nathán  
dijo a su madre: —Aquél  
a quien mi mano resucita  
no morirá jamás,  
que lo que mi mano levanta  
mi Padre lo hace inmortal.

SERENA

Ya véis. Nathán es inmortal.  
Por eso le amará Jairo,  
que ama en todo la gloria del Señor.

GERÓN (*riendo.*)

Y querría

un yerno inmortal, un buen yerno  
que trabajase para todos  
sin cansarse, porque es eterno...

SERENA

Gerón, ¿por qué eres malo  
en la casa de Jairo, que te da de comer?

AMÓS

Porque él es el perro sin dueño  
que tiene mil dueños y come de todos  
y los muerde a todos después.

GERÓN

¿Y tú, perro judío?

AMÓS

Perro judío de Jerusalén,  
que lame la llaga del llagoso  
y tiene la cola fiel  
para el buen amo compañero  
y tiene los dientes largos  
Gerón, para el mal perro  
que come el mendrugo y muerde la mano.

(*Quieren pelearse.*)

(*Entra LEA, de la casa.*)

LEA

¿Váis a reñir?

GERÓN

Iba a pegarle a ese,  
que tiene la mentira en la lengua.

LEA (*les mira. AMÓS no habla.*)

Gerón, eres audaz,  
la mentira se te cae de los labios.  
Amós es un santo y aquí le queremos,  
como queremos a Gerón, el malo.  
¡Serena! ¡Esperaste mucho!

SERENA

Dios te bendiga. ¡Esperar en tu casa es tan bueno! Y yo vivo esperando... Quiero tocar tus manos, Lea.

LEA

Tómalas... Son mis manos...

SERENA

Mañana las veré... Veré tus ojos y los del buen varón, tu esposo Jairo y los de Abigaíl, tu hermosa niña y los de Efrén, el que me da la mano... (*bajo.*)

LEA

Tu fe te ha de salvar.

SERENA

Veré mañana.  
Y me hartaré de ver hasta que el llanto me venga tan copioso que me ciegue otra vez de mirar tanto...

LEA

Amós, ¿viste a mi hija?

AMÓS

No la he visto.

NICODEMO

Yo vi a Nathán hacia los cedros y juzgo que muy cerca estará Abigaíl.

LEA

Nathán... Es cierto, la sigue a todas partes.

SERENA

Sí, la ama.  
Pero ella no le ama ni le amará, ¿verdad?

LEA

Nathán es bueno y es la obra de Dios. Resucitado,

sigue a mi hija, siempre,  
como si la grandeza del Señor  
la siguiera con el mejor de sus regalos.

SERENA

¡Nada como el Amor!... (*avergonzada.*) ¡Yo no amé  
[nunca,  
porque sin ojos no se ve al Amado!

LEA

La angustia me devora;  
Abigaíl está enferma y ya es tarde;  
con el frío de los cedros  
se agravará y su padre me dará a mí las culpas.  
Si la ves. Nicodemo, dila que venga pronto,  
que está enferma y el aire  
del cedral es tan frío!... ¡Yo me acuerdo,  
cuando a la misma hora iba con Jairo!

(*Entra JAIRO de la calle.*)

JAIRO

Dios os guarde.

TODOS

¡Salud!

JAIRO (*besa a LEA en la frente.*)

¿Dónde está Abigaíl?

LEA (*inquieta.*)

Salió un instante;  
ya debe estar de vuelta...

JAIRO (*la mira fijamente.*)

¡No quiera el cielo  
que mi mujer me mienta!

LEA

¡Jairo!

JAIRO

Dime,  
¿dónde está Abigaíl?

LEA

¡Ya vuelve!

SERENA (*interrumpiéndola.*)

¡Jairo!

Nicodemo y Amós la vieron  
en el atrio de los gentiles;  
esperaba la llegada de Iluminado  
para darle las flores y la miel de su huerto.  
Nicodemo la vio... y Amós también,  
y... Gerón... ¿verdad, Gerón, que la viste?...

GERÓN (*duda.*)

Verdad...

SERENA

Y estaba con Nathán, el hijo de la viuda,  
¿verdad?

GERÓN

Con Nathán. (*brusco.*)

JAIRO

Bien sabes que está enferma y estos días  
son malos... Ha llovido esta tarde...  
nuestra hija enfermará...  
y has de llorar entonces... Serena, Dios te guarde (*la  
[besa.]*)

SERENA

¡Dios te bendiga, Jairo!

JAIRO

Volvió el Señor, esposa;  
vino del mar y está alegre esta tarde.  
Sobre las piedras de la playa  
nos habló con palabras nuevas  
y era su voz más alta que la mar agitada.

LEA

Ya está en su punto el queso de tus cabras  
y rebosa la miel de los panales;  
dos cuencos tengo ya; con pan reciente

los llevará mañana con la aurora  
Abigail.

JAIRO

¡Y llevará manzanas  
y peras y racimos de la viña  
y todo el huerto, si llevar pudiera  
todo el Huerto al Señor!  
Ha de ser mañana el pan que coma  
y la harina de trigo en flor.  
¡Nicodemo!

NICODEMO

¡Señor!

JAIRO

Tú de mi huerto  
coje las peras más lozanas  
y del naranjo la fruta amarilla  
y las mejores manzanas.  
Tú, Gerón, del alfolí  
coje el trigo de grano gordo  
para el pan de mañana.  
Amós, con la segur iré a los campos  
para que hagáis el cesto con las yerbas que traiga,  
ha de ser jugoso de queso y de frutas  
y dulce de miel y jarifo de flores  
y muelle de musgo y alfalfa.

AMÓS (*a* LEA.)

Dame la segur...

GERÓN

Dame  
el aventador.

NICODEMO

Dame la escala...

SERENA

Y yo, ¿qué hago?

LEA

Tú pondrás las flores

en el cesto.

Mas, ¿cómo harás para agruparlas?

SERENA

Lo haré con la nariz y con los dedos,  
las de más espinas las pondré a los lados,  
la de más perfume la pondré en el medio.

JAIRO

Pero primero comeréis,  
¿qué estamos hablando, sin comer? Más tarde  
pensaremos en todo. Venid. Lea, mi esposa,  
¡Abigaíl no vuelve!  
Mañana estará enferma para la hora  
de llevar el presente.

LEA

No ha de tardar...

JAIRO (*a los mendigos.*)

Id a comer... yo salgo  
a buscar a mi hija...

LEA

(*Vanse los mendigos al interior.*)

Jairo, espera...

¿Dónde irás a buscarla?

JAIRO

¿No decíais  
que está en la Sinagoga?

LEA

Es cierto. Espera...

(*Entran de la calle, ABICAÍL y EFRÉN. Ella viene de manto  
y él la sostiene, como enferma.*)

¡Ah!

JAIRO (*a EFRÉN.*)

¡Mi hija! ¡Está enferma!  
¿De dónde vienes con ella?

EFRÉN

Acaso el frío de la calle

la ha puesto mala, que de pronto  
la he visto vacilar y he venido  
a acompañarla, a sostenerla.

JAIRO

¡Mientes!  
¡Contigo estaba, hacia los cedros  
o hacia las piedras del mar!

*(la toca las manos.)*

¡Quema de fiebre! ¡Abigaíl! ¡Mi hija!  
ABIGAÍL *(se descubre el rostro y echa atrás la cabeza.)*  
¡Padre! ¡Sonríe y pasará la fiebre!

JAIRO *(dulcemente.)*

¿Qué tienes, hija? ...

ABIGAÍL

Fuimos a los cedros  
y a las piedras del mar; fuimos  
detrás de Iluminado;  
estábamos oyéndole  
cuando sentí de pronto un frío en todas partes  
un frío que me quema de frío  
y el cuerpo todo se me va a la tierra,  
como si no fuera mío.

Y aquí, en la frente, como si la punta  
de un hierro entrara y lo torciera todo;  
estoy junto a vosotros y no os veo ...

¡Ay! ¡mis pobres polluelos! ¡Los apreté en la mano!  
¡Están vivos! ¡Todavía están vivos!

*(Saca del manto un nido.)*

Por el cedral, hacia las ruinas, padre  
Efrén cogió este nido.

*(JAIRO toma el nido.)*

JAIRO

Yo te lo guardaré. Descansa ahora.

*(JAIRO sale hacia adentro.)*

## ABIGAÍL

No, aquí, junto al Sol, cerca del aire,  
allí adentro hace frío.

Quiero curarme con azul, con nubes,  
con voz de los que pasan por el pórtico,  
con canto de ave que va dando vueltas,  
con cielo entre los ojos,  
con la boca salada todavía  
del mar de donde vengo,  
con las uñas amargas de clavar tantas veces  
el nombre de la Dicha en el tronco del cedro.  
Tráeme, Padre, una silla, que aquí reposaré...

(JAIRO sale hacia adentro.)

## LEA

Dame el nido. Tendrán hambre los pichones.

(JAIRO entrega el nido y vase.)

## ABIGAÍL

¡Qué miedo tuve! Cuando Efrén subía  
por las ramas altísimas, yo estaba  
temblando.

Y subía y subía... y yo le gritaba:

¡Hasta cuándo!

Me parecía

que se me iba hasta el cielo y me dejaba llorando.

Allá arriba

se puso a hacer piruetas

y se me acabó el miedo

y me puse a reír...

Pero detrás de los cedros

ví a Nathán, que venía,

a Nathán, que me persigue,

a Nathán, ¡que no me deja vivir!

y eché a llorar de nuevo. Efrén, desde arriba

me miraba y subía... ¡Cuánto sube!

¡si estaba ya más alto que las ramas,

si estaba a un salto de una nube!

Nathán se me acercaba; entonces  
grité, lloré más... y me dio frío;  
Efrén bajó... y el otro se perdió por los cedros;  
Efrén con los polluelos vino.  
¡Pero ya estaba enferma! ¿Por qué subir tan alto,  
si estás sin alas y no es tuyo el nido?

EFRÉN

¡La culpa es mía!

ABIGAÍL

No, la culpa es mía,  
que te mandé subir;  
yo quise los pichones y tú fuiste a buscarlos  
y el que va hacia arriba  
es como los pájaros,  
encuentra tantas ramas  
que no sabe en cuál de ellas  
lincar las uñas y doblar las alas.  
La culpa es mía... y de Nathán...

LEA

Mi hija,  
Nathán es bueno... Te persigue, es cierto,  
porque te ama.

ABIGAÍL

¡Pero yo no le amo!

LEA

Pero él no te hará mal. Efrén, le has visto.  
No te odia, ¿verdad?

EFRÉN

Nathán es bueno.

ABIGAÍL

¡Hasta la misma historia  
de su resurrección me da más miedo,  
cuando me mira, me parece,  
que son dos luces alumbrando a un muerto!

EFRÉN

Descansa.

ABIGAÍL

¡Y su misma eternidad  
me hace temblar, Efrén, de angustia!  
¡Un hombre que será eterno,  
será eterno como una tumba!

EFRÉN

¡Vuelve los ojos hacia los ojos  
del que enseña la alegría de la vida fugaz!

ABIGAÍL

Hacia tus ojos, eternos, que no irán a la tierra  
porque la luz va a la luz.

EFRÉN

Hacia mis ojos que viven de la luz de los tuyos,  
Abigaíl,  
y que tienen la eternidad de tus miradas,  
la eternidad que dejas en mí;  
cuando se me mueren los ojos  
para dormir,  
tu recuerdo me los resucita.  
¡Milagro de los ojos muertos entre la noche  
e inmortales de tu luz, Abigaíl! . . .

ABIGAÍL

¡Tus manos! ¡Tengo frío!

LEA

Estás cansada.  
Vamos adentro.

ABIGAÍL

Ya mi padre vuelve . . .

*(Entra JAIRO; trae una larga silla en forma de lecho.)*

Aquí, cerca del aire . . .

Cerca del Sol me pasará este frío.

*(Se tiende en la silla; luego se incorpora.)*

Padre, en las ruinas, unos pescadores  
han alzado una choza;  
sobre las piedras, sobre los muros derruidos,

se levanta alegre y fresca,  
como salida del limo de los años,  
como florecida en la última Primavera.

**JAIRO**

La he visto. Le cubrieron el techo con palmas  
y todavía tiene palmas verdes.

**ABIGAÍL**

Es cierto. Me parece  
que aquellas ruinas que tuvieron vida,  
quisieran retoñarse de su tronco,  
con el último aliento de sus vidas remotas,  
que alzó erizadas torres ayer  
y hoy apenas le da para una choza.  
O es que los hombres son así;  
son combatientes contra el tiempo,  
pelean por eternizar  
y de las ruinas elegidas por la muerte  
se empeñan en exprimir lo perdurable.  
¡Pobres hombres! La palma verde  
que hace infantil la choza de las ruinas,  
mañana estará negra  
y caerá la choza misma;  
el hijo del pescador  
alzará en sus cimientos, sobre las piedras carcomidas,  
coronada por el triunfo de la palma verde,  
su voluntad de ser eterno en su cabaña de tres días...

**JAIRO**

Es humano el anhelo de perdurar.

**ABIGAÍL**

Los hombres  
van escarbando la tierra y llamándola: —¡Hija mía!  
el que tiene sed pide agua, pero después que la bebe  
cree que se bebió el agua y el paisaje que tenía.  
¡Mis polluelos!

LEA

En el tiesto  
los puse. Descansa.

EFRÉN (*que ha quedado a distancia.*)

Jairo,  
mi barca trajo para ti simientes  
de la otra costa. Por milagro  
salváronse las barcas;  
las traía en angustia el maretazo;  
de tus simientes tomé un costalejo,  
que mi haza está yerma  
y espero florecerla por las primeras lluvias.

JAIRO

Hiciste bien. Mañana iré por ellas.

EFRÉN

Quise traerte un cuenco de miel.

JAIRO

Dos cuencos tengo.

EFRÉN

Estaba el colmenar pobre de trabajarlo,  
recién estuvo la segunda cría  
y ya escapó el jabardo.

JAIRO

Mañana enviaré miel y queso,  
y frutas a Iluminado.

ABIGAÍL (*que ha ido reclinándose.*)

¡Padre!

JAIRO

¿Qué tienes?

ABIGAÍL

¡Padre! ¡Desfallezco!

LEA

¡Dios nos salve!

JAIRO

¿Qué tienes?

ABIGAÍL

¡El frío  
me sube ya a la frente! ¡Madre! ¡Madre!  
¡No te veo! ¡Los ojos  
se van de mí al azul y allá se funden  
en la luz de los cielos...  
con las nubes adentro!  
¡Y no ven nada! ¡Efrén, sube a las ramas...  
más altas, más acá, junto a las nubes!  
¡Padre! ¡Me muero!

JAIRO

¡Hija mía, mi hija!

EFRÉN

¡Escucha, Abigaíl!

ABIGAÍL

¡Efrén! ¡No veo!  
¡Tengo frío!

JAIRO

¡Cubridla!

EFRÉN

Toma.

*(Le da su manto.)*

JAIRO

Llevémosla a la estancia.

LEA

¡Dios! ¡Señor!

*(Llora.)*

JAIRO

¡Amós! ¡Gerón!

LEA

¡Venid! ¡Llevémosla!

*(Entran precipitadamente AMÓS, GERÓN y NICODEMO.)*

ABIGAÍL

¡No, padre! Aquí, dejadme aquí;  
dejadme morir llena de luz.  
Sí, ya veo, ya os miro.

La muerte viene, pero me devuelve  
la luz; el cielo  
me devuelve los ojos.  
Te veo, Efrén, tu manto  
no está sobre tus hombros.

(SERENA ha avanzado hasta el grupo.)

¡Qué bueno es ver, después que no se ha visto!

SERENA

¿Verdad?

ABIGAÍL

¡Serena! ¡Te veo! ¡Os veo a todos!

SERENA

¡Qué bueno es ver después que no se ha visto!

¡Ni se querrá dormir por no cerrar los ojos!

ABIGAÍL (*desfallecimiento.*)

¡Ya verás! ¡Ya verás!

¡cuando la luz te lo ilumine todo,  
todo será nuevo para ti!

Te diremos: ¡Este es un árbol,  
esta es el agua, ese es el cielo!

Esta eres tú y te verás hermosa,  
como temblando en el estanque.

¡Ya verás! Cuando te diga: ¡Este es el mar!

¡Te dará miedo!

Y cuando llegue la noche  
creerás que vuelves a estar ciega,  
pero te pasará el susto con las estrellas.

¡Padre! ¡Efrén! ¡El mal retorna!

¡Tengo frío! ¡Estoy ciega!

¡Padre! ¡Me muero!

LEA

¡Corred! ¡Mi hija se muere!

¡Traed al cirujano!

JAIRO

¡Traed telas calientes, que le tibien el cuerpo!

LEA

¡Venid! ¡Señor! ¡Señor Jehová! ¡Tu gracia!

SERENA

¡Jairo! ¡No morirá! ¡Corre; en el atrio  
de los gentiles está El, que venga  
y Abigaíl no morirá,  
corre a la Sinagoga o a la playa del mar  
y vendrá Iluminado  
y la curará! Y esta noche  
estará nueva

LEA

¡Vé tú, Efrén!

*(EFRÉN va a salir.)*

JAIRO

No, yo mismo,  
yo iré a buscar a Iluminado;  
cubrid sus manos, que el calor la tenga

*(A los mendigos.)*

Unos irán al mar, otro al atrio.

ABIGAÍL

¡Padre, que vuelvas pronto,  
con el Señor de la mano!

*(Salen JAIRO y los mendigos. EFRÉN se acerca a ABIGAÍL. Lo toma las manos. SERENA queda de pie, detrás y LEA sentada a los pies de ABIGAÍL.)*

EFRÉN

Pide fuerzas  
a tu misma esperanza.  
Habla como hace rato,  
y olvídate del mal, mientras regresa  
tu padre con Iluminado.

ABIGAÍL

¡Efrén, quiero vivir!  
¡Ya vuelve la luz; ya te veo,  
ya retorna la vida y retorna el deseo!  
¡No, amado, no quiero morir!

¡Como la choza de los pescadores  
quiero retoñar sobre mis ruinas,  
quiero erigir de nuevo mi juventud  
sobre estos muros negros que me caen en los ojos,  
quiero vivir el tiempo de quererte,  
y se sacuda al viento de una hora  
sobre mi alma tu amor, mi palma verde!

#### EFRÉN

Vivirás; no una hora, Amada, el tiempo  
de agotar las primaveras que vienen;  
hasta que vayamos los dos  
por los inviernos largos calentando las nieves.  
Vivirás muchas horas para el siglo  
de amor conque los dos iremos a la muerte.  
Los dos iremos juntos; moriremos un día  
sobre las ruinas de la choza, pero la palma estará verde;  
con ella haremos cintas y en la hermosa agonía  
nos atará las manos, nos ceñirá las frentes.

#### ABIGAÍL

Oye, madre, oye, Serena:

*(LEA llora en silencio. SERENA escucha.)*

una tarde, en el campo,  
por el camino de Naím, veníamos  
mi padre y yo. Nos detuvimos  
en la casa de Efrén; era en el tiempo  
del esquileo. Entramos y la madre  
nos dio leche de cabras.  
Cuando hablábamos, oímos de repente  
como un lamento, como un llorar de niño  
y vimos que un esquilador llegaba  
con una oveja en brazos, del espartal vecino.  
Efrén quiso que viéramos la labor de esquileo;  
el hombre trabajaba de prisa y sin piedad  
hasta dejar desnudo al corderuelo  
que nos miraba como si nos quisiera hablar.

Después, mi padre entró a la casa  
y yo fui con Efrén; paseamos,  
corrimos el huerto y las veredas  
entre las yerbas olorosas,  
fuimos al establo, donde estaban los mulos  
y el alto potro rebelón,  
y hasta el bardal llegamos, que da al camino ancho  
y allí, a un lado del portal,  
estaba el corderuelo, desnudo con el frío,  
mirándonos como si nos quisiera hablar.  
Efrén quitóse el manto; cubrió con él la bestia  
y la llevamos hasta el hogar.  
Y yo empecé a querer a Efrén  
y ¡quién me hubiera dicho  
que el mismo manto que le dio a la oveja  
me lo iba a dar para quitarme el frío!

**EFRÉN**

¡Cordera mía,  
cordera,  
que el mal esquilador dejó sin vello,  
blanca ovejuela con las manos frías!  
¡Cordera,  
junto al bardal, temblando, como queriendo hablarme,  
encontré mi mejor oveja;  
el portal de los cedros, donde cogía un nido  
me le quitó el vellón, y me le enfrió las manos,  
yo la alcé de la tierra que mojaba sus plantas,  
la traje al hogar, la arropé en mi manto,  
y ya mañana saltará  
y correrá mi oveja, delicia de mi campo!

**ABIGAÍL**

¡Nathán!

**LEA**

¿Dónde está? Hija mía,  
no ha venido nadie, será la sombra de un pino.

ABIGAÍL

¡No madre, es Nathán, ya viene  
siguiéndome! ¡Le he visto!

LEA

Hija, no temas. Si Nathán te ama,  
no te hará mal. El hijo  
de la viuda es piadoso como un santo  
y manso como un niño.

ABIGAÍL

¡Pero me sigue siempre! ¡Y me seguirá siempre!  
¡Aquí vendrá, porque le he visto!  
Nathán, el Inmortal, sigue mis pasos  
con el silencio de un destino.  
¡Es el Destino, sí! ¡El Destino que llega  
siempre, que no muere jamás!  
¡mientras vivimos nos sale adelante,  
y cuando morimos se nos muere atrás!  
¡Es el Destino!

SERENA

Iluminado  
le quitará el amor que te tiene  
como le quitó a Nicodemo los demonios.

ABIGAÍL

¡No, contra el Amor no puede Iluminado!  
¡Ah! ¡Efrén! ¡Madre!...

LEA

¡Hija! ¡Hija! ¡Espera!

(Desfallece.)

ABIGAÍL

¡Efrén!

EFRÉN

¡No! ¡que no mueras todavía!  
¡Que el Señor va a venir! ¡Mírame, mírame!

ABIGAÍL (balbuciente.)

Sí... te veo... te veo... Pero voy a morir...  
Bésame, Efrén... así... Después de muerta...  
Vuelve a besarme así, cuando haya muerto...

Un beso que se vaya conmigo...  
Besar a un muerto es enterrar un beso...  
Me voy, Efrén...  
Me voy, Efrén... es hermoso el camino...  
¡Te veo... todavía te veo!... Todavía...

(Entra NATHÁN.)

¡Ah! ¡Nathán!... ¡El Destino!... (con un grito  
[desgarrador.]  
(Muere ABIGAÍL.)

EFRÉN

¡Abigaíl! ¡Abigaíl!... ¡Es muerta!

NATHÁN

¡Muerta!...

(Corre y se echa a los pies de la silla, llorando.)

LEA

¡Sí, es muerta! ¡Dios de los mortales!

(Tocándola.)

EFRÉN

¡Abigaíl! ¡Abigaíl!

(Cae sobre ella llorando.)

SERENA (sonriente.)

¿Por qué lloráis? Efrén, no llores,  
Lea, no llores; Jairo ya debe estar de vuelta,  
vendrá iluminado con él,  
tocará la frente de la muerta  
y la muerta hablará otra vez.  
Yo estoy contenta, porque él vendrá,  
tocará mis ojos y veré,  
veré a Abigaíl resucitada  
y la gloria de Dios por la primera vez.

EFRÉN (serenamente.)

¡Creo! ¡La Esperanza sonríe en tu labio, Serena!

LEA (alzándose.)

¡Corre a buscar a Jairo!

NATHÁN (tembloroso de miedo.)

¡Ah, señor! ¡Las plañideras!

EFRÉN

¿Qué dices?

NATHÁN

Yo iba

a casa de Simón, al entierro del hijo...

llevaba el tañedor y las plañideras.

¡Yo venía con ellos, cuando entré aquí!

LEA

¡El tañedor! ¡La muerte! ¡Oh, Nathán, el destino!

¡Tú traías la misma muerte que esperaba ella!

EFRÉN

Voy a buscar a Jairo...

*(Sale.)*

NATHÁN

Me voy...

LEA

No, quédate,

¡hijo mío, Nathán, gloria de Dios!

Vengan los que han de llorarla,

llama a las plañideras y al tañedor...

*(NATHÁN sale. Queda LEA en silencio. Entra NATHÁN con dos plañideras como las de Alfredo Oackley y un tañedor.)*

¡Vedla, qué hermosa está la muerta!

*(Las plañideras quedan en actitud compungida; inician su labor con un sollozo lento, tranquilo. SERENA viene a buscar tanteando a la muerta y toca a NATHÁN.)*

SERENA

¿Quién es?

NATHÁN

Soy yo, Nathán.

SERENA

¡Nathán! ¡El niño resucitado!

Tú la amabas... ¿No es cierto?

NATHÁN

Yo la amo.

SERENA

¿Y por qué no pides al Señor que te cure  
de ese amor, Nathán, si te curó de la muerte?

NATHÁN

¡Serena, si el mismo Dios que me volvió a la Vida  
me viniera a quitar el Amor,  
yo huiría hasta las montañas, huiría de él  
como de mi peor enemigo.  
Este amor es la obra de él.  
Cuando me sacó de la muerte,  
algo quedó en mí de difunto,  
no podía, no podía resucitarme de un todo  
y me puso este amor en el alma,  
este amor que es la Muerte o un reflejo suyo,  
para que me quedara siempre  
un poco de su reino donde pasé un minuto!

SERENA

¡Entonces tú no te curarás,  
y tampoco podrás morir de amor!

NATHÁN

Ni yo quiero morir. Cuando se ama  
es como cuando se ama a Dios,  
queremos vivir mil siglos para amar a la que amamos.

SERENA

¡Qué hermoso amor, Nathán! ¿Y tú no tienes  
celos de Efrén?

NATHÁN

No. Yo le amo,  
yo llevaré a sus hijos a la orilla del río  
y lavaré sus pies y aromaré sus manos...

SERENA

¿Quién viene?

NATHÁN

¡Oigo la voz de Jairo!

LEA

¡Señor, Señor, tú me la diste!

*(Corriendo hacia la calle.)*

SERENA

¿Es El, Nathán?

NATHÁN

¡Es El, Iluminado!

*(Entra ILUMINADO; viene detrás de JAIRO y le siguen hombres y mujeres. Entra majestuoso, pero sencillo. EFRÉN le toma del traje y dobla las rodillas; caen todos a sus pies.)*

JAIRO

¡Señor, pondrás la mano sobre ella  
y será salva y vivirá!

*(Se oyen sollozos de LEA y las plañideras.)*

ILUMINADO

¿Por qué alborotáis y lloráis?  
La niña no es muerta. Duerme.

GERÓN *(sale de la turba.)*

Bien muerta está, Señor.

*(Con sorna.)*

EL TAÑEDOR

¡Como las piedras está!

*(Riendo.)*

ILUMINADO

No es muerta, duerme.

EL TAÑEDOR *(ríe.)*

Si la despiertas,  
mi cítara y dos vacas con ternero de un año  
te llevaré mañana a tu portal.

SERENA

¡Yo creo!

No es muerta; está dormida;  
el Señor la despertará  
y cantará la gloria de Iluminado  
que hace ver a los ciegos y a los muertos hablar.

ILUMINADO *(a las plañideras.)*

Calláos. Está dormida  
y la voz duerme en su garganta...

*(La toca en la frente.)*

¡Abigaíl, hija de Jairo el Piadoso,  
levanta!

*(Silencio. Poco a poco ABIGAÍL mueve los ojos, espabila y mira  
a su alrededor. Todos retroceden. Ella se incorpora.)*

JAIRO

¡Milagro!

LEA

¡Gloria al Señor!

GRITOS

¡Milagro!

EFRÉN *(corre a ABIGAÍL.)*

¡Respira!

¡Me ve! ¡Está viva! ¡Abigaíl, mi amada!

ABIGAÍL

Efrén, ¿qué tienes? ... Creo que he soñado ...

¿Estaba dormida?

NATHÁN

Estabas muerta ...

ABIGAÍL

¡Muerta!

NATHÁN

Como yo ...

ABIGAÍL

¿Y cómo os hablo?

EFRÉN

¡El Señor te ha resucitado!

ABIGAÍL *(ve a ILUMINADO, se levanta y cae a sus pies, besando  
su vestidura.)*

¡Señor!

ILUMINADO

Alza y camina por los campos de Dios.

*(Se levanta ella y sostenida de LEA y JAIRO, habla.)*

ABIGAÍL

¡Obra tuya, marcada de tu marca,  
iré, Señor,

y sólo para tu alabanza  
será mi voz,  
no moveré los labios sino para alabarte,  
no moveré los pies de donde estoy  
sino para seguirte; no moveré los ojos  
sino para mirarte,  
no abriré mis oídos sino para tu voz.

ILUMINADO

Tuerce por toda senda, toma cualquier atajo  
y en todo estaré yo;  
sobre el hombre que veas o en la cosa que toques,  
ama, y ten pies y manos y labios para el Amor.

ABIGAÍL

¡Efrén!

*(Volviéndose hacia él.)*

*(Se juntan.)*

SERENA

¡Señor! ¿No morirá de nuevo?

ILUMINADO

Aquél a quien mi mano resucita  
no morirá jamás,  
que lo que mi mano levanta,  
mi Padre lo hace inmortal.

SERENA

¡No morirá jamás, es la obra del Señor,  
eterna, para gloria eterna!  
¿Quién es?

*(Amós la toca.)*

AMÓS

Amós. Ven, aprovecha...  
Iluminado curará tus ojos.

SERENA

¡Sí! ¡Quiero ver! ¡Vamos, ya es tiempo!  
¡Señor!

*(ABIGAÍL viene tumultuosamente; en el movimiento quedan SERENA y AMÓS apartados.)*

ABICAÍL

¡Mi nido, mis polluelos!

LEA (*toma el nido de un tiesto y lo trae.*)

Aquí está... ¡Muertos! ¡Han muerto!

ABICAÍL (*sostiene en su mano un pajarillo muerto.*)

¡Muertos! ¡Efrén, han muerto mis pichones!

¡Señor! ¡Señor!

(A ILUMINADO.)

Si me resucitaste, no me dejes nada muerto;

Efrén, mi novio me alcanzó ese nido.

Resucítalos... ¡Devuélveme mis polluelos!

ILUMINADO (*toma el pajarillo.*)

¿Para qué?... Volarían...

GERÓN

¡Oyeme tú, que haces milagros:

yo, no creo.

Si resucitas de veras,

resucita el polluelo!

ILUMINADO (*le abraza.*)

Tú y yo

somos lo único fuerte del Universo.

Toma, hermano; para tu fe en la Duda,

toma un pájaro muerto.

(*Le da un polluelo y vase.*)

SERENA (*a GERÓN, creyendo que es ILUMINADO.*)

¡Señor, Señor, creo en ti, tienes los ojos luminosos;

alúmbrame los míos para verlos...

(*GERÓN la aparta bruscamente. Ella queda sonreída. GERÓN contempla los polluelos.*)

TELON

## SEGUNDA EPOCA: EL PELICANO

*El desierto. Arena. Cielo por todas partes. Una palma larga.  
Un pozo. En el cielo, estrellas, luna, cometas; decoración  
en fantasía. NICODEMO (anciano), un BÁRBARO, ABILIO.  
Duermen.*

ABILIO (*incorporándose.*)

¡Nicodemo!

*(Viendo a los otros que duermen.)*

¡Llegaron peregrinos!

¡Nicodemo!

NICODEMO (*alzándose.*)

Todavía es de noche.

ABILIO

No está lejos la mañana.

Llegaron peregrinos; ¡mírales cómo duermen!

NICODEMO

Yo les sentí llegar.

ABILIO

¿De dónde vienen?

NICODEMO

De Alemania. Del norte;

son grandes hombres rubios

y dos mujeres, una galilea

a quien llaman Cleofes

y una hermosa muchacha de Galacia

esposa del jefe bárbaro; aquí duermen los hombres;

las mujeres están en la tienda  
con Efrén y Abigaíl.

ABILIO

¿Y Serena?

NICODEMO

Le quitaron su lecho; ¡esa es la vida,  
estar ciego y no poder dormir!

ABILIO

Ya despiertan.

EL BÁRBARO (*incorporándose.*)

¡Salud!

NICODEMO

¡Salud! Apenas dormiste.

EL BÁRBARO

Duermo poco. Los hombres de mi tierra  
no duermen mucho, que es molicie.

BÁRBAROS (*se incorporan.*)

¡Salud!

NICODEMO

¡Salud!

BÁRBARO

¡Llamad a las mujeres!

(*Salen los BÁRBAROS.*)

NICODEMO

¡Vienes de tierras muy lejanas!

ABILIO

De tierras frías ¿verdad?

BÁRBARO

Así, como la arena del desierto  
se vé la nieve allá.

NICODEMO

Pero tu esposa es de la tierra nuestra.

BÁRBARO

En Galacia viví dos años, -  
de allí vine con Gálata, mi esposa,  
hasta Judea;

allí, mi hermano conoció a Cleofes  
y casó con ella.

NICODEMO

¿Para dónde váis?

BÁRBARO

A ninguna parte. Ya hemos llegado.

NICODEMO

¿Buscábais esta tierra?

BÁRBARO

Esta tierra buscábamos.

NICODEMO

Mal sitio  
para vivir.

BÁRBARO

Porque le ves ahora,  
dentro de algunos años, no habrá en estas regiones  
una ciudad tan hermosa.

NICODEMO

¿Pensáis fundar una ciudad?

BÁRBARO

La fundaremos.  
Hoy llegará otra caravana  
donde vienen dos ingenieros  
y mujeres y soldados  
de mi tierra, la tierra donde se mata el Sueño.

ABILIO

Hacia la mar, a cuatro marchas  
existió una ciudad.

NICODEMO

Yo viví en ella;  
allí tenían su casa mis dueños.  
Jairo era rico, a su casa  
íbamos los mendigos a comer de su pan;  
Lea, su esposa, cuidaba de todos  
y nosotros cuidábamos el huerto...  
Jairo murió; su esposa murió... ¡cuántos han muerto!

¡y murió el huerto y murió la ciudad!  
Abigaíl, la hija de Jairo,  
fue la esposa de Efrén, que es nuestro jefe...  
De aquel tiempo quedamos, Gerón, el Saduceo,  
Serena, la ciega,  
nuestros amos, Abigaíl y Efrén,  
y yo que estoy todos los días  
¡en un día antes de morir!  
Una mañana, el huracán  
cubrió de arena y piedras lo que quedó de la ciudad  
y nos quedó el Recuerdo bajo los cabellos blancos  
así como el huerto bajo el arenal...

*(Entra GERÓN, viejo; trae de la mano a SERENA, vieja.)*

¡Gerón! ¿Ya despertaron los amos?

GERÓN

Todos duermen.

*(Se sienta.)*

SERENA

Nicodemo, ¡vinieron peregrinos!

NICODEMO

Están aquí los hombres, Serena.

Van a fundar una ciudad en este sitio.

SERENA *(palmoteando)*.

¡Una ciudad! ¡Hermosa como aquella!

¿Lo haréis muy pronto?

BÁRBARO

Muy pronto.

Hoy llegarán los ingenieros con los planos

y hoy mismo nos pondremos a trabajar.

SERENA

¡Qué pena!

Nosotros marcharemos mañana

y cuando cure de mis ojos ¡ya estaré lejos para verla!

NICODEMO

Cuando te cures volveremos...

GERÓN (*riendo*).

Pues volveréis muy pronto.

SERENA

Gerón, ¿por qué te ríes?

si has de ver el milagro, ¿por qué lo niegas?

GERÓN

¡En cualquier arenal te llegará la muerte  
y caerás sonreída, con tu milagro a cuestas!...

¿Vas a hacer una ciudad en el desierto?

BÁRBARO

Sí.

GERÓN

¿También haces milagros?

BÁRBARO

No creo en milagros.

GERÓN

Eres mi amigo y soy tu amigo; vamos  
a hacer una ciudad.

SERENA

Dime, extranjero, en la caravana que esperáis  
¿no viene un hombre a quien le dicen Iluminado?

BÁRBARO

Por estas tierras anda. Viene de lejos,  
muy cerca lo encontramos; iba a pie;  
dicen que en otro tiempo le adoraron las gentes,  
pero ahora le echan de todas partes  
porque nadie le tiene fe.

Dicen que hizo milagros...

GERÓN

A Abigaíl, mi ama,  
la resucitó, que era muerta,  
y ya su esposo Efrén se dobla con los años,  
pero ella está joven, porque es eterna,  
porque el que Iluminado resucita  
no morirá jamás y vivirá más que la tierra.  
Ya verás a mi dueña Abigaíl,

es lo mismo que era,  
y nosotros ya estamos viejos  
y tenemos la misma edad que ella.

GERÓN

Todos la ven joven; yo la veo vieja.

SERENA

Gerón no cree en nada; es infeliz  
porque niega.

Dime, extranjero, tu crees, ¿verdad?

BÁRBARO

Yo creo en todo,  
yo creo en todo, porque lo que haga ese hombre  
lo haré yo también con mi fuerza.

SERENA

¡Pero tú no podrás resucitar!

BÁRBARO

Lo haré. Resucitaré una muerta,  
levantaré aquí una ciudad,  
donde no hay más que arena  
y la ciudad que yo levante prosperará en los siglos,  
tendrá torres altísimas y murallas  
y erizadas fortalezas  
y todos los siglos dando golpes  
se romperán contra sus piedras.

GERÓN

Eso creéis vosotros,  
pensáis meter la eternidad en un puño,  
tenéis la manía de perdurar,  
para morir cualquier día;  
y la muerte, esa sí que es la eternidad...  
Yo te creía un hombre  
y eres lo mismo: un gusano con fe.  
No quiero nada contigo.

BÁRBARO

¿Qué importa morir, si dejamos la obra  
en roca sobre nuestra tumba

y la marca del hombre queda sobre la tierra,  
el zarpazo del hombre, que no se borra nunca?

GERÓN

No hay sino una sola verdad:  
el hombre. Yo soy mendigo...  
Eres otro idiota.  
Ya ni en el desierto  
se encuentra un hombre.

(Se va.)

SERENA

No, todo eso morirá  
como nuestra ciudad vieja;  
lo que queda es la otra obra,  
Abigaíl y Nathán resucitados,  
¡gloria de Dios y su obra maestra!  
¡Orgullo de Iluminado seré yo  
cuando emprenda la marcha sin tropezar!

BÁRBARO

¿Nathán es un joven de Isakar,  
que viaja con Iluminado?

SERENA

Sí. ¿Le has visto?

BÁRBARO

Viene en la caravana.

SERENA

¡Viene! ¡Viene detrás  
de nosotros! ¡Abigaíl!  
por todo camino que tomes  
Nathán irá detrás de tí.

BÁRBARO

¡Es un hermoso niño!

NICODEMO

Tiene más de ochenta años,  
pero es resucitado también...

BÁRBARO

Y no envejece nunca...

SERENA

Nunca... ¡Esta tarde... me iré por el desierto cantando!

Esta tarde me veré reflejada en el pozo, cuando él toque mis ojos.

Le cantaré mi canción nueva;

primero cantaré un salmo

¡del rey David! ¡Ahora os veré a todos y no tendré la luz entre las manos, que de tanto tenderlas para no tropezar, ya parecen dos ojos mirando!

BÁRBARO

Allí viene tu dueño...

SERENA

¡El pobre Efrén, más triste que mis ojos!

*(Entra EFRÉN; pasea sus miradas por el grupo; busca sitio y se sienta junto al pozo.)*

NICODEMO

Efrén, ¿cuándo marchamos?

EFRÉN

Descansaremos hoy y por la tarde saldremos, con el fresco de la noche.

BÁRBARO

¿Dónde vais?

EFRÉN

Hacia el mar. Vuelvo a mi tierra, para morir junto a las ruinas de mi casa.

BÁRBARO

Pero allí no tendréis ni abrigo ni sustento, que arrasada quedó aquella tierra.

Si no es agua del mar no hallaréis agua.

EFRÉN

Pero hay cavernas en las ruinas y sobre las piedras alzaré una casa.

Recogeremos el agua que llueva

y comeremos de los peces que estén más cerca de la playa.

BÁRBARO

¿Y cómo haréis hogar?

EFRÉN (*después de un silencio, habla evocador*).

Extranjero,

tú no sabes qué hermosa es la costa del mar,

tú no sabes los altos que son los cedros

ni lo hermoso que es el cedral.

Tú no sabes que hay nidos altos

y que yo subo a los árboles,

hasta el medio de los cielos,

que para llegar a una nube sólo hace falta saltar.

Yo alzaré mi casa... Con un solo cedro

alzaré mi casa...

los muros, con piedras de la costa,

el techo, con palmas,

una palma verde

clavaré a la entrada

y mientras el tiempo me la va secando

yo tendré al Recuerdo retoñando palmas...

BÁRBARO

Mucho debiste sufrir.

EFRÉN

¿Por qué? Sobre la tierra

nadie fue más feliz que yo.

BÁRBARO

Ya eres viejo, pero estás fuerte.

¿Por qué no te quedas conmigo

y trabajaremos aquí

y haremos una ciudad y serás rico?

EFRÉN

Voy hacia el mar.

BÁRBARO

Ve que estás viejo y morirás de sed.

EFRÉN

Voy hacia el Norte.

BÁRBARO

Ve que el recuerdo de aquellos parajes  
donde fuiste feliz, te hará desventurado.

EFRÉN

Voy a mi tierra.

BÁRBARO

Ve que tu esposa es joven,  
es hermosa y morirá de tedio...  
Llevarla a aquellas ruinas, sin frutas y sin agua,  
sería cruel...

EFRÉN (*álzase repentinamente, después de pensar*).

Me quedo.

BÁRBARO

Seremos amigos.

SERENA

¡Nos quedamos, Efrén!

EFRÉN

Nos quedamos.  
Vamos a fundar una ciudad.

SERENA

¡Qué alegría! ¡El Señor está cerca  
y curará mis ojos!

(*Entran GÁLATA y CLEOFES.*)

GÁLATA

Ya se ve la caravana,  
¡ya están llegando nuestros hombres!

BÁRBARO

¡Efrén se queda con nosotros!

CLEOFES

¡Te quedas! Abigaíl ya es nuestra amiga;  
haremos casa grande para vivir con ella.

GÁLATA

Con las mujeres que vienen  
haremos esta noche danzas.

CLEOFES

Y con la Aurora iremos todos  
a ordeñar las camellas y las vacas.

GÁLATA

Los jinetes harán juegos de destreza.  
Nosotros haremos juego de batalla.

BÁRBARO

Vamos a recibir la caravana...

NICODEMO (*empuja a ABILIO*).

Vamos...

¡Está dormido!

Durmióse oyendo nuestra charla.

En tu tierra al menos dormirán los niños.

BÁRBARO

Los niños de mi tierra son hombres.

NICODEMO

Pero este sueña... ¡Abilio!

ABILIO

¿Marchamos?

NICODEMO

Ven, no marcharemos,  
ni has de dormir jamás como has dormido...

(*Salen el BÁRBARO, NICODEMO y ABILIO.*) (EFRÉN atraviesa la  
escena, por el fondo. En primer término, SERENA, GÁLATA  
y CLEOFES.)

CLEOFES

El buen anciano anda triste.

GÁLATA

Tristeza de sus años, junto a su esposa joven.

SERENA

Vosotras, las que estais amando ahora,

¡si hubiérais conocido sus amores!

¡Aún es gallardo el viejo!

SERENA

Dicen que más hermoso

no lo tuvo mujer de sus entrañas

y de más caridad, ¡eso sí lo sé yo!  
¡antes de cada tropiezo siempre me lo tropezaba!

*(Por el fondo derecha entra ABIGAÍL precipitadamente; al entrar mira hacia atrás. Un hombre viene persiguiéndola y llega hasta ella. Ella se detiene y le mira imperiosa.)*

ABIGAÍL

¡Cobarde!

*(El hombre sonríe y se va.)*

GÁLATA

¿Qué te hizo ese hombre?

ABIGAÍL

Anoche desperté  
y vi su horrible cara que me estaba mirando;  
hoy me ha seguido por el campamento  
y ha intentado cogerme las manos;  
cuando llegué a vosotras... se fue  
¡pero con una risa llena de dientes largos!...

*(EFRÉN vuelve a pasar y viene a primer término. Al verla va a ella, preocupado.)*

EFRÉN

¿Qué tienes?

ABIGAÍL

Nada.

EFRÉN *(a las otras)*.

Algo ha ocurrido  
porque mi esposa está temblando.

SERENA

Nada, Efrén. Abigaíl venía hacia nosotras  
cuando encontró dos camellos echados

*(Riendo.)*

y se levantaron de pronto...  
ella creía que era el mundo  
que se ponía a andar... ¡y se ha asustado!

EFRÉN *(acariciándola)*.

Ya acabó nuestro viaje,  
Abigaíl. Aquí nos quedamos.

ABIGAÍL (*asombrada y alegre*).

¿Nos quedaremos aquí?

EFRÉN

El amigo extranjero  
fundará una ciudad aquí; la fundaremos  
y alzaremos una casa como aquella  
sobre las arenas del desierto.

ABIGAÍL

¡Ah! ¡qué gloria! ¡Y estaré con vosotras!

GÁLATA

¡En la misma casa viviremos!

CLEOFES

Hoy mismo comenzarán los trabajos  
para abrir los canales de riego,  
¡que está el pozo dulce y apretado de agua!

GÁLATA

¡Ya veréis cuánta agua metida en el huerto!

ABIGAÍL

Hasta un río haríamos si quisiéramos;

EFRÉN

Y hasta un mar con piedras, si piedras hubiera  
y hasta un cedral, si hubiera un cedro.

(ABIGAÍL *queda pensativa.*)

ABIGAÍL (*mirándole, triste*).

Traerán piedras. Traerán un guijarro  
y el guijarro crecerá...  
Allí está una gran camella echada,  
sin forma, como un peñasco,  
y junto a ella está su crío que va creciendo de la ubre,  
ni más ni menos que el guijarro.

EFRÉN

Sí, que hasta las piedras son fecundas  
y de su limo y de sus restos  
viven los pedruscos que les caen al lado.

GÁLATA

Vuestros hijos, murieron, ¿verdad?

EFRÉN (*sordamente*).

Nunca tuvimos hijo.

GÁLATA

Yo tengo dos; en dos años de esposa  
ya tengo dos muy fuertes, con el pelo de trigo.  
También Cleofes tiene dos...

CLEOFES

En un año apenas, tengo dos mellizos.

EFRÉN

Para fundar ciudad, han de ser hombres fuertes,  
hombres que tengan hijos.

ABIGAÍL

Tu brazo ha de levantar más piedras  
que el de muchos mozos... que eres muy fornido.

EFRÉN

Yo estoy viejo...

ABIGAÍL

Yo haré trabajo de hombre;  
quien no tiene hijos que dar, da sus lomos...

(*Mirando a EFRÉN.*)

Yo no tuve hijos. Yo soy estéril  
porque morí una tarde y el Señor me abrió los ojos.  
Yo estoy tocada de la mano del Señor  
y su obra ha de ser pura.  
Soy el orgullo de Iluminado,  
que me hizo inmortal y sin dolor de entraña;  
soy la obra del Conquistador  
y soy estéril como una batalla...

(*Solloza.*)

GÁLATA

No llores...

EFRÉN

Abigaíl... tu vida empieza  
y el Señor que te alzó de la Muerte  
te multiplicará sobre la tierra...

SERENA

Iluminado llegará,  
los extranjeros le encontraron;  
llegará hoy quizás y te traerá en las manos  
una semilla de hijo  
y a mí una gota de luz;  
por la ciudad nueva  
te llevaré en mis brazos  
y crecerá y será tan fuerte  
que él me llevará a mí, de crecer tanto.

(*Asoma NICODEMO.*)

NICODEMO

Ya están aquí los ingenieros.

GÁLATA

¡Vamos!

ABIGAÍL

Esperadme en la tienda...

GÁLATA

Ven... Nuestros hijos ya habrán despertado.

SERENA

¡Nicodemo!

NICODEMO

Aquí estoy.

SERENA

Enséñame otra vez el aire de aquel salmo;  
que primero ha de ser un salmo de David.  
Nicodemo, dame la mano...

(*Le da la mano y salen; quedan EFRÉN y ABIGAÍL.*)

ABIGAÍL

¿Por qué no seguimos nuestro viaje  
hacia las ruinas, hacia el mar, hacia los cedros?  
¡Yo venía contigo tan contenta!  
¡Ibamos hacia nuestra juventud,  
hacia los días de la palma verde!

EFRÉN

¿Para qué? Ya no hay nada entre las ruinas,

la palma se secó y los cedros  
tendrán acaso nidos grandes  
con pájaros de presa;  
las grandes aves de combate  
ya habrán tomado aquellas ramas.

ABIGAÍL

Yo quiero ir hacia el Recuerdo...

EFRÉN

No. Tu puesto no está en las ruinas  
sino en lo que renace...

Acuérdate: Tú eres la resurrección,  
tu puesto está aquí, donde resucitan las cosas,  
donde se alzaré la ciudad sobre los arenales.

El Recuerdo es para los viejos,  
como a un bastón nos agarramos a él  
y vamos caminando hasta que en un hueco se nos cae...

ABIGAÍL

Iré contigo, tomaremos de allá  
un cedro y unas palmas,  
los traeremos a este sitio  
y aquí haremos nuestra casa;  
puede que subas también a los árboles  
y encuentres un nido de pájaros pequeños...  
y aquí viviremos en nuestra choza,  
yo, con mi fardo de Eternidad,  
tú con tu bastón de Recuerdo...

EFRÉN

No, tú debes quedarte... ¿Sabes?... mejor sería  
que yo marchara solo... Si... yo iré más aprisa...

Yo traeré en los camellos  
el cedro y las palmas  
y unas piedras del mar, de aquellas ya redondas;  
ya aquellas erizadas de puntas,  
deben estar muelles del golpe de ola  
y estarán buenas de sentarse en ellas;  
y traeré acaso un nido... ¿por qué no?

quizá en las ramas tiernas habrá nidos pequeños...  
¡ah! traeré conchas de la playa,  
caracoles rosados; acaso en uno de ellos  
se habrá quedado retorcido  
uno de aquellos cantos nuestros...  
Un caracol es un ave,  
es un ave que cantaba y le torcieron el cuello...  
Traeré para una choza grande, con palmas verdes.  
Traeré...

ABIGAÍL (*tomándole del hombro*).

¡No volverás!

EFRÉN

¿Por qué? Te digo...

ABIGAÍL

¡Te digo yo que tú no volverás!

¡Efrén! ¿Por qué me engañas, si estás llorando todo?

¡Si estás, Efrén, de lágrimas, que no te caben más!

EFRÉN

¡No, Abigaíl!

ABIGAÍL

¡Si yo lo veo

desde hace tiempo! ¡Tus ojos  
huyen de mí, buscas el sitio solitario;

en las caravanas te vas adelante,  
se te cae la congoja al través de las marchas,

no me ves ni me buscas; en la mano

tienes la boca siempre puesta,

como si no se acabara nunca

la retama que traes en ella!

A veces te sales del camino

y si no te llaman, te pierdes,

¡porque tú no vas marchando, Efrén!

tú te vas tú mismo caminando siempre,

tú has volcado los ojos

hacia ese camino hondo que por tí mismo desciende;

el pie te sangra entre la propia entraña

y te traficas por dentro y te transitas  
y tu planta no cesa de recorrerte;  
hasta que salgas de tí y me mires  
y como entraste en tí, entres en mí,  
me transites toda con la planta sangrada,  
te laves la duda en mi sangre silvestre,  
y hasta mi corazón llegues un día  
y abras, Efrén, ¡y allí te encuentres!

EFRÉN

¡No, Abigaíl! ¡No eres tú! ¡Yo te amo!  
Es que ya estoy acabando el viaje...  
Es que estoy anciano... y comprendo...

ABIGAÍL

¿Qué comprendes?...

EFRÉN

Eso.

¡Acaso es poco comprender  
comprender que estoy viejo estando viejo!...  
Tú eres joven. Recuerda... Ahora  
hablábamos con las mujeres de la caravana...  
Cuando te dije que nos quedábamos,  
que no seguíamos ya hacia nuestras ruinas,  
el contento te saltó a los ojos  
y a los labios. ¡Cómo reías!...  
Después comprendiste... Cuando dije que haríamos  
un mar con piedras, si piedras hubiera  
y hasta un cedral, si hubiera un cedro,  
comprendiste, pero yo también,  
Abigaíl, yo comprendo...  
Yo te llevaba a las ruinas,  
al fastidio de una vida con el Recuerdo,  
a apoyarte en las ruinas de un lado  
y del otro lado en un viejo...

ABIGAÍL

Te seguí a todas partes  
y a todas partes te seguiré...

**EFRÉN**

Como a un padre...

**ABIGAÍL** (*sollozando*).

¡Como a un amante!

¡Como a un esposo! ¡Como a Dios, Efrén!  
como el agua del río sigue al agua del río  
y al llegar a la mar se hace amarga como él.

**EFRÉN**

Pero cuando yo llegue a la muerte...

Entonces... tú quedarás en la playa  
agitarás las manos, te perderás de vista...  
y ¡quién sabe

hasta qué temporales navegará mi barca!

¡Yo no tengo derecho!

Cuando mis manos eran fuertes  
y tenía en la boca el fresco de mis uvas  
yo podía tenerte en las manos frutales  
y apurarte como un vino.

Pero ya no tengo manos

sino una zarza en cada brazo

y ya la boca tiene el freno sin espumas,  
y el labio se me seca de saborear los años.

El ave que no tiene alas para la fruta  
debe esperar la fruta al pie del árbol.

¡Abigaíl, mi amada, ya cuento casi un siglo  
y de tu eternidad bastante me ha tocado!

**ABIGAÍL**

¡Cuando llegue la muerte yo quedaré en la playa  
y después iré por el mundo;  
seré el dolor eterno

y han de ver todos los hombres cómo camina una tumba!

**EFRÉN**

¡Te queda la vida!

**ABIGAÍL** (*impetuosamente*).

¡Me queda la vida!

¡Tú no comprendes, no, tú no comprendes!

¡Si tú estás ciego, si tú no ves sino tus propios pies,  
si tú no ves sino el hueco que tienes ya por delante!  
¡Si tú no ves sino tu pedazo de camino  
y el mío no lo ves porque es interminable!  
¡Sí, tú no ves que eres feliz  
al lado mío! ¡No sabes, no sabes!  
Eres el hombre de cabeza blanca,  
eres la Vida que declina  
mañana estarás más viejo, tendrás una mansa vejez,  
verás el final de la vida  
con todo lo que él tiene de gracia y de recuerdo,  
y ese grato sopor de irte sintiendo leve,  
de irte sintiendo liviano sobre tu carne;  
tendrás razón para gozarlo todo  
porque vas a morir, exprimirás cada momento  
y sonreirás, apoyado en mi brazo,  
mientras te llega la hora de caminar por el cielo;  
y morirás un día como quien se va jugando,  
¡con esa gracia de niño con que se mueren los viejos!  
Y yo seré eterna, yo no encontraré nada  
en nada, no aprovecharé ni un momento;  
nada será amado por mí  
porque todo será eterno;  
sufriré la vida perpetua, para gloria  
del que tocó mi frente y me sacó del lecho,  
y como no moriré nunca,  
¡quién sabe a quién van a darle lo que me toca en el  
[cielo!

(Solloza.)

EFRÉN (*implacable*).

Pero eres joven, Abigaíl,  
joven y fiel, amada mía... Joven  
con carne joven... y ¡quién sabe  
si tu suprema tortura  
es que tu carne pide carne!

ABIGAÍL (*espantada*).

¡Efrén!

EFRÉN

¡Sí!

ABIGAÍL

¡No, Efrén! ¡Estás loco!

EFRÉN

¡Sí! ¡Lo está diciendo tu angustia!

¡Lo están diciendo tus ojos, esposa,

que se espantan de ver lo que nunca han mirado!

ABIGAÍL

¡No! ¡Para la carne tengo uñas

y tengo piedras y tengo látigos;

tengo todas las espinas del mundo

para meterme por ellas!

EFRÉN

Y tienes el Pecado,

que si no le temieras no buscaras espinas...

ABIGAÍL

Y tengo tu recuerdo, Efrén...

*(Llora.)*

EFRÉN

¡Vamos!...

¿Para qué pensar en lo que viene?

¡Quién sabe si el Destino nos estará escuchando!

No llores...

ABIGAÍL

Si no lloro... pero... me hace llorar

este poco de muerte que me regala el llanto...

*(Se reclina en él.)*

*(Entra SERENA.)*

SERENA

¡Abigaíl!

ABIGAÍL

¿Qué quieres?

SERENA

¿Sabes lo que han traído

los hombres de la caravana?

Un gallo y unas gallinas.  
Y unos gansos, que haremos corrales.  
y cuidaremos la cría,  
También trajeron un pelicano  
de esos que dicen que se abren el pecho  
y le dan la sangre a sus hijos.  
¿Tú crees eso?

ABIGAÍL

Yo creo...

SERENA

Pero dicen que es el macho el que se sacrifica.  
La hembra pica a los pichones,  
los desangra y se mueren los pobrecillos  
y el macho entonces se hiere él mismo  
y con su propia sangre les va resucitando.  
pero a la hembra no le hace daño;  
él se muere y los otros quedan vivos,  
hace como los palomos,  
toma la vida y la da con el pico...

EFRÉN (*acercándose a SERENA*).

Cierta vez, mil obreros hacían un palacio  
y vino un año de sequía;  
todos morían de sed,  
pero en esto se alzó una banda  
de pelicanos y voló hacia los ríos lejanos  
y volvió con agua...

SERENA

Son los pájaros buenos...

EFRÉN (*la toma de la mano*).

¿Y sabes cómo los cazan los hombres?  
sacándoles los ojos...

SERENA

¿Y quedan como yo?...

EFRÉN

Como nosotros,

bebiendo agua salada, abriéndose el costado  
y buscando la verdad del lado adentro de los ojos...

SERENA

¡La Verdad!

*(Van saliendo juntos SERENA y EFRÉN.)*

ABIGAÍL

La Verdad de cada uno...

SERENA *(se vuelve hacia ella).*

La Verdad de Iluminado es la Verdad de todos...

EFRÉN

Quiero ver el pelícano que trajo la caravana...

SERENA

Yo quiero ver a Iluminado.

ABIGAÍL

Espera un poco... Viene a pie... hoy mismo  
llegará a nuestras tiendas.

EFRÉN

Ya vuelvo...

*(Salen. Queda ABIGAÍL sola; una angustia secreta la sacude.)*

ABIGAÍL

¡Señor! ¡Ayúdame!

¡Escóndeme, Señor, en el hueco de tu mirada!

*(Aparece el HOMBRE FUERTE y va hacia ella.)*

ABIGAÍL *(volviéndose).*

¡Ah! ¡Todavía!

EL HOMBRE FUERTE

Todavía. Te busco.

ABIGAÍL

¿Qué quieres?

EL HOMBRE FUERTE

Te quiero a ti. Marcharé contigo  
hacia los bosques, donde soy el dueño.

Serás feliz; mira qué fuerte soy.

Vamos.

ABIGAÍL

¡No quiero!

EL HOMBRE FUERTE

No importa. Quiero yo.

*(Avanza.)*

ABIGAÍL *(retrocediendo).*

Pero no quiero yo. ¡Cobarde!

EL HOMBRE FUERTE

No importa. Soy fuerte y te deseo,  
lo que yo quiero lo tomo; soy fuerte.

ABIGAÍL

¡No te acerques! ¡Llamaré a mis hombres  
y te matarán!

EL HOMBRE FUERTE *(ríe).*

¡Ya estaré lejos,  
contigo!

*(Salta sobre ella y la toma en sus brazos.)*

ABIGAÍL

¡Ah! ¡Socorro! ¡Efrén! ¡Efrén!

¡No, perdón! ¡Efrén! ¡Señor!

*(Luchan.)*

¡A mí, los hombres!

*(Entra EFRÉN. Corre al grupo, toma al agresor de un hombro y le separa de ella. Pero el agresor vuelve sobre él; luchan, le derriba y quiere marchar sobre ella. En este momento entra ILUMINADO. Al ver aquello se interpone, arremangando su brazo, musculoso, con el bastón en alto. Al mismo tiempo, NATHÁN corre a ella, que vacila y la sostiene.)*

ABIGAÍL

¡Nathán! ¡El Destino!

*(Queda como desvanecida en sus brazos.)*

ILUMINADO *(al HOMBRE, que retrocede).*

¡Vete! No pongas nunca tus manos  
sobre los hechos míos.

¡O defiéndete!

*(Va sobre él. El HOMBRE huye.)*

GERÓN (*apareciendo súbitamente*).

Un instante. Este asunto no es del milagro. Es mío.

ILUMINADO

Así es. Tú y yo; siempre juntos.  
Somos lo único que lucha.

(GERÓN *sale en persecución del HOMBRE.*)

EFRÉN (*besando su vestidura*).

¡Señor! ¡En toda pena estás conmigo!

ILUMINADO

Levántate, Efrén; tengo sed...

EFRÉN (*corre al pozo, que estará casi todo oculto*).

Dulce y fresca es el agua.

ABIGAÍL (*viene sostenida por NATHÁN*).

Señor, te esperaba.

Dijéronme unos peregrinos

que venías a pie por esos arenales;

cansado estarás y acaso no habrás comido.

Tengo leche de vacas y camellas

y queso fresco y frutas,

no serán como aquellos de otro tiempo,

pero lo hicieron mis manos para salirte al camino.

ILUMINADO

Gracias. Ahora

quiero descansar, que no he dormido.

(EFRÉN *entra con agua. ILUMINADO bebe.*)

ILUMINADO

Es dulce... Tanto sol a cuestras

se apaga con tu agua,

como si se ocultra tras los cerros.

(*Sobre la palma caída, se sienta; a su lado, ABIGAÍL; enfrente, en el suelo, EFRÉN. NATHÁN queda de pie detrás de ella.*)

ILUMINADO

Levantaréis una ciudad.

Será muy hermosa hasta que deba serlo.

Un día dormiré en ella  
y otro día dormiré donde ella estuvo, en el desierto.  
¡Pero lo que mi mano levantó  
no morirá jamás!

*(Con orgullo.)*

Del agua del pozo  
tomaréis el agua,  
hasta que la fuente comience a secarse  
y empiecen las piedras a quemar los pies.

ABIGAÍL

La tierra se abrirá otra herida, Señor  
y viviremos de ella.  
Como el pelícano...  
se herirá la tierra...

EFRÉN

Como el pelícano, que muere  
para que los demás puedan vivir...

ILUMINADO

¡Nada irá muriendo, que no deje un poco  
para que vivan los demás!  
Todos son el rico que deja la hacienda  
y todos toman la heredad.  
Viva eternamente lo que tocaron mis manos,  
lo que yo puse a andar  
para que fuera la flor del Padre  
sobre los caminos sin paz.  
Horno de vida donde yo hice fuego  
no deje nunca de dar pan.

EFRÉN

Todos irán muriendo y los que tú levantaste  
se irán quedando solos.

ILUMINADO

Conmigo se quedarán,  
y los otros irán al Padre.  
Yo mismo estoy quedando-solo por mi camino  
y voy hacia mi obra cuando quiero descansar,

mi perfecto imperio son los niños,  
el que marcha junto a ellos no se cansa de marchar.

*(Entra el BÁRBARO.)*

*(Poco a poco la Aurora ha ido entrando.)*

BÁRBARO

¡El sol! ¡Al trabajo!

EFRÉN

Vamos.

ABIGAÍL

Espera.

Queda aquí junto a El, mientras yo traigo  
las frutas y el queso  
y la leche de vacas.

ILUMINADO

Espera. No tengo hambre.

Quiero dormir ahora.

BÁRBARO *(entra con GERÓN).*

¿Vas a dormir, cuando es de día?

Los hombres fuertes no dormimos;  
nadie cierra los ojos cuando el sol está afuera.

ILUMINADO

Las estrellas del cielo,  
tienen los ojos abiertos en la noche  
y cuando sale el sol, los cierran.  
Y cuando el sol cierra los ojos  
abren los ojos las estrellas.

*(Va deslizándose del tronco hasta quedar con la cabeza apoyada en él. Habla semidormido.)*

GERÓN

Pero los hombres no dormimos de día.

ILUMINADO

Los hombres duermen de día y de noche  
y se quedan dormidos por fin...  
Yo tengo los ojos de Dios, Padre de todo  
y ya lo ves... quiero dormir...

Gerón, mendigo, ¿por qué me despiertas,  
si soñar es trabajar?

*(Queda con los ojos cerrados.)*

GERÓN

Soy mendigo y no quiero que duerman  
los que tienen que dar.

ABIGAÍL

Callad... No le despertéis.  
Id al trabajo... yo velaré su sueño...

EFRÉN

¿No vienes?...

*(Se levanta. Va a salir, pero se detiene, viendo a NATHÁN.)*

NATHÁN

Quédate aquí... yo iré al trabajo...

EFRÉN *(lentamente)*.

No... yo iré al trabajo... Quédate...

*(Quedan mirándose.)*

*(Entra SERENA.)*

SERENA

¿Dónde está?... ¿Dónde está?... ¡Señor!

*(Se detiene en el centro, como tendiendo las manos hacia alguien.)*

¡Has llegado por fin! ¡Has venido!

¡Señor, mis ojos te esperaban para verte!

ABIGAÍL *(tomándole la mano)*.

¡Pst! Cállate... Está dormido...

SERENA

¿Tiene los ojos cerrados?...

ABIGAÍL

Sí.

SERENA

¡Pobrecillo!

¡Tiene los ojos cerrados!

Cantaré para que duerma mejor...

*(Se sienta al lado de ABIGAÍL; sonríe.)*

que con los ojos cerrados no me podrá abrir los míos...

Mañana,  
iré a los campos, Señor,  
con los ojos abiertos;  
y los viejos caminos  
volverán...

Veré de nuevo el sol  
y las montañas  
y cantaré, Señor,  
mañana...

*(Mientras ella canturrea, EFRÉN va saliendo y NATHÁN baja la cabeza. ABIGAÍL esconde la cabeza en el regazo de SERENA y llora... Ella le toca la cara...)*

¡Lloras!

ABIGAÍL

Llorar... es la mitad de un ciego;  
es como abrir los ojos entre el agua.

GERÓN *(entra)*.

¡Silencio! El hambre y el milagro trabajan...

ILUMINADO *(despierta)*.

Tú y yo somos la única fuerza del universo;  
para tu fe en la duda toma un hambre y descansa.

*(Vuelve a reclinarse.)*

TELON

## TERCERA EPOCA: LA GRULLA

*En alta azotea en la ciudad enorme.*

*La azotea está cerrada por columnitas ásperas, retorcidas; al centro, en el fondo, se abre un arco amplísimo, de curva sinuosa; cuelgan de él racimos de piedra. Por el arco se ve anchamente la ciudad; torres bizantinas, torres de Gaudi, rascacielos, cúpulas del Sacre-Cœur, torres del Palacio de la Señoría, aglomeración de grandes estos de piedra, entrecruzados, a la manera cubista o a la manera de aquellos palacios de Tiépolo. Un haz de reflectores hace en pleno día un ángulo más poderoso que el Sol. Lo poco de cielo se puntilliza de luces humanas, artificiales.*

*ABIGAÍL está sentada, casi echada en un ancho diván; a su lado, en el suelo, SERENA, la joven ciega. Hay la actitud de contar un cuento. Visten ambas elegantemente: última moda. Años 1950 a 2000.*

ABIGAÍL

Y se durmió con la cabeza  
sobre el tronco de palma...  
Yo estuve llorando  
hasta que me dormí también;  
la ciega,  
¡quién sabe hasta cuándo cantarí!  
que cuando abrí los ojos,  
ya con el sol en el copo del cielo,  
ella cantaba todavía.

SERENA

Pero, cuando Iluminado despertó,  
¿ella qué hizo?...

ABIGAÍL

Ella trajo agua del pozo, -

lavé sus pies y sus manos.  
Después, trajimos queso y frutas,  
leche de vacas y camellas  
y comió...

SERENA

¿Y luego?...

ABIGAÍL

Luego, Serena le dijo:

—¡Señor! Mis ojos quieren verte  
pero están oscuros.

Tócalos con tus manos—

Pero cuando El le dijo:

—Abre los ojos y mira—

Ella miró y quedó encandilada,  
como más ciega que antes,  
reía y lloraba

y corrió a ver todas las cosas...

El primer día andaba buscándolo todo para verlo,  
que tropezaba más ahora por andar tan aprisa...

Pero no veía sino cansancio,

hombres angulosos de cansancio,

sudor, viejos de ochenta años,

bárbaros que golpeaban los caballos flacos,

yo, que andaba triste,

y el desierto eterno de largo y de ancho,

el desierto amenazador

como la mitad de un camino

y tiendas desfleadas a un ventarrón caliente

y feos camellos monumentales...

y se vio ella misma en el pozo,

vieja, casi un hilo el cuerpo

y todavía en los ojos ese mirar bisoño

del que recién estaba ciego.

Desde ese día se puso a morir

y casi nunca estaba con los ojos abiertos...

La encontramos muerta con una mano sobre la frente. .  
No podía con la luz... estaba muy vieja...

SERENA

¿Cuántos años hace?

ABIGAÍL

Ni yo sé,  
¡dos mil! Los que hicieron  
esa ciudad, y sus hijos  
y los nietos de sus biznietos  
ya no quedan ni en polvo sobre la tierra.  
Si abriéramos sus tumbas no serían más que huecos.  
Todos se van... yo recuerdo apenas  
un poco de todo;  
mi esposo Efrén, que marchó una tarde  
y le encontraron muy lejos ya con tierra entre los ojos.  
Abilio... y Nicodemo...  
y después... mil años muriéndose todo...

*(Evocadora.)*

SERENA

¿Por eso me llamaste Serena?...

ABIGAÍL

Por eso.  
Te encontré y al verte,  
me pareció que encontraba a Serena,  
la de la casa de mis padres...  
te traje conmigo y conmigo te quedas.  
Tú me dijiste que te llamas Eglé,  
pero yo te digo que te llamas Serena...

SERENA

Serena, sí, quiero llamarse así,  
ciega y junto a ti,  
¡Serena!

ABIGAÍL

Y me irá pareciendo que comienzo a vivir...

SERENA

Oye.

ABIGAÍL

Di.

SERENA

¿Me enseñarás ese salmo  
que la otra Serena le cantó al Señor  
cuando él hubo hecho el milagro?  
Quiero cantárselo yo también,  
porque él abrirá mis ojos...

ABIGAÍL

¿Tú también?

SERENA

Sí; Iluminado  
está en la ciudad y curará mis ojos;  
cuanto yo vea será nuevo,  
ciudades y cielo, ¡todo para mí!  
Yo iré abriendo los ojos poco a poco,  
¡no vaya a encandilarme la luz!  
Los abriré sin susto, como si todos los días  
los abriera, así, muy natural,  
y marcharé poco a poco,  
como indiferente,  
que nadie sepa lo alegre que voy,  
que no sepan lo que voy gozando,  
porque si llegan a saberlo,  
empezarán los hombres a golpear los caballos...

ABIGAÍL

Y se pondrán todos viejos

*(Acariciándola.)*

y el viento soplará sobre las tiendas  
y vendrá el desierto trayendo su pozo  
lleno de agua triste parecida al llanto,  
para que te estrenes los ojos...

*(Entra NATHÁN. Va a ABIGAÍL y se sienta a su lado.)*

NATHÁN

¿Hermana, descansaste?

ABIGAÍL

He dormido; ahora  
contaba cuentos a Serena...

NATHÁN

Pobrecilla. Está esperando  
como la otra.

ABIGAÍL

Y curará también. Yo le enseñaré un salmo...  
para que alabe las manos milagrosas...

NATHÁN

Hermana, vine a buscarte.

ABIGAÍL

¿Dónde vas?

NATHÁN

Al estadio.  
Hay juegos hoy; es muy hermoso;  
hay un atleta que detiene un auto en su carrera,  
otro que salta de un avión a un caballo,  
otro que arroja el disco,  
y una mujer que rompe la bayoneta de un soldado,  
como si rompiera una espiga.  
Hay un domador de leopardos  
y corredores que silban como flechas  
un gran león uncido con una oveja a un carro.  
Después habrá juegos de luces,  
y una avispa eléctrica  
más fuerte que diez elefantes...  
Te distraerás, hermana.  
¿Quieres?...

ABIGAÍL

No, hermano, yo lo he visto todo,  
yo he visto a los atletas,  
a los corredores;  
he visto juego de luces;  
he visto a las ovejas con los leones...  
Y he visto a los atletas después, viejos;

los que detenían un caballo,  
apenas si podían detener  
un golpe de tos con una mano...  
Ya estoy cansada de todo eso;  
he visto morir tanta gente a mi lado,  
que soy un campo de batalla  
y estoy cubierta de soldados.  
Nathán, tu eres feliz,  
y debes ir al estadio.

NATHÁN

Feliz... Yo iba a los juegos  
para llevarte,  
soy feliz de encontrarte una risa,  
¡pero he visto también muchos muertos!  
¡Yo no sé para qué vivo!  
pero estoy contento de vivir  
para andar completándote el paso.  
Ya tengo una razón de no morir jamás,  
la razón de la sombra de árbol  
donde te echas a descansar.

ABIGAÍL

¡Nathán, mi hermano!  
¿por qué nos dejaron así?  
¿por qué no te amé a tí, si ibas a estar siempre  
junto a mí?  
Si estoy hecha para la eternidad,  
¿por qué no estoy hecha para ella?  
si el corazón no se ha de parar nunca,  
¿por qué huye siempre de la cosa eterna?  
Todo lo precedero  
me enamoró;  
el amor se me fue tras el hombre mortal  
y sin embargo, salía de mi corazón;  
así es, así es la mariposa,  
un momento de ala en el nombre de Dios...  
Tú, que debías ser

el Amor, el Amor, sin descanso,  
ya tú ves, a tí no te amé,  
y tu Amor inmortal nunca se me quejó;  
me perseguías amante, pero me alcanzaste hermano,  
tú eres más grande que yo,  
tú eres el orgullo del milagroso.

NATHÁN

Yo te disfrutaré en la gracia  
de tu futuro amor, Abigaíl,  
vendrá un hombre mortal  
y le amarás.  
Te dará un hijo el Señor  
y lo llevaré a la orilla del río  
y lavaré sus pies y aromaré sus manos.  
Tendrás un hijo que andará conmigo;  
por todas partes, siervo suyo,  
caminaré con tu hijo,  
y tendré un hijo de tus manos  
y así tendrás un hijo mío...

ABIGAÍL

Yo soy estéril.

NATHÁN

No... No lo serás;  
con fe se tiene un hijo y hasta un Dios.  
Nada hay más doloroso que el parto de las vírgenes  
pero no hay un hijo mejor.

ABIGAÍL

Yo tengo dos mil años de piedra y arena;  
en mí no florecen sino pirámides,  
en mí no florecen sino tumbas  
y una esfinge acaso,  
la mitad fastidio, la mitad pregunta.

NATHÁN

Y un oasis...

ABIGAÍL

Sí, con dos palmas  
que un recuerdo aleja y un recuerdo junta.

NATHÁN

No dudes, Hermana, que es pecado...

ABIGAÍL

¿Dudar? ¿Mil años de certeza para la duda?

*(Entra la SIERVA.)*

SIERVA

Señor, tu amigo está esperando en el jardín...

ABIGAÍL

¿Tu amigo? ¿Tienes un amigo?

NATHÁN

Sí, un amigo. Iba a los juegos con nosotros,  
quiso acompañarme hasta aquí,  
pero me aguarda en los jardines.

ABIGAÍL

Debes acompañarle al estadio.

NATHÁN

No iré al estadio; le diré que se vaya.

*(Súbitamente preocupado.)*

ABIGAÍL

¿Sabrá alguna historia tu amigo?

Tráele aquí y nos la contará...

¿Cómo se llama?

NATHÁN

Mirza.

ABIGAÍL

¡Mirza! ¡Hermoso nombre!

Llámale.

Mejor es que se vaya...

ABIGAÍL

¿Por qué? Tomaréis cocktail  
y luego os iréis a los juegos.

Llámale, no sé por qué

me parece que tu amigo ha de saber historias...

NATHÁN

No sabe nada... Mejor es que se vaya...

ABIGAÍL

Sí, tu amigo sabe historias,  
llámale...

(NATHÁN sale, como de mala gana.)

SERENA

¿Habláis de amor?

ABIGAÍL

Un poco.

- Nathán estuvo siempre enamorado de mí,  
pero yo no le amé nunca;  
le quiero como a un hermano.

SERENA

¡Pobre Nathán!

ABIGAÍL

Es verdad. ¡Pobre Nathán!  
Es el sediento que se hirió la mano  
y fue bebiendo y calmaba la sed  
porque no veía que era sangre suya  
y que era él mismo el manantial.

SERENA

Pero cuando se agotó la sangre,  
el sediento murió de sed...

ABIGAÍL

Porque no era inmortal.  
Sed la de los que no mueren nunca  
y allí se quedan sin sangre, secos como el desierto.  
Sed la sed de morir  
¡con un poco de agua en el labio mortal!

(Entra NATHÁN, triste.)

¿Dónde está tu amigo? ¿Se ha marchado?

NATHÁN

No. Aquí está mi amigo. ¡Mirza! Ven.

(Entra EFRÉN.)

ABIGAÍL

Tomaréis cocktail y contaréis historias.

*(Arreglando los cojines.)*

*(Se vuelve.)*

Sentaos, sentaos...

¡Ah!... ¡Efrén!...

*(Corre hacia él; se le acerca como temerosa... le toca...)*

EFRÉN

Soy Mirza, el amigo de Nathán.

ABIGAÍL

No... no... tú eres Efrén, mi novio...  
eres el mismo... las piedras, los cedros...  
un nido cerca de las nubes...

Tú eres Efrén...

EFRÉN

Bueno, si tú quieres,  
seré Efrén...

ABIGAÍL

¡Sí, yo quiero!...

*(Hunde su mano en los cabellos de EFRÉN... Acaricia su frente.)*

¡Mi novio, mi señor!

con tierra entre los ojos te encontraron,  
pero bajo la tierra estaba el pozo  
y al tocarla con mis dedos ¡dos manantiales saltaron!  
¡Ah! ¡Estoy loca! ¡Perdón! ¡Estoy loca!

*(Volviendo en sí.)*

Ven, tu rostro me ha recordado  
el rostro de mi esposo que murió,  
¡un muerto que tiene dos mil años!  
Ven, Mirza, contemos historias...  
Mirza... es hermoso el nombre.

EFRÉN *(mirándola hondamente).*

Pero ya no quiero llamarme Mirza.  
Quiero llamarme Efrén...

ABIGAÍL

Es cierto; Efrén... es más hermoso... Efrén,  
¿verdad?

EFRÉN

Es mucho más hermoso  
y yo me llamo Efrén... toda la vida  
me llamaré así...

ABIGAÍL

Nathán hermano... Ven. Nuestro amigo  
Efrén va a contar una historia.  
¿Verdad que nuestro amigo se llama Efrén?

NATHÁN

Sí, hermana.  
Se llama así.

ABIGAÍL

Esta tarde iremos a la choza  
que mandé hacer en las vegas del río,  
es de palmas, Efrén y siempre hay una,  
una palma sola,  
verde... yo cuido de tenerla siempre  
verde como la memoria...  
O si queréis iremos a los juegos...

EFRÉN

No, aquí estamos mejor...

SERENA

Abigaíl,  
¿por qué le cambias a todos el nombre?  
Yo soy Serena y él Efrén...

ABIGAÍL

Serena,  
Yo sé más vuestro nombre que vosotros.  
Cuando se tienen mil años, todos los nombres se saben,  
se conoce la sombra donde dormimos un día  
y se les pone a los muertos su nombre cuando renacen...  
Cuenta una historia...

EFRÉN

¿La historia de los príncipes y la esmeralda?

ABIGAÍL

¡La conozco!

EFRÉN

¿La de la piscina y el pez enfermo?

ABIGAÍL

La conozco.

EFRÉN

¿La del colibrí y la rosa envenenada?

ABIGAÍL (*desesperada*).

¡La conozco!

EFRÉN

¿La del resucitado?

ABIGAÍL

¡La conozco! ¡Todas! ¡Y esa del resucitado,  
más que todas!

¡Tanta ola de historia se me murió a los pies  
que la playa que tenía me la cubrieron de rocas!  
Cuenta una historia tuya.

EFRÉN

Yo estoy naciendo ahora,  
hace un instante me pusiste el nombre.

ABIGAÍL

Sí... es verdad, Efrén... Yo contaré la historia...

La de la ciudad destruída;

una ciudad hermosa;

desapareció,

pero los hombres levantaron otra...

y cayó también...

y los hombres siguieron levantando ciudades,

¡los pobres! ¡todo se les moría

al salirsele de las manos!

Pero había una torre

que no caía nunca, desde la primera ciudad,

y ni siquiera tenía un nido,

ni una yedra, ni un costado negro  
de esos como sombras donde se echa el siglo,  
como sombra de ojo cerrado del Tiempo.  
La torre era el encanto  
de la ciudad,  
pero vivía allí, sin hacer nada,  
alta y sola, como una vanidad.  
Pasó un ave y se detuvo en ella;  
ella se estremeció de amor;  
hasta que un día le quedó una pluma  
no más... y quedó sola otra vez.  
Pero pasaron mil años y el pájaro volvió...

*(Le mira golosamente.)*

Con la pluma vieja que guardó la torre  
y otra que traía el pájaro,  
ya había para empezar un nido...  
y allí está la pobre torre, sin saber todavía  
¡si ella es el final de un vuelo o la mitad de un camino!

**EFRÉN**

No encontrará el ave nido más hermoso,  
si yo fuera ella, me quedaría.

**ABIGAÍL**

Toda la ciudad estará a sus pies  
oyendo la torre armoniosa,  
que tendrá un canto arriba.

**EFRÉN**

Como un árbol...

**ABIGAÍL**

Sí, como un árbol,  
como un cedro junto a las ruinas...

**SERENA**

Como los cedros, Abigaíl,  
donde ibas con tu novio.  
Nathán... ¿viste a Iluminado?

NATHÁN

Hoy le he visto. Mañana  
marcharé con él a las llanuras,  
y, luego, al mar.

SERENA

Hoy vendrá a esta casa  
Yo le estoy esperando... ¿No es cierto que vendrá?

NATHÁN

Sí. Vendrá a buscarme  
y a beber agua  
en esta casa de su gloria.

ABIGAÍL

¡Y encontrará la obra glorificada!...  
Vamos, Serena, a hacer el cocktail.

SERENA

Vamos... Hoy os veré a todos  
y veré la gran ciudad. ¡Han de ser altas las torres!

ABIGAÍL

Sí, todos dicen: ¡Más alto! ¡más alto!  
pero no llegan al cielo,  
vamos, Serena, vamos...

*(Salen. Quedan NATHÁN y EFRÉN en silencio. EFRÉN mira como algo lejano. Después se miran los dos.)*

NATHÁN

Sí...

EFRÉN

Sí...

NATHÁN

Yo lo sabía...

EFRÉN

Nathán, yo lo esperaba,  
yo estaba en el jardín y a cada instante  
alzaba los ojos hacia aquí,  
como si de aquí me fueran a llamar.  
no sé, pero algo me decía,  
que aquí había algo.

NATHÁN

La torre con la pluma de un pájaro muerto.

EFRÉN

Y cierto cansancio en las alas para tenerme que quedar.  
Nathán, apenas la he visto,  
pero acaso la quiero de mucho tiempo atrás...  
¡Y la amo, la amo!

NATHÁN

Y ella te ama  
desde hace dos mil años...

*(Se levanta, con una angustia que en vano quiere contener.)*

Es hermoso, ¿verdad?  
estarse amando, tanto tiempo  
y terminar amándose y no olvidar jamás.  
No olvidar... es hermoso... ¡es horrible!  
¡Es horrible no olvidar!

EFRÉN

¿Qué tienes?...

NATHÁN

Nada... que es hermoso... muy hermoso...  
¡yo estoy contento, Efrén!... Ya verás...  
os amaréis siempre... morirás un día,  
¡y dentro de mil años, volverás!

*(Va al fondo, vacilante.)*

*(Entra la SIERVA.)*

SIERVA

Señor Nathán... Hay un hombre en los jardines  
y quiere verlo.

NATHÁN

¿Un hombre?

SIERVA

Sí... un hombre joven, rubio.

NATHÁN

¡Iluminado!

SIERVA

Sí, del cabello y los ojos, Iluminado parece...

NATHÁN

Efrén, ya vuelvo...

EFRÉN

Espera,  
Abigail vendrá pronto.

NATHÁN

Ya vuelvo... Abigail y tú  
me esperaréis, sí... me esperaréis... solos...

*(Sale con la SIERVA.)*

*(EFRÉN va al arco y ve hacia el jardín.)*

ABIGAÍL *(trae cocktails).*

¿Dónde está Nathán?

EFRÉN

Salió un momento...  
Iluminado está en el jardín esperándole...

ABIGAÍL

¡Iluminado!  
Voy a llamarle, Efrén, beberá un cocktail  
y descansará entre nosotros...

*(Va a salir.)*

EFRÉN

No, espera...

*(Le trae hasta el diván.)*

Después... le llamarás después...  
el pájaro apenas arribó a la torre,  
deja un momento a la torre con él...

ABIGAÍL

El ala cansada traeras.

EFRÉN

Ya descansó el ala.  
¡Pero tengo adentro el canto  
y el pecho donde lo tengo  
se cansa de no cantarlo!

ABIGAÍL

¡Efrén, te esperé mil vidas  
y estoy comenzando!  
¡Espigué sembrada en la arena  
para florecerte en las manos!

EFRÉN

¡Torre viva,  
torre de carne, lirio de mármol;  
te llegué con alas, te caí en el cáliz  
y te libaré cantando!

ABIGAÍL

Una tarde, mi novio subió a buscarme un nido,  
se perdió cedro arriba, que mientras está más alto  
el nido dá el pichón más limpio,  
tiene más de cielo, acaso,  
y acaso cante mejor  
cuando el pichón sea pájaro.  
Bajó mi novio con un polluelo  
que se me voló de las manos...  
Se murió mi novio... Yo quedé sembrada  
y crecí por sobre los cedros más altos,  
tanto crecí, que aquel día echó a volar mi polluelo,  
¡buscó su nido en mi copa y ahora es que está  
[llegando!...

EFRÉN

El ramo crece y el nido  
va subiendo con el ramo.

ABIGAÍL

Arbol o torre, no sé,  
pero estoy plantada  
y voy creciendo...  
Si no hay semillas de torre  
yo no sé cómo nacieron.  
Ya ves cómo las siembran,  
las van regando con sudor del cuerpo  
y ya se sazonan

y alzan unos tallos que se ponen gruesos;  
después llega el pájaro de la veleta  
y empieza a dar vueltas, clavada del pecho;  
si envuelves la torre en hojas,  
ya tienes un cedro.

Así me plantaron a mí,  
pero yo vine al revés, yo tuve hojas primero;  
por lo demás, no se sabe si el cedro nace en la tierra  
o si es que cayó clavado cuando lo echaron del cielo...

EFRÉN

Te tiembla la voz...

ABIGAÍL

Yo no sé si tiemblo,  
pero estoy pegada a la tierra  
y es casi seguro que me mueva el viento.  
Oye; es extraño,  
a mí me dejaron en la tierra y nada  
me dejaron de terrenal,  
si todo lo que hay conmigo se va muriendo,  
es porque todo es terreno, menos yo,  
y entonces, ¿por qué soy yo lo único  
que se queda sobre la tierra?  
Sí, soy como el cedro, tengo en el cielo la copa  
y aunque viva de mi tronco  
no vivo sino del canto que me viene de las hojas.

EFRÉN

Echa los ojos hacia el canto  
¡del que te enseña la alegría de la vida fugaz!

ABIGAÍL

Hacia tus ojos, eternos, que no irán a la tierra,  
porque la luz va a la luz...  
Esto me lo dijiste hace dos mil años...  
La primera vendimia se nos viene a juntar.  
De aquella vida y de esta, los haces  
con el mismo vencejo están atados.  
De la correría llegaste rendido,

pero el nido lo encuentras igual;  
yo estoy toda en el cielo ahora,  
que de mi tronco no quiero nada;  
un lentor me inclina sobre mis raíces  
y me miro yo misma, antigua, arrugada,  
y un gurbión amargo me brota  
¡de tanta resina que se me rebalsa!  
No quiero ver hacia la tierra.  
¡Déjame ver tus ojos!

*(Le toma la cabeza.)*

¡Así miraban!  
¡Así me cegaron ellos!  
¡Así eran de inmortales!  
¡Así me clavaban, como si detrás de ellos  
hubiera un brazo que los disparara!

EFRÉN

¡Así te han soñado cuando están cerrados!  
¡Así te veían!  
Detrás de los párpados estarías tú  
y yo adentro estaba,  
esperando el día para abrir los ojos,  
¡como los huertos cerrados, esperando que los abran!

*(Súbitamente quiere besarla.)*

ABIGAÍL

¡No! ¿Qué hacías?  
¡Un beso, era un beso!

ABIGAÍL

¡Ah! ya eso es la tierra.  
¡Ya se mueven las ramas hacia el suelo!  
¡Un beso! Si te doy, un beso, entonces  
te me morirás un día, ¡como todo el que da un beso!  
Ya me había olvidado de besar  
y ahora recuerdo  
que besé mil veces sobre la tierra  
¡y no he besado nunca mientras viví en el cielo!

EFRÉN

Tan cerca estuve,  
que no pude resistir.

ABIGAÍL

Tan cerca... Espera,  
¡cuánto tiempo sin besar!  
Pero besar es hacer otra vez  
el amor que se va a morir;  
me voy a quedar eterna  
y tú te pondrás viejo, ya ni besar podrás  
y un día, en la boca del beso  
tendrás tierra... El amor nos hace inmortales  
si no besamos.  
¡Mírame, nomás,  
acerca los ojos y mírame!

*(Le contempla; poco a poco se acerca más a él.)*

Ya ves, la luz sí, la luz no condena;  
así no morirás jamás...  
Hay que vivir en la copa del árbol;  
yo te quiero para toda mi eternidad,  
yo quiero que cuando me dé el sol  
te suba por las rodillas la sombra que dejo atrás...  
Pero... No me mires tanto,  
cierra los ojos... ¡Ah!

*(Se besan; se dejan caer un rostro contra el otro.)*

¡Efrén, Efrén! ¡Dos mil años sin beso para un beso!  
¡No, Señor! ¡Lo mismo que ayer!  
¡Señor! ¡La misma batalla!  
¡Un minuto para la dicha  
y dos mil años para esperarla!  
¡Vete!

EFRÉN

¡Abigaíl!

ABIGAÍL

¡Vete!

EFRÉN

¡Enloqueciste, amor mío!

ABIGAÍL

¡Vete!

¡Tú no sabes, vete, hombre de mi vida!

¡Agua de mis labios, sombra de mi cuerpo,  
gloria de mi gloria!

¡Vete!

EFRÉN

¡No! ¡Me quedo! ¡Estoy contigo  
como tu sombra

que no se quita de tus pies!

Si he de morir una tarde  
con la boca mordiendo tierra,  
bésame, sígueme besando

¡para que cuando esté muerto el terrón se me florezca!

¡No me voy!

ABIGAÍL

¡Efrén! ¡Mi esposo! Cuando te curve la vida,

¿dónde esconderé mi carne, que nunca se pone vieja?

*(Entra SERENA.)*

SERENA

¡La Grulla, la Grulla!

ABIGAÍL

¿Qué tienes?

SERENA

¡La Grulla!

¡Los hijos del jardinero  
han cazado una grulla!

Pero no está mansa, que nos pica a todos;  
me han dicho que tiene un pico largo  
¡y tira a los ojos!

Como yo no veo,

los niños me ponen a andar hacia ella  
y me pica las manos,  
y un día cualquiera

me picará los ojos ¿y quién va a devolverme  
mis ojos para cuando vea?

¡Decid a los niños que maten la grulla!

ABIGAÍL

Es muy fácil matarla, Serena...

¡Es muy fácil matar una grulla!

Casi toda está en el cielo; tiene una pata en la tierra,  
encoge la otra...

Una grulla es medio vuelo,

¡y para volar de un todo sólo un hilo la sujeta!

SERENA

¡Pues que le corten el hilo!

ABIGAÍL

¡Pero es un ancla, hija mía!

Es un barco entre dos aires, anclado y no levará  
hasta que deba llegar el filo  
que corte la cuerda.

EFRÉN

Mientras tanto, quedan las alas

irá anclando en cada puerto, pero, entre tanto, navega.

ABIGAÍL

¡Ah, la Grulla!

SERENA

¿Viene?

ABIGAÍL

No, hija mía,

allí se quedará clavada,

¡allí está su tallo con su lirio encima!

*(Empuja suavemente a SERENA, que sale.)*

¡Efrén! ¡Huye! ¡No te quedes aquí!

EFRÉN

Hasta que deba cortar la amarra,

¡aquí me quedo, Abigaíl!

ABIGAÍL

¡Marcharé yo! ¡Caminaré como el tiempo!

¡como el tiempo camina sobre mí!  
¡Señor!

(*Entran ILUMINADO y NATHÁN.*)

ILUMINADO (*muy elegante; traje sport, monocle.*)

Anoche dormí en esta ciudad;  
y un día vendré a dormir donde ella estuvo, en el  
[desierto.

Abigaíl, mi hija,  
sólo mi obra vivirá;  
y será mi compañía perpetua.

ABIGAÍL

¡Señor! si no hubieras venido

(*Sordamente.*)

yo te habría buscado  
hasta bajo las piedras de todo pedregal;  
habría horadado los bosques  
con una mirada de cuchillo,  
habría roto las aguas  
hasta donde flotan las nubes del mar;  
habría subido a los árboles  
y habría seguido toda luz en la tormenta;  
cabra montañesa, gota de cascada,  
por los precipicios iría a rodar,  
y entre volcanes iría  
quemándome un poco de cada volcán,  
hasta encontrarte, Señor,  
¡para que me dejes descansar!

(*Cae a sus pies.*)

ILUMINADO

Habla... El que se cansa ya no va conmigo,  
¡que yo no me canso jamás!  
¡No me cansé de la gracia, Señor!  
¡Es que no tengo fuerzas para tu carga!  
¡Tú me echaste encima la eternidad  
y yo apenas puedo con tu mirada!

ILUMINADO

Entonces, no podrás morir.  
Si la eternidad de la vida te cansa,  
te cansará la eternidad del Cielo.

ABIGAÍL

Pero ésta no es aquélla,  
¡ésta es la tierra y se vive del barro!  
Señor, en el Amor de tu Reino  
viviría mil vidas  
con una sola sonrisa.  
¡Pero este es el Amor, el Amor nuestro!  
¡Mira, Señor, éste es Efrén!  
Efrén ha vuelto...  
¡Efrén, que marchará una tarde!  
¿Comprendes?

ILUMINADO

Y volverá...

ABIGAÍL

¡Sí, como ha vuelto!  
Con una eternidad caminando  
¡y una vejez agarrado al Recuerdo!  
¡Señor! ¡Tú eres Dios!  
Tú puedes ser eterno,  
y debes seguir tu oficio, ¡con fuerzas que yo no tengo!  
Tu eternidad es tu dolor,  
y tú eres doloroso por eso.  
Mira, Señor, la ciudad;  
todos quieren perdurar, todos trabajan por lo perpetuo,  
pero yo, que sé, yo, que estoy ya lograda,  
¡yo no quiero!

ILUMINADO (*tristemente*).

Tú eras la obra perfecta...

ABIGAÍL

Así es. Por eso  
soy infecunda. Señor, ya puedo hablarte  
de la infecundidad de lo perfecto.

Dame, Señor, la gracia del peligro,  
dame la humana maravilla del riesgo,  
dame la angustia, Señor, ¡dame la angustia!  
Tú me completarás en tu Reino...  
esto me lo has dado todo,  
¡dame también un poco de aquéllo!  
¡Ah, Señor, devuélveme  
el amor de las cosas!  
Yo no puedo quererlas  
¡porque estoy condenada a vivir con todas!  
Mira, la Grulla está amarrada al suelo;  
si le dijeras que allí iba a quedarse,  
¿qué haría con las alas?  
¡Quítame el cansacio!  
este afán de amar lo fugitivo,  
¡y esta palabra perenne que se fastidia en el labio!

#### ILUMINADO

Yo no me canso jamás,  
porque yo amo todas las cosas del mundo,  
cada nuevo sol que asoma  
es gozado por mí, como si fuera el último.  
Cada planta es la primera planta,  
con cada oveja que cae me asusto del mismo susto;  
si tú quisieras las cosas, bendecirías acaso  
el amor de los demás, aunque te faltara el tuyo.

#### ABIGAÍL

Ya ves, tú me diste a Nathán  
y he debido amarle,  
pero Nathán es tu obra maestra,  
todos le amarán, le sentarás junto a tu padre,  
pero a tu obra pequeña,  
a tu obra transitoria, a tu momento de carne,  
¿no le hemos de querer? ¿no es tu obra?...  
¿no es la flor de una mañana, que cae?  
yo la quise, esa cosa que pasa,  
Efrén era tu instante

y yo tu eternidad; yo le amo;  
¡si tú me lo hiciste todo, a mí no me lo demandes!

ILUMINADO

El mal milagro...

ABIGAÍL

¡Señor! Estás triste.

ILUMINADO

Ya tú lo has dicho. Yo soy triste, pero yo solo,  
yo sonrío en las cosas que hago,  
sonrío en los cielos cristalinos,  
sonrío en la flor, sonrío en el campo,  
y sonreí en tus labios, Abigaíl,  
desde que hice el mal milagro.

ABIGAÍL

¡El mal milagro!

ILUMINADO

Sí... el milagro mío.  
¿No hice milagros para todos?  
Pues, quise hacer uno para mí,  
el que me hiciera menos triste  
el oficio de Dios;  
el milagro mío,  
el de querer compañero que me resistiera el paso.  
El de hacer carne divina en la carne de la Muerte,  
y quitarle al Padre su pedazo.  
Ven, Abigaíl, estás cansada...  
¡pero yo te doy el descanso!

ABIGAÍL

¡Padre!

ILUMINADO

Hija... Vivirás para el Amor  
un poco, y morirás en tu día...

*(Se levanta. Toma a NATHÁN del brazo.)*

Solo... ¿Tú te quedas también?...

NATHÁN

Yo te sigo,  
Señor...

ILUMINADO

Sí... el que puede caminar, camina...  
Solos, estamos solos... y hay que andar...

*(Sencillo, saborea su cocktail.)*

ABIGAÍL

Padre, no estás solo contigo,  
yo te voy siguiendo también  
hasta que me dejes en mi sitio...  
Yo he de seguirte las leguas que quieras;  
no digas que te quedas solo...  
Ya ves, me devolviste el Amor...  
y el Amor irá con nosotros lo mismo.  
Y después no digas que te dejo solo,  
que aquí viene un hombre que me trae un hijo...  
que te seguirá también  
como yo te sigo...

ILUMINADO

Dices bien... Los niños son mi imperio perfecto...  
cuando ya te canses, echa a andar al niño...

ABIGAÍL

¡Este es el Amor, Padre!  
Este sí es el Amor, Efrén,  
porque se puede morir  
¡y se puede morir de él!  
¡Porque se puede morir, este es el Amor!

*(Entra GERÓN.)*

ABIGAÍL

¡Gerón!

GERÓN

¿Cómo dice?

ABIGAÍL

Gerón. ¡Tú eres Gerón!

GERÓN

¿Yo? No, Señora, soy el chofer del caballero.

(Señala a ILUMINADO.)

ILUMINADO

Sí, es mi chofer.

ABIGAÍL

Para mí, eres Gerón,  
desde hace dos mil años.

GERÓN

Perdón, señora,  
pero da lástima ver  
cómo las gentes más sensatas  
siguen creyendo en brujerías.  
Debo manifestarle, caballero,

(A ILUMINADO.)

que mi sindicato protestará esta tarde  
contra sus propagandas agitadoras.

ILUMINADO

Muy bien. Usted y yo.  
somos lo único serio de este mundo.  
Lo tomo por un mes.  
Para su fe en la Duda,  
tome la Duda de mi Fe.

(Le da un cocktail.)

¿Vamos?

ABIGAÍL (va a él, después de cavilar).

Señor... el plazo  
que me das... que no sea muy corto...  
Unas horas, un año... una vida...  
Señor... es muy poco...

ILUMINADO (sonríe).

Ten pies y manos para el amor  
y muerde tu momento...

(Va a salir.)

ABIGAÍL

Señor, ¿qué más te da?...

Es para el Amor... Una vida... Es un vuelo...  
¡Dame un poco más!

ILUMINADO

Corta tu mies... corta tu trigo  
y amasa y come de tu pan...  
yo te dejo el amor de tus días  
y te devuelvo al padre...

ABIGAÍL (*arrastrándose*).

¡Un poco más!...

(*Solloza.*) (EFRÉN *la recoge.* Salen ILUMINADO y NATHÁN.)

SERENA (*entra*)

¡La maté! ¡La maté!... ¡Se llegó a picarme  
y le torcí el cuello y la maté!  
¡Tenía que salvar mis ojos,  
porque esta tarde voy a ver!...

(*Sale en busca de ILUMINADO.*)

ABIGAÍL

¡Bésame, Efrén, la tierra de la boca,  
para que florezca después!...

(*Se besan.*)

TELON

LOS MUERTOS LAS PREFIEREN  
NEGRAS

*TABLOIDE ESCENICO EN TRES EDICIONES*

*A los periodistas de sucesos, soldados de la  
línea de fuego de las letras*

A. E. B.

*Venezuela-México: 1948-1950*

## PERSONAJES

LA FEMME  
EL DETECTIVE  
EL DIFUNTO  
LA VIUDA  
LA PRIMA  
LA CRIADA  
CADÁVER PRIMERO  
CADÁVER SEGUNDO  
CADÁVER TERCERO  
EL JUEZ DE INSTRUCCIÓN  
EL COMANDANTE DE LA POLICÍA  
EL MÉDICO  
EL AGENTE  
UNA DAMA  
UN CABALLERO  
UNA MUJER CURIOSA  
UN HOMBRE CURIOSO  
AGENTE SEGUNDO  
AGENTE TERCERO  
EL SERENO DEL OTRO MUNDO  
TRES PERIODISTAS

*Nota:* Esta es la copia para publicación del libro. Para representación, los diálogos podrán ser recortados.

El final está hecho, de acuerdo con un hecho "natural" y no con un hecho "teatral".

## PRIMERA EDICION

*Una calle. De frente al espectador, en primer término, ancha acera; reja o seto de una propiedad. Detrás de la reja, árboles, jardín. Al fondo, el frontis de una hermosa casa. En el centro, la reja o barda tiene ancha puerta practicable. Escena sola.*

*El DIFUNTO sale da la casa. Al llegar a la acera se detiene bruscamente. Se lleva una mano al corazón y lanza un alarido prolongado. Se sujeta a la reja y va resbalando, hasta caer suavemente. Queda sentado y con la cabeza colgante. Por la izquierda entran apresuradamente un caballero y una dama. Se acercan al DIFUNTO. El caballero quiere tocarle. La dama le detiene.*

DAMA. — ¡No!

CABALLERO. — ¿Por qué?

DAMA. — Uno no sabe...

*(Por el otro lado llegan en fila y apresuradas, tres mujeres. Por el lado del CABALLERO y la DAMA llegan dos hombres y un niño.)*

UNA MUJER. — Pero, ¿no le van a auxiliar?

CABALLERO. — Falta la autoridad. ¿No hay un agente de policía?

(El niño saca del bolsillo un pito y da un pitazo agudo y largo.)

UNA MUJER (intentando arrimarse al DIFUNTO). — ¡Se está moviendo!

CABALLERO. — Sí, pero no se mueva usted.

(Llega el AGENTE DE POLICÍA. Mira al grupo. Le señalan al DIFUNTO y se dirige a él. Le habla.)

AGENTE. — ¿Qué le pasa, amigo?

(El DIFUNTO levanta la cabeza, mira al AGENTE y habla.)

DIFUNTO. — Me mataron.

(Clamor sordo en los del grupo. El AGENTE pide silencio.)

AGENTE (al DIFUNTO). — ¿Quién o quiénes lo mataron?

(El DIFUNTO trata de responder, pero sólo sale de sus labios un rumor ininteligible. Su cabeza cae violentamente sobre el pecho. Rumor.)

UNA MUJER. — ¡Virgen Santa, está muerto!

AGENTE. — Silencio, señora. Mientras la autoridad no lo diga, aquí no hay ningún muerto. A ver, ¿quién fué el primero que llegó aquí?

DAMA. — Mi marido y yo. Oímos el grito y estábamos cerca. No lo hemos tocado.

AGENTE (al CABALLERO, que luego sale). — Me hace el favor de telefonar a la Comandancia para que vengan el juez y el médico. (Sale el CABALLERO.) ¿Quién lo mató?

UNA MUJER. — ¿Pero no había dicho usted que aquí no hay ningún muerto?

AGENTE. — La autoridad, señora, tiene hipótesis.

DAMA. — No tenemos la menor idea de quien puede haberlo matado... o enfermado.

UN CURIOSO (*señalando al DIFUNTO*). — Ese señor vive en esa casa. (*Señala la casa del fondo.*) Seguramente salía de ella cuando...

AGENTE. — ¿Cuándo qué?

HOMBRE. — Cuando lo... Bueno, cuando se sentó allí.

AGENTE. — ¡Ah! ¿Vive allí? ¿Y cómo no ha salido nadie?

MUJER. — Usted sabe cómo es la gente. Además, esa casa es un poco rara.

(*Un HOMBRE y una MUJER del grupo tratan de acercarse al DIFUNTO. El AGENTE los retira.*)

AGENTE. — Señores, hagan el favor de no acercarse. Recuerden que cuando yo llegué, ya ustedes estaban aquí. Todos son sospechosos. (*Rumor de protesta.*) Además, mientras no llegue la autoridad, nadie puede tocar el cuerpo.

MUJER. — ¿Y usted no es la autoridad?

AGENTE. — Soy la autoridad, pero no para esto. Ahora les toca al juez y al médico. Es la ley.

MUJER. — ¿Y cuando ellos lleguen, qué hace usted?

AGENTE. — Yo estoy aquí para apoyarlos a ellos. Ellos son la ley y yo soy la autoridad protegiendo la ley. Cuando la ley me diga quién mató, yo arresto al que mató. Pero mientras llega la ley, al cuerpo no se le acerca nadie.

(*Mientras el AGENTE dice esta última frase, ha entrado en escena el DETECTIVE. Sin ocuparse de las órdenes, por obra de su propia osadía, aparta a las gentes, resueltamente hace a un lado, con suavidad, al AGENTE y se acerca al DIFUNTO; le observa, de pie. El AGENTE le mira de arriba abajo, vacila y por fin le da paso con respeto desconcertado. El DETECTIVE mira a todo el mundo y con gran desparpajo va a ir derechamente al DIFUNTO, cuando se detiene por la frase que sigue.*)

UN HOMBRE. — Así es, agente. El asesino es de usted.

MUJER. *(al hombre)*. — ¡Adulante!

AGENTE. — Sin adulancias. El asesino es mío.

MUJER. — ¿Y el muerto?

DETECTIVE. — Señora, el muerto es un elemento secundario, que no sirve sino para saber quién lo mató.

*(Seguidamente, el DETECTIVE, con toda tranquilidad, se dirige al DIFUNTO, se inclina sobre él; le tantea. Todos se retiran un poco, pero haciendo un semicírculo abierto hacia el público. El POLICÍA, tras alinearlos, se sitúa al lado del DETECTIVE, protegiéndole. El DETECTIVE se arrodilla, manosea el cadáver, toma el pulso de la mano izquierda, que tendrá un reloj pulsera. Ausculta, oyendo el corazón. Se yergue, dando muestras de asombro.)*

DETECTIVE. — Algo late. *(Toca bien y saca un reloj de chaleco.)* Otro reloj.

*(El DETECTIVE, extrañado, compara la hora del reloj del bolsillo con la del reloj de muñeca. Hay en el grupo espectación rumorosa. El DETECTIVE se levanta.)*

DETECTIVE *(al policía)*. — Está muerto.

MUJER. — ¡Ay!, eso ya lo sabíamos.

AGENTE. — Silencio, señora. Mientras el señor no lo diga, aquí no se ha muerto nadie.

DETECTIVE. — Muchas gracias. Usted me confunde, agente.

AGENTE. — ¿Lo confundo?

DETECTIVE. — Pues... La verdad... me confunde. ¿Y cómo fué la cosa?

AGENTE. — Pues vea, yo no lo puedo decir. Oí que otro agente me llamaba con el pito... Por cierto que... ¿ustedes no le han visto? Y con el pito salí para acá. Y aquí...

DETECTIVE. — Y aquí... como siempre... encontró varios ciudadanos vivos y un ciudadano muerto...

AGENTE. — En la hipótesis...

DETECTIVE. — Y entre paréntesis, ¿conoce alguien a este caballero?

AGENTE. — Vive en esta casa.

DETECTIVE. — Vive y mora. Mora y muere. Se realiza totalmente en esta casa. Y hablando de todo... ¿Quién lo mató?

AGENTE (con adulación.) — Eso lo averiguará usted, mi jefe.

DETECTIVE (desconfiado). — ¿Yo?... ¿Su jefe?...

*(Inicia el DETECTIVE una discreta evasión, que produce cierto movimiento, de manera que la puerta del fondo quede libre, en cuyo estado permanecerá hasta después de las escenas siguientes. Una mujer esbelta, de ademanes misteriosos e intrigantes ha entrado por la izquierda. Sus actitudes, sin ser melodramáticas, conducen a hacerla sospechosa. Lenta se acerca, mira al muerto, suspira largamente, pasea sus miradas por el grupo, se aleja, regresa al muerto, le vuelve a contemplar, torna a alejarse, quieta y torva. Se detiene a la extrema izquierda; allí, mira al suelo; siempre misteriosa e indecisa, quiere irse. Todos, AGENTE, DETECTIVE y curiosos, la observan y se miran unos a otros. DETECTIVE y AGENTE se consultan algo asombrados con la mirada. El DETECTIVE, a medida que ella se aleja, la sigue resueltamente. Cuando ya van a estar fuera de escena, irrumpen por la puerta del fondo tres mujeres. Adelante, la ESPOSA. Luego la PRIMA y en seguida, la CRIADA. El grito de la ESPOSA detiene a los que salían. La ESPOSA ha de ser guapa, pero mulata bastante oscura. Tanto la PRIMA como la CRIADA serán blancas y guapas. La mujer misteriosa continuará en su actitud haciendo entradas y salidas en el curso del acto. Es la "Femme qu'on cherche".)*

ESPOSA (se abraza al cadáver, después de un grito. Solloza). — Mi amor... Mio... mío...

*(Mientras la ESPOSA llora, la PRIMA y la CRIADA sollo-*

zan, erguidas en trágica actitud. El AGENTE las mira y mira a la sollozante.)

AGENTE (a la ESPOSA, tocándola en el hombro). — Oiga, joven, haga el favor. Puede ir a llorar para adentro y deje que la señora viuda esté junto a su marido, porque ella es la única que tiene autoridad para eso.

ESPOSA (se alza, le mira y habla firme y melancólica). — La señora viuda soy yo.

AGENTE (confundido). — Usted dispense. (Se vuelve hacia el DETECTIVE, que está junto a él.) Francamente...

DETECTIVE. — Sí... La autoridad del continente no es la autoridad del contenido.

AGENTE. — ¿Cómo dice usted?

DETECTIVE. — No tiene importancia. Pregúntele a la señora quiénes son las dos damas que la acompañan en su sentimiento.

AGENTE (a la viuda). — ¿Me puede decir si estas señoras son también familiares?

VIUDA. — La señora es una prima... (Reticente.) Esta es la "bonne a tout faire".

AGENTE. — ¿La qué?

DETECTIVE. — "La bonne a tout faire". Es una expresión francesa que significa "la muchacha que sirve para todo".

MUJER CURIOSA. — La autoridad conoce la materia.

VIUDA. — Diga, señor, ¿le van a dejar tendido en la calle? Allí está su casa. Allí está su cama. ¿Por qué no le llevamos adentro?

MUJER CURIOSA. — ¡Es lo que yo digo! Pobrecitico cristiano, ¿cómo lo van a tener allí?

AGENTE. — Esa es la ley, señora. Yo por mí, ya lo tendría en su cama... Pero resulta que primero tienen que venir el juez y el médico.

DETECTIVE (tristemente.) — Es la autoridad de la ley, señora. Una ley de autoridad muy respetable y de eficacia

muy discutible. Lo primero que se debería hacer con un hombre que cae en la calle es llevarlo a una clínica a ver si se salva. De cada mil veces, posiblemente en quinientas, si se anda con rapidez, el paciente puede salvarse. Pero la ley ordena que un herido se desangre en la calle. Y en muchas ocasiones hay un médico entre los espectadores y ese médico no puede ofrecer sus auxilios, porque se lo prohíbe la ley. El ciudadano se desangrará hasta que llegue el otro médico: el de la autoridad. El médico de la muerte. Es la eutanasia constitucional.

VIUDA. — Es un crimen...

DETECTIVE. — Es la investigación. Un hombre con una puñalada ya no le interesa a la autoridad. Pertenece al pasado de la ley humana y al futuro de la ley divina. Si se le toca, se borrarán las huellas dactilares y cuanto se requiere para descubrir al delincuente. El muerto es de Dios. El asesino es el objeto de los cuidados de la autoridad.

VIUDA. — Pero lo primero debe ser tratar de salvar a la víctima.

DETECTIVE. — A la víctima del asesino. Pero una vez asesinada la víctima, lo que interesa es la víctima de la sociedad para los efectos del asesinato del asesino.

AGENTE (*en secreto, a la VIUDA*). — Señora... ¿No conoce usted a esa señorita? (*Le señala, disimuladamente, a la "femme qu'on cherche", que está abstraída.*)

VIUDA (*observándola*). — No. No la conozco. ¿Por qué?

AGENTE. — Me parece rara.

(*Se oye el silbido de una sirena. La gente se alinea.*)

HOMBRE CURIOSO. — El juez y el médico.

MUJER CURIOSA. — Pobrecitico... menos mal que no lo mataron en día de fiesta.

(*Por la derecha entran precipitadamente el JUEZ, el MÉDICO, el COMANDANTE DE LA POLICÍA, dos agentes. Detrás*

*de ellos, secretario, periodistas y fotógrafos. Los periodistas empiezan a preguntar al grupo y tomar notas, el fotógrafo toma vistas.)*

JUEZ (*al AGENTE, que se cuadra ante todos*). — ¿Cómo es la cosa?

AGENTE (*al COMANDANTE DE LA POLICÍA*). — ¿Puedo hablar, mi comandante?

COMANDANTE. — Hable. Y dirijase al señor juez de Instrucción.

AGENTE (*al JUEZ*). — Yo estaba en la otra esquina. Oí un grito y luego un pitazo de policía. Acudí y encontré a ese caballero en la misma posición en que se halla. Junto a él estaban varias personas aquí presentes.

JUEZ. — ¿Estaba vivo?

AGENTE. — Sí, señor. Pero él mismo me dijo que lo habían matado.

COMANDANTE. — ¿Y usted lo cree muerto?

AGENTE. — En la hipótesis, mi comandante.

JUEZ (*al DOCTOR*). — Proceda, doctor. (*Al AGENTE*.) ¿No le mencionó a su atacante?

AGENTE. — No, señor juez. Le pregunté, pero la cabeza se le cayó. Después llegó el señor y dijo que ya estaba muerto. (*Señala al DETECTIVE*.)

JUEZ. — ¿Y el señor examinó el cuerpo?

AGENTE. — Lo examinó muy bien.

JUEZ. — ¿Y quién es el señor?

AGENTE. — Pues el señor es... oiga, ¿quién es usted?

*(Violento y asustado.)*

DETECTIVE. — Yo... pues un ciudadano... periodista...

AGENTE. — Pero usted no es autoridad.

MUJER CURIOSA. — A lo mejor es un detective...

DETECTIVE (*mira a la mujer, duda y se decide*). — Bueno... pues, me gusta la investigación...

JUEZ. — ¿Aficionado, no? Y como aficionado, embrollón.

COMANDANTE. — Y como periodista, agitador...

DETECTIVE. — Con su permiso, señor comandante. Yo soy un hombre serio. Vine aquí de buena fe. El señor agente me permitió...

AGENTE. — Como llegó empujando y mandando...

DETECTIVE. — Señor comandante, la aparición, la apariencia y la resolución son el origen de la autoridad. Para el señor agente, yo fui la autoridad de la hipótesis. Pero, puedo ayudar. He observado algo.

MÉDICO (*que ha estado examinando el cadáver, regresa al grupo de JUEZ, etc.*). — Está muerto.

MUJER CURIOSA. — Pobrecitico. Ahora sí es verdad que no lo salva nadie.

JUEZ. — ¿Qué ha encontrado, doctor?

MÉDICO. — Ya hablaremos. Por ahora es imprescindible su traslado al hospital.

VIUDA. — Pero aquí está su casa. El acababa de salir de aquí. ¿Por qué no llevarlo a su cama?

JUEZ. — ¿La señora?

AGENTE. — La señora viuda del difunto.

JUEZ. — Acompañándola en su condolencia, mi señora. ¿Estas damas?

VIUDA. — Una prima... y una... doméstica.

JUEZ. — Lamentándolo mucho, señora, estos casos producen formalidades duras, pero necesarias. Tratándose de las posibilidades de una muerte violenta, el cadáver deberá ser llevado al Hospital, a fin de que el médico legista practique la autopsia. En seguida será traído a la casa. Mientras tanto, me permito suplicarle a usted que vuelva a su hogar. Yo la seguiré a fin de hacerle algunas preguntas de rutina, realmente imprescindibles para que el asesino de su esposo, si este es el caso, sea alcanzado por la justa venganza de la sociedad.

VIUDA. — ¿Y la autopsia no podría hacerse en la casa?

**DETECTIVE** (*con frescura respetuosa*). — Imposible, señora. La ida al Hospital es una obligación del cadáver. Su marido está cumpliendo con su deber. (*La VIUDA y damas se retiran.*)

**JUEZ** (*ha mirado al DETECTIVE con asombro. Al marchar la VIUDA, prima y criada, habla*). — Oiga, joven, usted me dijo que podría ayudarme en la instrucción. Un momento. (*Al COMANDANTE.*) Hágame el favor, Comandante, de colocar dos agentes por aquí para que no dejen pasar a nadie por esta acera. Y usted (*al AGENTE*) tome los nombres y domicilios de todos los presentes para cuando pasen a declarar a esta misma casa en cuanto terminemos aquí. Bueno, joven. (*Al DETECTIVE.*) ¿Qué observaciones son esas que usted ha hecho? Empiezo por suponerlo detective aficionado.

**DETECTIVE**. — Gracias, señor Juez de Instrucción. Pues como le decía, nunca se sabe dónde está la autoridad.. Está en un pito de policía soplado por ese niño. (*Señala al niño; el AGENTE se asombra.*) A cada paso, el hombre va creando mitologías...

**JUEZ**. — Bueno, no nos vaya usted a decir conferencias. Vamos al grano. ¿Qué encontró usted?

**DETECTIVE**. — Encontré un reloj de pulso en la muñeca del interfecto. Estaba parado en las cuatro. Y al auscultar su pecho, encontré un reloj de bolsillo en el bolsillo izquierdo del chaleco. Este reloj andaba y marcaba las cuatro y cuarto. Como principio de un misterio, no me parece mal.

**JUEZ**. — Guarde eso para su novela policial. ¿Tiene algún sospechoso?

**DETECTIVE**. — Ninguno.

**AGENTE**. — Con su permiso. El señor no está diciendo la verdad. Hay una señorita sospechosa. Viene, se va, tiene un aspecto y unos movimientos que, con su permiso, me encocoran. Y el señor lo sabe... Aquélla. (*La "Femme*

*qu'on cherche" ha andado en entradas y salidas y está en un extremo del proscenio en actitud abstraída, mirando al suelo.)*

DETECTIVE. — En realidad... no niego que es extraña... pudiera ser una asesina... una turista. Se parecen.

JUEZ. — Bien. (*Al AGENTE.*) Vigílela. (*Aparte, al COMANDANTE.*) Y a este aficionado, hágamelo vigilar también. (*Señala al DETECTIVE.*)

COMANDANTE. — All right.

JUEZ. — En realidad, eso de los dos relojes me intriga...

MUJER CURIOSA (*al grupo*). — La verdad es que el único que sabe lo que hace es el detective.

HOMBRE CURIOSO. — Para eso estudió.

MUJER CURIOSA. — Seguro. Ese es el que va a descubrir... ¡Ay, a mí me encantan los descubrimientos!

HOMBRE CURIOSO. — Es la primera vez que veo un detective... (*Como embobado.*)

MUJER CURIOSA. — Ya usted vé. Un juez, un médico, un comandante de policía, un automóvil. Y no saben lo que hacen. Pero les dan los puestos. El otro estudia lo suyo y es el que garantiza al pueblo. Los demás, caballeros, pura influencia.

HOMBRE CURIOSO. — Verdaderamente que a mí me contenta eso. Hasta soy capaz de alegrarme de que hayan matado a ese señor. Por lo menos ha sido causa de que por fin haya aparecido un verdadero detective en este país. Porque aquí lo que tenemos hasta ahora son unos vagabunditos que no saben más que molestar a la gente honrada.

MUJER CURIOSA. — Es que da gusto. Y no es por nada. Pero uno lo ve así y parece un detective de esos de las novelas. Cuántos crímenes se irán a descubrir ahora, que los policías que tenemos no han hecho más que embrollar.

(*El DIFUNTO ha mirado atentamente a los dos personajes anteriores.*)

HOMBRE CURIOSO. — Así es. El mozo tiene cara de faculto. Este como que va a desenredar la cosa.

*(El DIFUNTO se levanta. Va hacia el DETECTIVE. Se devuelve. Recoge su sombrero y regresa. Se sitúa detrás del DETECTIVE y así le sigue como sombra hasta las escenas finales en las que se sentará como se indique.)*

AGENTE SEGUNDO *(en la extrema izquierda. Dialoga con alguien que no se vé).* — ¿Yo, que voy a saber?

AGENTE SEGUNDO *(como si le hubieran contestado).* — Sí. Parece que lo mataron. Pero mire, señora, mejor es que no se meta en eso. *(Pausa.)* ¿Quién? ¿Yo? Yo soy la autoridad en esta esquina. Pero la cosa es allá. *(Pausa.)* ¿Cómo dice? ¡Quién sabe! Bueno, retírese, señora. Hágame caso a la autoridad.

AGENTE TERCERO *(en el otro extremo. Como si le hubieran preguntando).* — Eso es lo peor. Resulta que la señora es la negra y la sirvienta es... bueno... *(Pausa.)* ¿Cómo? *(Ríe.)* Es favor que usted me hace. *(Pausa.)* No, mi punto fijo no es éste. *(Muy zalamero.)* Y si yo fuera el muerto, ¿ni siquiera una lagrimita? ¿Mi punto fijo? Los Caobos. Yo siempre pido las casas de abastos. Eso de pulperías es para los reclutas.

*(Mientras se desarrollan estos diálogos, el JUEZ, COMANDANTE, DETECTIVE, etc., forman grupo que gesticula. La "Femme qu'on cherche" y el DETECTIVE se han mirado largamente varias veces. Se deja a los actores la faena.)*

JUEZ. — ¿Y esa mujer?...

COMANDANTE. — Parece algo.

DETECTIVE. — Algo sospechoso, dirá usted, Comandante. Porque, por lo demás, es algo. Y algo es algo.

COMANDANTE. — A lo mejor es lo que llaman "una mujer pública".

DETECTIVE. — A lo mejor, no. Porque un hombre público

es un hombre de quien no se sabe nada. Y una mujer pública es una mujer de quien se sabe todo.

COMANDANTE (*rie*). — A veces.

DETECTIVE. — A veces. Pero yo prefiero la mujer pública al hombre público. Es más decente.

JUEZ. — ¿Le parece?

DETECTIVE. — Desde luego. Como base, ambos viven del público. Pero mientras a la mujer pública le interesa el público, al hombre público le interesa la publicidad. Luego, para la mujer pública, el hombre es lo público y para el hombre público, la mujer es lo privado. Y lo público de la mujer es casi siempre más decente que lo privado del hombre público.

COMANDANTE. — Usted como detective será un aficionado, pero como fresco, es un profesional.

DETECTIVE. — Señor Comandante, no me negará usted que los periodistas necesitan un poco de frescura, como los Comandantes un poco de campaña.

JUEZ. — Un asesinato no es cosa de chistes.

DETECTIVE. — No hay chistes en el ingenio, señor Juez. Además, un asesinato es un hecho militar. Una guerra es un compuesto de un millón de asesinatos. El asesinato fue la expresión molecular de la guerra. Así como la guerra ha venido a ser la expresión atómica del asesinato.

*(Mientras este diálogo se realiza, el AGENTE ha estado tomando nombres de los presentes.)*

JUEZ. — Bueno, ya basta de filosofías. A ver si van pasando a la casa para comenzar la instrucción.

COMANDANTE. — ¡Agente! (*El AGENTE acude y saluda.*) ¿Ya tomó los nombres?

AGENTE. — Faltan dos apenas.

COMANDANTE. — Que vayan pasando todos a la casa, a medida que le den las señas.

(El AGENTE procede a cumplir la orden. Los curiosos van entrando a la casa. Quedan en escena el JUEZ, COMANDANTE, DETECTIVE, un curioso, la "Femme qu'on cherche", agentes. El AGENTE está interrogando a la mujer curiosa y al terminar, ella entrará a la casa. Durante todo lo que va del acto, la "Femme qu'on cherche" hará salidas y entradas, adoptando siempre la misma actitud intrigante. Finalmente, quedará a extrema izquierda como abstraída.)

JUEZ. — Antes de levantar el cadáver, podemos resumir lo que sabemos. Un caballero que, al decir del señor (*señala al CURIOSO*) y de su viuda, habita en esta casa. Sale de ella y al llegar a la reja da un grito y cae. Pudo ser un síncope, una angina de pecho o el final de un asesinato perpetrado antes, ya que no parece estar herido, ¿verdad, Doctor?

DOCTOR. — Así es. En el Hospital podremos ratificar o rectificar con un examen más cuidadoso y detallado.

JUEZ. — Bien. No tenemos más razones para creer en hecho delictuoso, que las últimas palabras del occiso. Según el agente de policía, este hombre antes de morir dijo que le habían matado. He allí lo único que hace presumir un caso violento. ¿Estamos de acuerdo?

DETECTIVE. — Y al asunto de los dos relojes.

JUEZ. — Exactamente. Un reloj en las cuatro y otro en las cuatro y cuarto. Uno parado y otro andando. Fuera de esto...

COMANDANTE. — Fuera de esto tenemos una dama sospechosa...

MÉDICO. — Una viuda rara...

COMANDANTE. — Una prima espantada...

DETECTIVE. — Una "bonne pour tout, epatant".

COMANDANTE. — ¿Qué es eso?

DETECTIVE. — Una criadita buenísima...

JUEZ. — Y un muerto elegante y guapo... (*al CURIOSO*).  
¿Usted le conocía?

CURIOSO. — Claro. Y usted también. Ese es Pino, el orador.  
JUEZ. — ¡Hombre! Lo conocía de nombre, pero nunca pude oírlo ni verlo.

(*Miran al DIFUNTO y asienten.*)

CURIOSO. — Yo fuí jardinero de esta casa.

JUEZ. — ¡Ah! Ya eso es algo... ¿Qué tal de costumbres?

CURIOSO. — Era un hombre bueno con el servicio. Gastador.

Eso que llaman un hombre abierto. Llegaba tarde a veces.

Me daba la impresión de un caballero parrandero y amigo de las mujeres.

DETECTIVE. — Comienzo de tragedia.

MÉDICO. — O de comedia...

JUEZ. — Eso lo veremos. A lo mejor es mucho y a lo mejor es nada...

DETECTIVE. — Yo insisto en lo de los dos relojes.

COMANDANTE. — Un hombre con dos relojes; uno parado y otro andando. Uno a las cuatro y otro a las cuatro y cuarto. ¿Y qué hora era cuando el reloj marcaba las cuatro y cuarto?

MÉDICO. — En mi reloj eran las cuatro y media.

JUEZ. — Atrasado. Pero ésa no es razón para que lo maten a uno.

DETECTIVE. — Si ese hombre hubiera sabido la hora, seguramente hubiera salido a otra hora.

COMANDANTE. — Hubiera salido un cuarto de hora después.

MÉDICO. — Y lo hubieran matado un cuarto de hora después.

DETECTIVE. — Pero por lo menos lo hubieran matado con puntualidad. ¡Qué informalidad!

(*El AGENTE está tomando datos a la "Femme qu'on cherche".*)

AGENTE. — ¿Y no me puede decir ni su nombre?

FEMME (*voz reconcentrada*). — Le repito que iré a la casa y allí diré mi nombre y lo que quieran.

AGENTE. — Pero la orden de la autoridad es que me lo diga a mí.

FEMME. — También el Juez y el Detective son autoridad.

AGENTE. — ¿El Detective? En la hipótesis...

JUEZ. — ¿Están los cancilleres?

AGENTE. — Si, señor. (*Llama y entran dos camilleros con camilla.*)

JUEZ. — Llévelo al Hospital. Con el Doctor.

(*Movimiento. Dos hombres van hacia el sitio donde estaba el cadáver hacen como que lo levantan por hombros y pies, con los debidos esfuerzos y desfilan con la imaginaria carga. Ya al salir, el DETECTIVE los llama, señalando al suelo. El MÉDICO se va con los camilleros.*)

DETECTIVE. — El sombrero. (*El AGENTE hace como que recoge un sombrero.*)

JUEZ. — Bueno, vamos a la casa.

COMANDANTE. — Vamos. Todos adentro. (*A los que quedan.*)

DETECTIVE. — Con su permiso. (*Camina, lentamente, hacia la FEMME. El DIFUNTO le sigue. El AGENTE permanece a distancia, vigilando. JUEZ, etc., entran a la casa, quedando sólo DETECTIVE, FEMME, DIFUNTO y AGENTE.*) — Señora...

FEMME (*voz profunda*). — Señorita... ¿Qué desea?

DETECTIVE. — Tenga la bondad de decirme qué hora es en su reloj. (*Voz profunda.*)

FEMME (*mira su pulsera*). — Está parado... en las cuatro.

DETECTIVE (*espantado*). — ¿En las cuatro? (*El AGENTE se rasca la cabeza. El DIFUNTO está desconcertado.*)

FEMME. — En las cuatro... (*Voz reconcentrada.*)

DETECTIVE. — ¿Conocía usted al Difunto?

FEMME (*antes de contestar una pausa que haga parecer dubitativa su respuesta. Mira a lo lejos y su palabra es lenta y ronca. Después de un silencio, mueve la cabeza lenta-*

- mente, en gesto negativo y responde). — No... no le conocía...
- DETECTIVE. — ¿Tenía algún interés en él?
- FEMME (con iguales pausa y voz). — No... no tenía interés... (Siempre mirando a lo lejos.)
- DETECTIVE (no deja de mirarla como estimando su hermosura). — Existe una relación indudable entre su presencia aquí y el acontecimiento que aquí se desarrolla. ¿Cuándo llegó la señorita aquí? (Al AGENTE.)
- AGENTE. — Casi cuando llegó usted.
- DETECTIVE. — ¿Y cuando llegué yo?
- AGENTE. — Después de que llegara yo.
- DETECTIVE. — ¿Y cuándo llegó usted?
- AGENTE. — Cuando me llamó el pito...
- DETECTIVE. — Todos estábamos cerca. ¿Dónde estaba usted, señorita?
- FEMME (en igual tono al que viene usando). — Hace tiempo...
- DETECTIVE (comiéndosela con los ojos). — Ese hombre tenía dos relojes. Uno de ellos estaba parado en las cuatro, como el de usted...
- FEMME (misteriosa). — ¿Y el otro?...
- DETECTIVE (acariciador). — El otro... andando... en las cuatro y cuarto... atrasado...
- FEMME. — Coincidencias... (Sorda. El DIFUNTO se sienta en la acera, amodorrado.)
- DETECTIVE (arrobador). — ¿Qué hora creía ese hombre que era?
- FEMME (profunda). — Su última hora...
- (DIFUNTO, AGENTE y DETECTIVE dan muestra de estupor.)

DETECTIVE. — Ese hombre no supo a qué hora lo mataron. (Mirándola fijamente.) Si se hubiera dado cuenta de la hora, quizá hubiera dicho: Hombre... ya son las cuatro

y cuarto y no tengo tiempo... Y se hubiera quedado en casa... Y no tengo tiempo... ¿de qué?

FEMME. — ¿De qué? La muerte no tiene hora fija...  
(Honda.)

AGENTE. — Y si los muertos hablaran... (Va a sentarse junto al DIFUNTO.)

DETECTIVE (misterioso). — Los muertos hablan... y andan... Yo lo siento aquí... quiero saber quién lo mató.

Por favor, señorita, si usted lo mató, no me lo niegue...

FEMME (le mira largamente). — Usted está loco...

DETECTIVE (enamorado). — Hace años... Confíese...  
(Acariciador.) Yo no se lo diré a nadie...

FEMME (le mira largo). — ¿Tengo cara de asesina?...

DETECTIVE. — Es usted... divinamente sospechosa...

FEMME (por la primera vez sonríe, agradecida). — Gracias... (Suspira.)

(Suspira.)

DETECTIVE (enamorado). — De nada...

AGENTE. — Francamente...

DETECTIVE (vuelve en sí). — Y hablando de todo. ¿Lo mató? Yo lo hubiera matado... (El DIFUNTO se sobresalta.)

FEMME (insinuante). — ¿No es usted el Detective? ¿El primer detective que aparece en este país de asesinados sin descubrimiento? Pues investigue usted, indague, sígame, estúdieme, ésa es su obligación. ¿O pretende usted ser un detective a quien le hagan todo el trabajo los asesinos?...

DETECTIVE. — A mí no me interesa que a ese señor lo haya matado cualquier otro. Lo que necesito saber es si lo mató usted. Necesito un poco de complicidad. Me hace falta un régimen de encubrimiento...

FEMME. — Cada cual en su oficio. El de usted es descubrir...

DETECTIVE. — Prefiero los conquistadores a los descubridores. Ya saben el camino. Pero así es mi suerte. En este país todo está por descubrir, hasta los asesinatos. A ese

hombre lo mataron para que yo la encontrara a usted. Y ahora es el inconveniente para que yo no vuelva a encontrarla. Es un perro sentado a la puerta de su casa, para no dejarme entrar...

FEMME. — Un detective desesperado significa un crimen impune... A lo mejor...

DETECTIVE. — A lo mejor no hay tal asesinato. O se trata de un suicidio. Sospecho que esto es el comienzo de una tragedia... o el principio de una comedia...

FEMME (*sonríe*). — En cualquier caso, usted se cree el director de escena... (*Le mira cariñosa.*) Bueno, levante el telón...

DETECTIVE. — Tengo tan mala suerte y tan poca autoridad, que a lo mejor mando a levantar el telón... y lo bajan. (*Se miran.*)

## TELON LENTO

### SEGUNDA EDICION

*Escenario triple. Dos pisos. En el de abajo, dos pequeños salones separados por una pared. El de la derecha es un despacho con mesa y sillas como para la actuación del JUEZ. Decorados apropiados. El de la izquierda es un gabinetito de "garçonniere", elegante y discreto. Ambas estancias tienen teléfono. El piso de arriba es la región de los fantasmas. O cielo o buhardilla. Preferible una decoración infantil de nubecillas y lienzos azules, como un ingenuo rincón celestial. O mejor, la portería del cielo. Cada escenario se iluminará según las acotaciones.*

*El JUEZ está presidiendo ante la mesa. A un lado, el SE-  
CRETARIO escribe. Está iluminado el escenario de la derecha,*

*abajo. Los demás, a oscuras. Ante el JUEZ está la VIUDA. Hay un momento de silencio antes del diálogo.*

VIUDA (*lentamente*). — Sí, señor, usted tiene sus razones, que son las razones de la Ley. Yo no tengo más que la razón de mi muerto, que es la Ley de los que han perdido la razón.

JUEZ. — Sobrepóngase usted, en un esfuerzo por ayudar a sus semejantes a defenderse.

VIUDA. — ¿A defenderse de qué?

JUEZ. — De un peligro social. Usted ha perdido a su esposo. Es una horrible desgracia inevitable. Usted siente que ese golpe rompe los hilos que la unen al mundo. Pero ese mundo en el que usted vive, está lleno de inocentes que le piden a usted ayudarlos a salvarse de la desgracia que a usted misma le ha ocurrido. Que el que la hizo a usted infeliz no pueda hacer infeliz a otro de sus semejantes.

VIUDA. — Si yo pudiera salvar al mundo de sus peligros, lo haría, pero yo no sé nada ni se hacer nada para salvarlo. Ni siquiera para salvarme... Me hablan del hilo de la Ley, de la pista del criminal, del cuerpo del delito. Yo soy un hilo roto y un cuerpo muerto.

JUEZ. — ¿Cuánto tiempo llevaban de casados?

VIUDA. — Cinco años.

JUEZ. — ¿No eran muy conocidos en esta región?

VIUDA. — No. Vivimos en la capital. Tenemos esta casa de campo y otra en la playa. Hemos venido por temporadas. Traemos todo el servicio, con excepción del jardinero, que es de aquí. No tenemos relaciones en este sitio, pero a él le gustaba cada vez más... para mí.

JUEZ. — ¿Para usted? ¿Y para él... no?

VIUDA. — El prefería la ciudad...

JUEZ. — ¿A qué actividades se dedicaba su marido, además de la política?

VIUDA. — Era arquitecto, pero no ejercía... Rentista y político.

JUEZ. — Político de izquierda. Buen orador...

VIUDA. — Admirable... Sugestionador.

JUEZ. — Su actuación política hubo de traerle enemigos. ¿Cree usted en alguna relación con su muerte? ¿Alguna amenaza reciente? ¿Esperaba algo en su contra? ¿Sospechaba de alguien?

VIUDA (*evasiva*). — No sé... posiblemente...

JUEZ. — ¿No puede usted darme otros datos que tal vez nos ofrecieran una luz?...

VIUDA. — Nada..., yo no sé nada...

JUEZ. — Pero algo puede decirnos de su vida anterior... algo de esos cinco años de matrimonio... algo, en fin, de lo que pudiéramos sacar elementos... Cualquier detalle podría ser el punto de partida de una enemistad, de un odio...

VIUDA. — Todo eso serviría para la acción de los Tribunales de la tierra... A mí ya no me interesa nada de eso. Ya no tengo más oficio que rezar por él, que debe estar llegando ahora a presentar sus cuentas en el Supremo Tribunal... Allí, allí arriba... (*Alza el brazo y con índice señala el cielo.*)

*(A ese gesto de la VIUDA, se oscurece el escenario bajo y se ilumina el de arriba. La portería del Cielo. Un señor de blancas barbas, con llavero a la cintura está sentado ante una mesa, anotando en un libro de entradas. Ante él está el DIFUNTO, con su sombrero en la mano y bastante cansado.)*

SERENO. — Arquitecto... Político... ¿País de procedencia?

DIFUNTO. — Venezuela...

SERENO. — ¿Causa del fallecimiento?

DIFUNTO. — Asesinato...

SERENO. — ¿Asesinato en Venezuela?... Autor desconocido...

DIFUNTO. — Me gustaría saber quién me mató.

- SERENO. — Parece que por allá no han tenido nunca un verdadero investigador criminal...
- DIFUNTO. — No. Pero tenemos muchas autoridades... Y, me hace el favor, ¿tienen muchas formalidades aquí con los muertos?...
- SERENO. — La Aduana Celestial no ha modificado ni su sistema policial ni su sistema arancelario. Tantos pecados por kilo, tantos días de cuarentena. Pecados de prohibida importación, al Infierno... No hay formalidades sanitarias...
- DIFUNTO. — ¿Pecados por kilo?
- SERENO. — Pues claro. A un kilo de niño no se le puede aplicar la misma tarifa de responsabilidad que a un kilo de Sultán de Turquía, por ejemplo...
- DIFUNTO. — ¿Pero empieza uno a sufrir de una vez?
- SERENO. — Se concede una semana de vacaciones a los recién llegados, mientras se alivian las penas de la agonía. Además, los asesinatos gozan de atenuantes en vista de que les fue arrebatado el lapso de arrepentimiento. Mientras dura su semana de vacaciones, será instruido el sumario y confeccionado su expediente premial y penal.
- DIFUNTO. — ¿Hay un solo Sereno?
- SERENO. — Somos millares. Yo sólo recibo venezolanos asesinados.
- DIFUNTO. — ¿Los políticos de izquierda están mal vistos?
- SERENO. — Menos de lo que usted se figura. En cambio, los Donjuanés no están bien, y usted dispense...
- DIFUNTO. — ¿Y durante esta semana, podría conversar con alguien?
- SERENO. — Claro que sí. Siempre vienen de los diversos departamentos celestiales numerosos vagos a recibir a sus compatriotas. Curiosos irredentos... Y hasta podrá usted mirar un poco hacia abajo...
- DIFUNTO. — ¿Hacia la tierra? ¿Hacia mi casa?
- SERENO. — Si usted gusta... A ver... *(Se asoma al bal-*

*concito y mira hacia abajo.) ¿Le interesa a usted su señora?... (El DIFUNTO se asoma.)*

*(Se apaga la luz en el Cielo. Se enciende abajo. La VIUDA acaba de levantarse y va saliendo de escena. Se cruza con ella la PRIMA. Se miran, con recelo.)*

*(La PRIMA se sienta frente al JUEZ.)*

JUEZ. — ¿Es prima del difunto o de la viuda?

PRIMA. — De la viuda.

JUEZ. — Yo habría jurado que era prima de él...

PRIMA. — Nunca se debe jurar de prisa...

JUEZ. — ¿Ha vivido usted siempre con su prima?

PRIMA. — No. Les acompañó sólo en las temporadas de playa o de campo.

JUEZ. — ¿Puede usted darme algún dato que ayude a la Justicia con respecto a la posible causa de la muerte?

PRIMA. — No tengo nada que decir.

JUEZ. — ¿Porque no sabe o porque no quiere?

PRIMA. — Porque no sé. Y porque si supiera algo, no se lo diría.

JUEZ. — ¿Por qué?

PRIMA. — Las mujeres les tienen mucho miedo a los Jueces. El pecado original.

JUEZ (*ríe*). — Dígame algo acerca de la vida en general de su primo político.

PRIMA. — Pues era eso... un primo... político. Como político no era un primo, pero como primo era lo que era...

Un político.

JUEZ. — ¿Hombre falso?

PRIMA. — Hombre... Sincero, falso, pleno y vacío, grande y mínimo... Dictador por vocación y socialista por conveniencia... Simpático...

JUEZ. — Seductor...

PRIMA (*duda y por fin se atreve*). — Seductor... Si usted no fuera Juez, sino, un simple Detective de novelas, po-

dría hacerle una página literaria sobre mi primo el Conquistador...

JUEZ. — Conquistador de corazones...

PRIMA. — Y de muchedumbres. Lo mismo engañaba a éstas y aquéllos. Y no se daba cuenta. No era, en realidad, un hombre malo. No sabía lo que hacía. Disociaba, como un grito de miedo en un hotel.

JUEZ. — ¿Usted es poeta?

PRIMA. — Y periodista...

JUEZ. — ¿Y él... fué para usted?...

PRIMA (*tras breve pausa*). — Un reportaje indiscreto... y ahora... una nota de Sucesos...

JUEZ. — No parece que usted lamentara mucho su muerte...

PRIMA. — ¿Lo cree usted así?... Volvamos al reportaje. Era egoísta. Infantilmente egoísta. Los demás le interesaron como tornillos de su máquina. Y los aceptaba bien. Generoso; espléndido; afectuoso; fascinados. Era un buen vivo.

JUEZ. — ¿Un vivo, en el mal sentido?

PRIMA. — No. Digo que era un buen vivo. Un vivo bueno. Para decir que también es un buen muerto. (*Con rencor.*)

JUEZ. — Hable usted... como si yo fuera un Detective... Aunque me esté mal decirlo, soy un hombre bueno...

PRIMA (*ganada*). — Está bien muerto. No era un criminal y hacía crímenes, como quien hace pompas de jabón... (*Se pone de pie.*) Con un alto concepto de su honor y un sórdido olvido del corazón ajeno... Una tarde llegó a su garçonniere una mujer... muy poco...

(*Se oscurece este escenario y se ilumina el de al lado, abajo. En la garçonniere, coqueta y discreta, el DIFUNTO, de frente al público, abraza y besa a una mujer que acaba de entrar y está de espaldas. Hay penumbra. El DIFUNTO le quita el abrigo y el sombrero. Vuelve a besarla, siempre ella de espaldas al público. Ella resiste a las caricias. Algo molesto, él la aparta.*)

DIFUNTO. — ¿Para esto has venido?

DAMA. — No. Para otra cosa. Ayer estuvo en este mismo sitio otra mujer.

DIFUNTO. — ¿Otra mujer? ¿Quién te ha dicho eso?

DAMA. — No interesa. Es inútil discutir eso. Lo sé. Me dijiste que este era nuestro nido. Tuyo, mío y no más.

DIFUNTO. — Y así es. Ciertamente, una muchacha entró aquí, por equivocación. Acostumbro venir aquí a escribir, a estudiar, a preparar mis discursos. La soledad de este rincón... y tu recuerdo, me ayudan a trabajar...

DAMA. — ¿Sí? Y esa muchacha tardó una hora en descubrir que estaba equivocada. Una hora pasó aquí... en tu soledad... y en mi recuerdo...

DIFUNTO. — Entraría en otra habitación del mismo edificio...

DAMA. — No. No salió de aquí. Y mira, esa muchacha es hija de uno de tus compañeros de partido, de un pobre trabajador que te sigue, que te aclama, que te adora, que podría matarse por ti...

DIFUNTO (*conciliador*). — No discutamos. Una muchacha romántica, un poco envenenada por mis discursos. Cometió la locura de venir... de insinuarse... Pero yo supe comportarme. Puedes estar segura. Tú eres única para mi sentimiento...

*(La abraza. Ella, poco a poco, cede.)*

DAMA (*con quebranto*). — Soy muy débil contigo... *(La besa. Pausa.)*

DIFUNTO (*después de mirar el reloj*). — Espera... Esta tarde será nuestra. Y cenaremos juntos aquí. *(Ella se sienta en el brazo de una silla, siempre de espaldas. El marca un número en el teléfono. Pausa.)* ¿Aló? Sí. Muy ocupado. Estoy en las oficinas del Partido. Sí, pero salgo dentro de un instante para una conferencia en la Seccional de San José. Por eso te llamo, nena. No puedo ir a cenar...

¿Las entradas para el cine? ¡Ah, sí! ¡Cuánto lo lamento! Pues que se pierdan las entradas. Te llevaré mañana. Cena y te acuestas... ¿Al cine?... ¿Con quién?... Ya sabes lo que te he dicho... Sí, mañana... Un beso... Duerme tranquila... Hasta luego, nena... (*Corta y suspira.*)

DAMA. — ¿Por qué no vas con tu mujer al cine?

DIFUNTO. — Porque esta noche es para mí... y para ti...

DAMA. — Y si no la quieres a ella... ¿por qué, no le permites que vaya al cine sola o con alguna compañera... para que se distraiga?

DIFUNTO. — No me gusta...

DAMA. — Pero procedes siempre como si la celaras. Y el que cela a una mujer es porque la quiere...

DIFUNTO. — O porque...

DAMA. — O porque se quiere demasiado a sí mismo. ¿Has visto "El Abanico de Lady Windermere?" ¿O mejor... "El nome del marido"... El nombre del marido, aquella comedia magnífica del italiano Giacosa? El hombre que mantiene a su mujer encadenada por prejuicios, cuidando su honor, su nombre... ¡el nombre del marido!... Mientras el marido disipa ese mismo nombre en todas las aventuras galantes... O eres un egoísta brutal... o la quieres...

DIFUNTO (*sonríe cínicamente*). — ¿La quiero?... ¿La has visto bien?... ¿Crees que podría inspirar una pasión... y menos un amor? Lo que pasa es que soy un hombre público... y tengo que cuidarme. La política está llena de acechanzas...

DAMA. — La política... tu política...

DIFUNTO (*mirando nuevamente al reloj*). — Un momento... Vamos a escucharme un poco... (*Enciende la pequeña radio que habrá sobre una mesilla. Pausa.*)

VOZ DE LA RADIO. — ...A numerosas peticiones, ofrecemos la grabación del magnífico discurso pronunciado por el

distinguido orador político arquitecto Ramón Pino en la concentración popular de anoche... Con ustedes el arquitecto Pino... (Pausa.)

VOZ DEL DIFUNTO EN LA RADIO. — Compatriotas... Una vez más vengo a decirlo. Nuestra lucha no es un simple y mezquino pugilato por el poder. Nuestro combate sin tregua es una larga batalla por la decencia pública, por la derogación de la injusticia, por la liquidación de la inmoralidad. Nuestra lucha surge de los campos desolados, donde el campesino suda, calla y sufre; de las tragedias del taller donde el obrero se encorva, enfermo y mal pagado... de los hogares mismo del compatriota sin fortuna, cuyo pan está a merced de las empresas voraces, cuyos hijos viven frente al peligro del reclutamiento forzoso, cuyas hijas, esposas y hermanas están, día tras día, ante la acechanza de los apetitos bestiales del poderoso, del capataz, del comisario sin escrúpulos...

DAMA (violentamente apaga la radio). — ¡Cállate!... Tu política... ¡Todavía huele aquí a la hija de un trabajador!... (Llora.)

(Se apaga el escenario de la garçonniere. Se enciende el escenario del saloncito. La PRIMA está frente al JUEZ.)

JUEZ. — ¿Y a esa mujer... usted la conoce muy bien?

PRIMA. — No... Un poco...

JUEZ. — Y... ¿Cómo sabe usted tantos detalles de una escena tan... íntima?

PRIM. — Pues... por casualidad... (Se levanta y sale. El JUEZ asiente malicioso.)

(Se apaga el escenario principal. Se ilumina el de arriba. El DIFUNTO está como avergonzado. El SERENO le mira, como reconviniéndole.)

SERENO. — Me parece que el caso de usted no es precisamente de beatificación.

DIFUNTO. — Pero es que no tuve tiempo de arrepentirme. Y usted mismo me dijo...

SERENO. — Eso lo ayuda un poco. Pero sus puntos buenos en la defensa de las clases trabajadoras, se encuentran a la orilla de un colapso.

DIFUNTO. — También he dado buena parte de mi fortuna para obras filantrópicas. Y he colaborado personalmente en numerosos actos benéficos...

SERENO. — De eso nos llega mucho por aquí. Políticos rapaces, comerciantes del quinientos por ciento, hombres y mujeres que gozaron de una tremenda capacidad para enriquecerse, dejaban siempre un medio por ciento para la caja de ahorros celestial. Prestaban a un interés abominable o vendían con ganancia escalofriante o escamoteaban los dineros públicos con descaro inmutable. Pero compraban palcos para las funciones caritativas, presidían las comisiones pro-víctimas, enviaban a sus niñitas a tocar, a bailar, a hacer comedias, a vender churros y horchatas en las tómbolas benéficas; enviaban ropa vieja a los leprocomios y otros lugares de dolor... y así iban llenando la alcancía de la gracia celestial y pagando, sin enganche y por cuotas, su parcelita azul. No han sabido dar más ni darse más. Y hasta hubo un tipo que, al no ser recibido en la mansión de los justos a cambio de unos mil pesos de limosna que había dado en total durante su vida, pretendía que le devolvieran sus mil pesos.

*(Un grupo de tres cadáveres aparece por el fondo y se acerca a los dos personajes. Son dos hombres y una mujer regordeta, entrada en años. El personaje denominado CADÁVER PRIMERO estará interpretado por el mismo actor del DETECTIVE y le será exacto hasta en la ropa. El CADÁVER SEGUNDO será la dama regordeta. El CADÁVER TERCERO será un hombre como de cincuenta y tantos años, alto, de bigotes lacios y con todo el tipo de un general empírico.)*

CADÁVER PRIMERO. — Con el permiso... (*Sus compañeros se acercan detrás de él.*) ¿Entiendo que es usted el nuevo asesinado venezolano? Permítanos usted saludarlo en nombre de la colonia...

DIFUNTO. — ¿Pero usted también ha muerto? Yo acabo de verlo a usted en la calle, al lado de mi cadáver.

CADÁVER PRIMERO. — Mera coincidencia. Llevo diez años de fallecimiento, caballero.

DIFUNTO. — Pero allí estaba un periodista y detective...

CADÁVER PRIMERO. — Ah, ya se explica. Todos los periodistas de sucesos nos parecemos hasta en las ropas. Con algo de poetas y de detectives. Soy poeta de Beatrices anónimas...

CADÁVER SEGUNDO (*le toca la mano*). — ¡Ay! ¡Todavía está calentito!...

DIFUNTO. — Es favor que usted me hace. Pero... ¿De veras ha visto usted un detective en mi país... un detective auténtico?

DIFUNTO. — No puedo asegurárselo a usted, señora... pero así parece.

CADÁVER SEGUNDO. — Y seguramente se encargará de esclarecer el asesinato de usted...

DIFUNTO. — Posiblemente...

CADÁVER SEGUNDO. — Entonces... podría usted hacer algo por nosotros...

DIFUNTO. — ¿En qué sentido?

CADÁVER PRIMERO. — Perdón. Nosotros, señor, somos asesinados venezolanos. Cuando le dije a usted que le saludábamos en nombre de la colonia, no fui bastante explícito. En realidad sólo representamos a los muertos sin autor conocido, que es también una clase venezolana de las más numerosas. Así como hay la colonia gallega y la colonia asturiana, hay la colonia, la independencia, la federación y el proletariado de la epopeya. Más de la mitad de mis compatriotas son hijos naturales, sin padre conocido, por

obra de la irresponsabilidad. Así mismo, la mayoría de mis compatriotas asesinados son muertos naturales, sin asesinatos legítimos. Apenas uno que otro muerto reconocido... por las guerras civiles. Aspiramos a que surja un detective que aclare nuestro origen sobrenatural y nos diga a quiénes debemos la eternidad prematura.

DIFUNTO. — Pero no veo la manera de que yo pueda ayudarlos...

CADÁVER PRIMERO. — Cuando usted esté aclimatado conocerá, como nosotros, las formas de comunicación entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Usted es un caso; usted es un cliente. Hay modos de que usted logre interesar a su detective en otros casos...

DIFUNTO. — ¿Manifestándose ante el vivo?

CADÁVER PRIMERO. — En cierta forma... Ya le explicaré a usted... Puede usted considerar por sí mismo... Se preguntaría: ¿Qué interés tienen estos señores muertos en saber quiénes los mató? ¿Y el correr de los años no borra tal interés, si existiera? Pues no señor. Usted acaba de morir. Usted es, para nosotros, un vivo, un recién llegado. Y está interesado en saber quiénes lo mató. Ese interés crecerá con los años. La curiosidad es inmortal. Este vestíbulo del cielo es como una estación de ferrocarril o un aeropuerto y a él acudimos cuando llega alguien que nos alimenta el interés. Y a este balcón vivimos asomándonos...

DIFUNTO. — Pero cuando llega alguien de allá abajo...

CADÁVER PRIMERO. — Cuando llega alguien de allá abajo, es casi un ser viviente. Cuando en la tierra matan a uno en la calle, los vivos corren y se agrupan en torno al cadáver, diciendo: ¡Un muerto! Aquí corremos los muertos y decimos: ¡Un vivo!

*(El CADÁVER SEGUNDO ha estado asomado al balcón. De pronto grita.)*

CADÁVER SEGUNDO. — Aquélla es la casa. (*Todos se asoman.*)

¿No es cierto?

DIFUNTO. — ¿No se oye nada?

CADÁVER PRIMERO. — Imposible. Hay que estar junto a ellos... ¿No se da usted cuenta de que estamos como del cielo a la tierra?

(*Se apaga el escenario celestial. Se enciende el de abajo, derecha. La CRIADA está ante el JUEZ.*)

JUEZ. — De manera que no sabe usted nada... Pero parece que no lamenta mucho la muerte de su patrono.

CRIADA. — Pues a mí no me puede alegrar que se muera ningún cristiano... pero...

JUEZ. — Pero... ¿qué?

CRIADA. — Pero... hay mucho cristiano que lo mismo es bautizarlos que echarle el agua al canario...

JUEZ (*toma notas y asiente*). — Puede retirarse... y no se aleje de la casa...

(*La CRIADA sale. Entra el AGENTE con el DETECTIVE. Detrás, el COMANDANTE DE LA POLICÍA.*)

COMANDANTE. — ¿Nada nuevo?

JUEZ. — Nada en claro. Estamos llenos de sospechosos. (*Al DETECTIVE.*) Bueno, amigo, contra usted, me complace decirle que no hay nada. Usted llegó, en realidad, cuando había mucha gente allí. Hasta ahora no es más que un caso de frescura.

DETECTIVE. — Frescura profesional y detectivismo amateur. Soy periodista de sucesos.

(*Suena el timbre del teléfono.*)

JUEZ (*por teléfono*). — ¿Qué hay?... ¿El detective? ¿Qué quiere usted con él? ... ¿Cómo?... Dígamelo en castellano... ¿Ajá?... Oiga... Oiga... (*Mirando al DE-*

TECTIVE.) Era una mujer con la voz algo forzada. Parece que trabaja para usted.

DETECTIVE. — ¿Para mí? No tengo ayudantes...

JUEZ. — Allá usted... Me dijo: "Dígale al Detective tres palabras: Cherchez la Femme. Busque a la mujer. Esto debe referirse a la mujer misteriosa que andaba rondando junto al cadáver. (Al AGENTE.) ¿Pero no la trajo usted?"

AGENTE. — Me dijo que vendría inmediatamente... y como no tenía órdenes de traerla...

DETECTIVE. — En realidad, es sospechosa... pero...

JUEZ. — Pero a usted parece que le gusta...

DETECTIVE. — No le negaré que me gustaría más verla en mi casa que en la cárcel... pero la verdad es que la sospecha judicial, como la periodística, está expuesta a todas las emociones...

JUEZ. — Explíquemelo mejor.

DETECTIVE. — Las sospechas de primera investigación son como las noticias de primera edición. Periodistas y público se envuelven en el aire emocional y las cosas son lo que la sugestión emocionada quiere que sean. Vea usted, señor Juez de Instrucción: La autoridad, en la mayoría de los casos, se crea por catálisis. Autoridad de Juez, de policía, de detective, y hasta la autoridad del sospechoso, porque se le supone dueño de un secreto. El que tiene un secreto es casi un Dios. Tiene el secreto de los casos y de las cosas. El señor Policía, aquí presente, oyó un silbatazo y creyó que era un silbatazo con autoridad... y era un niño que tocaba un silbato. Creyó que yo era Juez, porque fui un fresco; creyó que la viuda era la más blanca y la viuda era la más negra... y así sucesivamente, concibió la autoridad por sugestión catalítica, según la forma y color de los cuerpos que se le ponían al lado... Le traigo un ejemplo. Ahora he ido a casa y le he buscado una revista... Una revista (*mientras saca una revista del bolsillo*) hecha por mí. Una broma de confección casera,

realizada en la imprenta para dar broma a mis compañeros de trabajo. Vea usted. Son fotograbados y notas tomadas del archivo. He realizado algunos cambios y verá usted el resultado. Aquí está un retrato: La nota dice: Van Zeeland, primer Ministro belga, quien ha logrado formar gabinete. El retrato representa a un hombre de cabeza intelectual, de lentes montados al aire, de reposado mirar de hombre profundo. Pues bien, la foto, en realidad es de un francés que mató nueve mujeres y las enterró en su jardín. Vea este otro: Dice la nota: "En la mirada cínica, en el mentón caído, en los pómulos salientes, se adivina la bestialidad del asesino. Basta mirar esa cara para sentir todo el horror del crimen". Y la realidad, señor Juez, es que este retrato es del Premio Nóbel de Literatura de 1947, André Gide.

JUEZ. — Está muy bien. Pero también es cierto que en el caso que nos interesa, no hay nada claro. En la mayoría de las veces sobran muertos y faltan asesinos. Aquí parece que sobran asesinos...

COMANDANTE. — Todavía tenemos que conocer el informe del Médico. Si es un asesinato, tendrá que ser por envenenamiento...

JUEZ. — Claro está... Mire amigo (*al DETECTIVE*) a pesar de su frescura, es usted un hombre inteligente y de conocimientos. Le gusta la investigación criminal y quiere ayudarnos. Yo le voy a dar una buena oportunidad. Usted va a colaborar en este caso. Del sumario le diré lo que en realidad pueda decirle, en especial acerca de la vida anterior del muerto. Ese hombre era un tipo lleno de aventuras galantes. Un egoísta y un líder democrático sin un miligramo de sinceridad. Una vez...

*(Se oscurece el escenario y se ilumina el de arriba. El PORTERO escribe; los CADÁVERES SEGUNDO y TERCERO están con el DIFUNTO. El CADÁVER TERCERO nunca dice nada. Si-*

gue a los otros como un bobo y a veces asiente con la cabeza y dice Ajá o Ujú.)

CADÁVER SEGUNDO. — Usted podría hacerlo muy bien así. Tenemos maneras de comunicarnos. Usted mismo puede proyectar su espíritu detrás de él. Y poco a poco él iría sintiendo su presencia, hasta que, por un fenómeno de encarnación él llegaría a saber lo que deseamos...

DIFUNTO. — Ya he hecho algo así. Estuve junto a él... pero me canso... Lo raro en todo esto es la curiosidad. Ya nos mataron, y sin embargo, estamos empeñados en saber quién fué... como si eso pudiera resucitarnos.

CADÁVER SEGUNDO. — Todos nacemos para querer saber algo y morimos por querer tener algo...

DIFUNTO. — La verdad... Esto es lo que mata y resucita... La búsqueda de la verdad. Lo que cada uno creía que era la verdad. Para éste, la riqueza; para aquél, la gloria, par el otro, el amor, la honradez, la perfección... Por buscar la verdad, murieron casi todos... Y ahora, todavía quieren la verdad... Allí está el error. La perfecta virtud está en el sueño... *(Da señales de cansancio. La SEÑORA se asoma al balcón.)*

CADÁVER SEGUNDO. — Vea... ése es el detective... ése...

*(Se asoma el DIFUNTO.)*

DIFUNTO. — Sí... ése es.

CADÁVER SEGUNDO *(mirándolo profundamente)*. — Abstráigase usted... reconcéntrese...

DIFUNTO. — Pero, ¿es que también tienen espiritismo aquí arriba?

CADÁVER SEGUNDO. — Es igual a lo de allá abajo. Allá luchan por comunicarse con nosotros; aquí queremos comunicarnos con ellos. Lo que pasa es que casi nunca coinciden en llamarse dos al mismo tiempo. Cuando yo evoco a mi hermana, mi hermana está evocando a Chopin... Y

así no se puede. Se requiere la mutua evocación... Pero concéntrese usted y logrará, por lo menos, aproximar su espíritu al de él... aunque él, por ahora, no le haga caso...

DIFUNTO. — Más tarde... Para seguir a ese loco... hay que descansar mucho...

*(Se oscurece arriba. Se ilumina abajo.)*

JUEZ. — Bien. Estamos de acuerdo. *(Entra el Agente con la "Femme qu'on cherche". A la FEMME.)* Haga el favor de sentarse. *(Ella se sienta ante la mesa.)* Deseamos que nos ayude a investigar este caso. *(El DETECTIVE se retira discretamente.)*

FEMME. — No veo de qué manera podría ayudarles... Llegué allí y encontré un grupo de curiosos rodeando un cadáver. No sé más.

JUEZ. — Ocurre que los movimientos de usted no son satisfactorios.

FEMME. — ¿Pretende usted encontrar satisfacción en mis movimientos?

JUEZ. — Quiero decir que es usted francamente sospechosa.

FEMME. — Eso no quiere decir nada... Sospechosas pueden llegar a ser las misteriosas.

JUEZ. — ¿Y es usted misteriosa?

FEMME. — No pretendo tanto. Pero tengo mis aspiraciones...

JUEZ. — Bueno, señora, esto es un canasto de locos. ¿Usted no mató a ese señor, verdad?

FEMME *(misteriosa)*. — No pude...

JUEZ *(saltando)*. — ¿Cómo?

FEMME. — No tuve tiempo... No le conocía...

JUEZ. — ¿Y usted mata a los que conoce?

FEMME *(suspirando, sonrie)*. — Eso quisiera yo...

JUEZ. — Mire, señora; por ahora hemos terminado. No se aleje de por aquí... y tome algo ¿sabe? tome algo...

FEMME. — ¿Algo de qué?

JUEZ. — De lo que usted quiera... de whisky, de gasolina, de arsénico. ¡O duermo, o declaro que maté a ese desgraciado! (*Sale, desesperado*)

(FEMME queda sola. Entra DETECTIVE.)

FEMME. — Ah... el Director de escena...

DETECTIVE. — ¿Qué tal? ¿Se asesina o no se asesina?

FEMME. — Se conspira...

DETECTIVE. — En confianza... y permíteme la confianza... Estamos metidos en un lío que lo va a desenredar el Padre Eterno... Porque yo me voy a casar con usted en el presidio. Estoy dispuesto a confesar que yo maté a ese muerto.

FEMME (*zalamera*). — ¿Por honor... o en defensa propia?

DETECTIVE. — En defensa propia del honor. Me sedujo una hermanita...

FEMME. — No sea bárbaro.

DETECTIVE. — Soy hijo único. Pero soy capaz de inventar hermanas para lograr esposas.

FEMME. — Esposas en las muñecas...

DETECTIVE. — ¡Asesina de mi vida!...

FEMME. — ¿Y esa es su manera de investigar... y de tratar a las sospechosas?

DETECTIVE. — ¿Es que usted se figura que a mí me interesa ese muerto? Mis sospechas son otras... Sospecho que usted me va a matar... y sospecho que yo no voy a defender mi honor...

FEMME. — Pero tiene usted que hacer algo por justificarse. Una pista, huellas dactilares... cualquier cosa. A ese hombre parece que lo han envenenado. Investigue por allí.

DETECTIVE. — Los dos relojes... uno parado y otro andando...

FEMME. — Deje usted esos detalles para después. Investigue la forma de la muerte.

DETECTIVE. — Ciertamente... Murió a las cuatro de la ma-

ñana. A esa hora se sale porque se va de viaje... y nadie se desayuna... El café.

FEMME. — El café.

DETECTIVE. — Hay que buscar el café... La tacita del café.

Pues ya la habrán lavado. Un momento. (*Se asoma a una puerta y llama.*) Haga el favor. (*Entra la CRIADA.*)

DETECTIVE. — ¿Usted le dijo al Señor Juez que el señor iba a viajar esta mañana?

CRIADA. — Sí, señor. Todos se lo hemos dicho desde antes de las declaraciones. El señor salía de viaje.

DETECTIVE. — ¿Tomó algún alimento?

CRIADA. — Café... Yo lo hice... lo entregué a la señorita... y la señorita se lo entregó a la señora en la puerta de la habitación.

DETECTIVE. — Y la tacita del café... ¿Ya fue lavada?

CRIADA. — No señor... La tacita del café... no la encuentro.

DETECTIVE (*sobresaltado*). — ¿Cómo?

CRIADA. — No se encuentra... Es lo raro...

DETECTIVE. — El señor... ¿no tomó otra cosa?

CRIADA. — No. El señor estuvo anoche en una comida... en un banquete político. Llegó algo tarde y apenas durmió dos o tres horas.

DETECTIVE. — Gracias... Siga buscando la tacita del café...

(*Antes de retirarse la CRIADA, entra la VIUDA; al mirar a la CRIADA se detiene inmutada; detrás de ella viene la PRIMA, quien también ha escuchado las últimas palabras del DETECTIVE. Miran a la CRIADA en silencio. Permanecen un momento mirándose las tres, con desconfianza. CRIADA sale. VIUDA y PRIMA se miran. La VIUDA espera como queriendo que la PRIMA salga.*)

PRIMA. — Esta es la llave de su...

VIUDA (*arrebataándole la llave*). — ¡Tú, no! Yo. (*Al*

DETECTIVE.) Esta es la llave de su... oficina de la ciudad... (*La PRIMA la mira largamente y se va.*)

DETECTIVE. — Gracias. Ya la examinaremos. Señora... con mucha pena por su desgracia.

FEMME. — Señora...

VIUDA. — Gracias... Siéntense...

DETECTIVE. — Yo soy el... ¿Recuerda?

VIUDA. — Sí... el detective.

DETECTIVE. — Permítame presentarlas. Esta es la señorita de quien sospechamos todos.

VIUDA. — Mucho gusto.

DETECTIVE. — Si esto puede consolarla, puedo anunciarle que estamos sobre una pista interesante.

VIUDA. — Ah, ¿sí?

DETECTIVE. — Sí. La señorita aquí presente ha despertado fundadísimas sospechas. Pero necesitamos que usted nos ayude...

VIUDA. — He dicho todo lo que sé. El banquete de anoche. Que llegó como a las doce... despertó a las tres... salió a las cuatro y cuarto más o menos... Pero yo no deseo saber nada. ¿Por qué ese deseo de descubrir? ¿Es que van a resucitarlo?

DETECTIVE. — Pero la sociedad tiene que hacer justicia, señora...

FEMME (*levantándose*). — La sociedad... Los hombres son unos sinvergüenzas. Se muere un padre de familia. Los hijos varones se van a la sastrería y piden siete metros de dolor. Un traje negro, y ya está. En cambio a la hija, a la más necesitada de amparo, a la que perdió más que la sociedad entera, a esa, la sociedad le dice, con cara de Juez: Señorita: su padre ha muerto, yo, la sociedad, en lugar de distraerla, llevarla al cine y darle un Martini seco de vez en cuando, la condeno a usted a dos años de prisión y a llevar un colete de manera que

cuando le dé el viento parezca usted un vapor. La sociedad.

DETECTIVE. — Cierto. A los muertos los hace la sociedad. Ella se hace cargo del Remordimiento y hace muertos feudales que imponen tributos...

VIUDA. — Pero los muertos existen. Y están junto a nosotros...

DETECTIVE. — Tiene usted razón. Yo siento a veces que su marido de usted me acompaña.

*(Entra CRIADA.)*

CRIADA. — Señor, unos periodistas lo solicitan.

DETECTIVE. — Que me esperen un momento...

CRIADA. — Dicen que necesitan algo para la Tercera Edición...

DETECTIVE *(a VIUDA y FEMME)*. — Se han agotado dos ediciones... Voy en seguida...

CRIADA. — Señor...

DETECTIVE. — ¿Qué se le ofrece?

CRIADA. — Deseo hablar...

DETECTIVE. — ¿Del caso?

CRIADA. — Del caso...

DETECTIVE. — ¿Del café?

CRIADA. — Del veneno.

*(VIUDA la mira. Se miran todos.)*

TELON LENTO

## TERCERA EDICION

*Continúa la escena anterior, tal como quedó en la Segunda Edición. La CRIADA está de pie, ante el DETECTIVE. La VIUDA la mira, inmutada.*

DETECTIVE (*con voz asustada*). — ¿Quería usted hablar del veneno y del café?

CRIADA. — Precisamente.

DETECTIVE. — Pero no es a mí a quien usted debe hablar. Es al Juez. Estamos en un sumario y yo no me meto en eso...

VIUDA. — Aquí la primera que ha de hablar soy yo... Y no quiero hablar al Juez.

CRIADA. — Yo tampoco quiero hablar al Juez... Yo quiero hablar a un hombre, a una mujer... a un cristiano... a un Juez no.

DETECTIVE. — Pues, miren ustedes; yo voy a hablar con los periodistas... Luego, las llamaré... Que pasen los muchachos... y usted y el AGENTE, sigan buscando a ver si encuentran la tacita de café... (*La VIUDA, impresionada, sale. La CRIADA sale.*) (*A FEMME.*) Yo no sé cómo voy a salir de este lío...

FEMME. — Pero... ¿Llama usted lío a un asunto profesional?

DETECTIVE. — ¿Profesional?... (*Entran los periodistas; son tres.*) ¿Qué tal?

PERIODISTA PRIMERO. — ¿De manera que metido hasta el cuello?

PERIODISTA SEGUNDO. — ¿Cómo va la cosa, Mister Homes?

PERIODISTA TERCERO. — Vamos andando, que la tercera edición apura. ¿Quién mató al hombre?

DETECTIVE. — Hasta ahora... cualquiera.

PERIODISTA PRIMERO. — Mi impresión (*confidencial, mirando a la FEMME, quien estará en un diván abstraída*) es

que esa es la candidata. Ese hombre vivía de falda en falda...

DETECTIVE. — Ese es nuestro oficio: la impresión. La impresión que sentimos a primera vista produce la primera impresión del periódico. De nuestra segunda impresión nace la segunda impresión del diario. Y de la tercera impresión brota, al fin, la tercera impresión... la tercera edición, donde, por fin, se va perfilando algo menos impresionable o emocional: el camino de la verdad. Por eso, debemos cuidar más la tercera impresión, para hacer mejor la tercera edición. De manera que lo mejor es que se estén por allí, pues me parece que dentro de media hora o una hora podremos llevar algo sustancioso.

PERIODISTA SEGUNDO. — ¿Te parece?

DETECTIVE. — Estoy casi seguro. (*Son inseguridad.*)

PERIODISTA PRIMERO. — Entonces, te esperamos en el café.  
¿De acuerdo?

DETECTIVE. — Okey. (Salen los periodistas. *Mira al cielo.*) Animas del Purgatorio, todavía no llueve, pero me estoy ahogando.

(*Se oscurece abajo. Se ilumina arriba. Está sola la escena que da al balcón. Entra el DIFUNTO. Seguidamente entran, deslizándose y como persiguiéndole, los CADÁVERES PRIMERO, SEGUNDO y TERCERO.*)

DIFUNTO (*se vuelve con disgusto*). — Pero bueno, señores, ¿van a tener ustedes la bondad de dejarme a solas un momento? ¿Es que no se puede estar muerto en este lugar? ¡Un poco de consideración, señores!

CADÁVER SEGUNDO. — Pero, ¿qué le cuesta a usted, caballero, una pequeña recomendación?

DIFUNTO. — Oiga usted, señora...

CADÁVER SEGUNDO (*Suspirando*). — Señorita...

DIFUNTO (*la examina con los ojos*). — Dispense... no me había fijado. Pues oiga usted, señorita, voy a decirle dos

cosas: Primera, usted debería considerar que yo soy un asesinado reciente, que las tripas me duelen todavía, que necesito descanso y asistencia médica. *Se presume que a usted la estrangularon y no sabe lo que es un veneno en las tripas.* Segunda, parece mentira que una muerta de su edad, señorita, ande todavía preguntando quién la mató para salir por allí contándoselo a todo el mundo. Porque eso es lo que usted quiere. ¡Hay que ver el tema que tendrían sus visitas!

CADÁVER SEGUNDO. — Se conoce que usted es un muerto de ayer... o de esta mañana. Usted no sabe lo que es tener diez años vagando, sin saber quién lo estranguló a uno y sin tener nada que contar... Todo se me ha agotado, caballero...

DIFUNTO. — Invente algo. Diga que la mató su amante, por celos. Pero déjeme descansar un poco. Ya he bajado a tierra dos veces... Mañana... Yo haré lo posible.

CADÁVER PRIMERO. — La cosa es fácil para usted. Considere la situación de los asesinados venezolanos. Nunca hemos tenido un verdadero detective. De Colón acá, inventores nos sobran, pero descubridores, ninguno. Considere usted, pues, que el asesinato de usted es, mejorando lo presente, un feliz acontecimiento...

DIFUNTO. — ¿Sí?

CADÁVER PRIMERO. — En el sentido de con tal motivo ha surgido el DETECTIVE. Y desde luego, los fueros inmanentes de la Justicia reclaman reparaciones inaplazables. Precisa aprovechar las facultades de ese DETECTIVE para que descubra tantos casos enredados en la historia del crimen venezolano. ¿Nos negará usted su influencia?

DIFUNTO. — ¿Y qué puedo hacer yo, más de lo que hago? ¿Quiere usted que le salga a ese hombre y le diga que se encargue de los asuntos de ustedes? ¿Y si ese hombre se muere del susto? Y lo que es peor, ¿si ese hombre no cree en los muertos?

CADÁVER PRIMERO. — Los muertos nos comunicamos por irradiación de nuestra fuerza espiritual. Desplazamos el pensamiento del vivo...

CADÁVER SEGUNDO (*como repitiendo una lección*). — Y por un fenómeno de catálisis telúrica despertamos nuestro pensamiento en el pensamiento del ser vivo, encarnándonos en su mente hasta lograr un estado crónico de mediumidad...

CADÁVER TERCERO (*idiotamente*). — Pues, ¿cómo le parece que se lo sabe, no?

DIFUNTO. — ¿Y por qué no lo hacen ustedes mismos?

CADÁVER PRIMERO. — No podemos. El señor... (*señala al CADÁVER TERCERO*) es un espíritu primitivo, obtuso y frenológicamente inferior. Es el antropopiteco del trasmundo. (*El CADÁVER TERCERO se pavonea, orgulloso.*) La señorita... con el respeto que me merece, no sabe, no puede fijar su proyección anímica sobre nada del mundo. Murió soltera, junto a una celosía. Es versátil, antojadiza y chismosa. Es la inadaptada celestial.

DIFUNTO. — ¿Y usted?

CADÁVER PRIMERO. — En cuanto a mí... usted quizá no lo comprenda. Yo... estoy incomunicado.

DIFUNTO. — ¿En qué sentido?

CADÁVER PRIMERO. — Caballero, perdóneme usted. Yo soy poeta. Le aseguro a usted que no tengo la culpa. Reportero de Sucesos y poeta. Fue culpa de la Escuela, caballero... Nací a la vida del arte en la generación surrealista. Pero no comprendí los postulados. Tomé el continente por el contenido y me quedé solo con la vaguedad, creyendo que ella lo era todo. Ni una preocupación social, ni un soplo de humanidad que me pusiera en contacto con la tierra, con sus hombres y con sus angustias... No supe ser un surrealista nuevo... Y por lo que oigo... usted tampoco supo ser un socialista sincero...

DIFUNTO. — No hablemos de mí... Sigamos con usted.

CADÁVER PRIMERO. — Pues lo que decía a usted. No podía ver la tierra. No podía vivir sin el cielo. Ahora no puedo vivir sin la tierra.

CADÁVER SEGUNDO (*candoroso*). — Y si los que mueren en la tierra van al cielo, espero que los que se mueran en el cielo iñán a la tierra.

CADÁVER PRIMERO (*despreciativo*). — Eso es... para seguir asomada a una ventana escarbándoles la vida a los demás... Pues bien... Eso fui... Vine a caer en nefelibata, en ausente. Fui el poeta límbico, digno de la Presidencia de una nube o de la Secretaría General del Crepúsculo. Me mataron y he muerto sin contactos. Por eso estoy donde estoy.

DIFUNTO. — ¿Dónde está usted?

CADÁVER PRIMERO. — En el Limbo. Vengo aquí en los fines de semana. Soy vigilante del Kindergarten. Hago palomitas azules y traduzco al castellano el canto de los ruiñeños holandeses y el mugido de las vacas alemanas. Un fastidio.

CADÁVER SEGUNDO. — ¡Conmuévase, caballero!

DIFUNTO. — Estoy conmovido, señorita. Procuraré impresionar a mi Detective. Se lo prometo.

CADÁVER SEGUNDO. — Gracias, caballero. Es bueno que conozca nuestros casos... Vea, me asomé a la ventana por casualidad...

CADÁVER PRIMERO. — La verdad, señorita, la verdad. Usted se asomó a la ventana desde que nació.

CADÁVER SEGUNDO. — Bueno, eso no interesa. Me asomé a la ventana... Yo tenía unas joyas muy lindas... y un dinero ahorrado... Mi hermana estaba en su cuartito de música... con Chopín... Un hombre entró a la casa... me llegó por detrás y me echó las manos al cuello... No pude gritar... no pude ni verlo... El hombre llegó por detrás...

CADÁVER PRIMERO. — ¡Oh tristeza de las vidas equivocadas!

das! ¡He aquí el fracaso de la condición emocional, la catástrofe de la impresión, el cataclismo del mundo adocenado y de las almas a primera vista! Caballero, yo soy el filósofo de lo imprevisto. Vea usted a esta señorita. Estar día tras día asomada a una ventana, esperando a un hombre que debía venir por delante... y el hombre llegó por detrás...

DIFUNTO (*al CADÁVER PRIMERO*). — Cuénteme su caso.

CADÁVER PRIMERO. — Yo no tengo caso. Fui un caso perdido. No supe quién me mató, porque ya estaba inconsciente. Y además, casi muerto ya. Morí de hambre y el asesino sólo me dio la puntilla. Agregue usted una pequeña complicación del hígado, una cirrosis lírica que me ayudó a bien morir. No tenía con qué comer. Apenas tenía con qué beber.

DIFUNTO. — ¿Y está usted interesado en saber quién le mató?

CADÁVER PRIMERO. — De ninguna manera. Después de todo, no fue más que un cómplice en mi suicidio.

DIFUNTO. — Y entonces, ¿qué criminal quiere usted que se descubra?

CADÁVER PRIMERO. — Verá usted. Como le dije, represento al Limbo. Soy Delegado de la vida pasmada. Se me ha encomendado una misión confidencial, delicada; asuntos de familia. No ando detrás de un criminal odiado o despreciado. Mi función es el descubrimiento de la honorabilidad criminal, del honrado asesino. Represento millones de niños, matados por sus madres o por sus padres antes del parto. Los que han sido arrojados por los puentes; los que se encontraron comidos por los marranos; los que murieron de frío en parques solitarios, envueltos en un pañal de buena calidad. Ellos fueron la solución honorable del conflicto creado por un descuido en las precauciones anticoncepcionales del amor que pide a cuenta. Su muerte es el cero mata cero del balance de un mal ne-

gocio para el regreso y el ajuste del honor terrenal. Esas madres y esos padres son los mejores clientes del Limbo, los más seguros fabricantes de ángeles. Estoy curioso por comprobar que asesinar a un ángel hiere menos la dignidad social que matar a un pecador. Porque la muerte del ángel restablece el equilibrio de los hogares con pedegree. Comerse al hijo sin matrimonio regulariza la digestión del Honor. Yo he venido en busca del honor antropófago.

DIFUNTO. — En realidad, me ha conmovido usted...

CADÁVER TERCERO (*idiota*). — Como le parece que el hombre es faculto.

DIFUNTO. — A ver usted, caballero... (*al CADÁVER TERCERO.*) ¿Quién es usted?

CADÁVER TERCERO (*orondo*). — Yo soy general...

DIFUNTO. — ¡Ah, vamos! Usted fue matado en la guerra. Solicita usted a los criminales culpables de las guerras civiles, a los grandes asesinos colectivos. Muy bien. Realiza usted función social de muerto preocupado. Su caso no será difícil.

CADÁVER TERCERO. — La cosa no fue así.

CADÁVER PRIMERO. — Muy bonito lo que usted dice. (*Al DIFUNTO.*) Pero ese no es el caso del señor. El señor no murió en la guerra.

CADÁVER TERCERO. — En mi cama. Con un cuchillo me mataron. Y limpiaron el cuchillo en el mosquitero. Sí señor. Yo estaba durmiendo en el Palacio. Sí señor. Y me mataron. Esa es la política... ¿Cómo le parece?

CADÁVER PRIMERO. — Allí tiene usted el error de la primera impresión. Un general debería morir en la guerra. Un comandante o un capitán deberían saber lo que es un cañón de frente. Pues, así como hay abogados a los que yo nunca les confiaría un pleito, hay generales a los que yo nunca les confiaría un cañón. Y menos una muerte heroica. Por aquí hay varios comandantes que nunca

vieron un combate. Pero ganaron sus títulos soñando con los grandes guerreros libertadores o conquistadores. Pero como no tenían calidad para la épica, se dedicaron a la profesión de librar batallitas contra constituciones líricas. Iban ganando estrellas y perdiendo cielo. Una vergüenza para el panteón de los muertos, pero un negocio para el panteón de los vivos. De una de esas combinaciones murió el señor.

DIFUNTO (*recriminatorio*). — ¿Intentaba usted derribar el poder civil y la autoridad de las instituciones democráticas?

CADÁVER TERCERO (*al PRIMERO*). — Conteste usted, que sabe...

CADÁVER PRIMERO. — Este es aquel que mataron en el Palacio Presidencial...

DIFUNTO. — ¡Hombre, claro! ... No lo recordaba. Está un poco cambiado ... pues, claro, sí ... Pues ... lamentándolo mucho ... lo noto delgado ...

CADÁVER TERCERO. — Pues, es que he estado muerto.

DIFUNTO. — Seguramente ... Ya se repondrá ... De modo que usted no sabe todavía ...

CADÁVER TERCERO. — Tengo mis malicias, pero ...

CADÁVER PRIMERO. — Yo ... con el permiso ... le he confeccionado una síntesis explicativa en consideración a que sus posibilidades de expresión se reducen a una serie de reminiscencias verbales del período aglutinante del lenguaje. La combinación era un triángulo rectángulo, para la explotación de la geometría política y de la geografía económica del país. El era el cateto acostado. En el triángulo feudal se movía la estólida proyección de los catetos sobre el falso descuido de la maliciosa hipotenusa, que era el jefe. Y así fue como la sombra del Palacio, sobre el pizarrón de aquella noche, precipitada la solución del teorema por el desajuste triangular, este caballero quedó formando un ángulo recto con el resto de los acontecimien-

tos... A él le gusta mucho esta explicación. Y está muy clara, ¿verdad?

CADÁVER TERCERO. — Pues así mismo fue.

DIFUNTO. — Está clarísimo. Y díganme, ¿no tienen por aquí un compatriota que haya sido detective, aunque lo fuera empírico?

CADÁVER SEGUNDO. — Tenemos uno, asesinado también. Y no ha descubierto ni al que lo mató a él.

DIFUNTO. — Pues no hay más que hablar. Descansaré un momentito y me dedicaré a la catalisis espiritual...

CADÁVER SEGUNDO (*suplicante*). — No se olvidará de mí, ¿verdad caballero?

CADÁVER PRIMERO. — ¡Qué ocurrencia, señorita! Usted es inolvidable... como un asesinato.

*(Se oscurece arriba. Se ilumina abajo. La FEMME se ha quedado dormida en un diván. La VIUDA la contempla y sonríe. Sale procurando no hacer ruido. La PRIMA, en apariencia vigilando a la VIUDA, desfila detrás, silenciosa y cautelosa. En la misma forma la CRIADA. Pero antes de que esta haya salido, se presenta el DETECTIVE, seguido del AGENTE.)*

DETECTIVE (*a la CRIADA*). — ¿Qué pasa?

CRIADA. — Nada... (*Despierta la FEMME.*)

AGENTE. — Aquí está. (*Entrega al DETECTIVE un frasco pequeño.*) Lo hallé en un armario.

DETECTIVE (*tomándolo y examinándolo*). — ¿El veneno?

AGENTE. — En la hipótesis. El letrado, por lo menos...

*(Sale.)*

DETECTIVE. — Efectivamente... (*Leyendo.*) Sulfato de estricnina... Y faltan varias pastillas... (*Súbitamente se vuelve a la CRIADA.*) ¿Usted quería hablarme?

CRIADA. — Sí, señor... (*A la FEMME que quiere irse.*) Preferiría que haya una mujer aquí...

(Se sientan, DETECTIVE en el sitio del JUEZ. CRIADA enfrente. FEMME en una silla cercana.)

DETECTIVE. — Usted dirá.

CRIADA (*rencorosa*). — Yo sé muy bien que ya ellas me han delatado...

DETECTIVE (*vacila, pero luego se enmienda*). — ¿Ellas?...

Ah, sí. ¿Y usted qué tiene que responder a eso?

CRIADA. — Yo... yo no tengo nada que esperar. Ya no me importa nada. Es verdad; ellas me acusan por rencor. Yo me acuso, por desesperación. Sí lo maté.

DETECTIVE. — ¿Confiesa usted que lo mató? ¿Se lo diría al juez?

CRIADA. — Después que me oiga, que entienda ciertas cosas, ya no me importa que lo sepa el juez. (*Entra el DIFUNTO, se sitúa detrás del DETECTIVE.*)

DETECTIVE. — Explíquese.

CRIADA. — Era un hombre malo. Mi padre me trajo a trabajar aquí, porque mi padre, que es hombre honrado y trabajador, creía ciegamente en él... Aquí me enamoró... Estoy embarazada.

DETECTIVE. — ¿Cómo lo mató? ¿Con esto? (*Muestra el frasquito. Ella asiente.*)

CRIADA. — Ayer al mediodía llegó con ese frasquito de medicina. Dijo, al sentarse a la mesa, que dos pastillas de esas podrían matar a un caballo. Guardó el frasquito en un armario del comedor. Esta madrugada, hice el café para él... y le eché dos pastillas.

(*El DIFUNTO está asombrado.*)

DETECTIVE. — ¿Le entregó usted misma el café?

CRIADA. — Se lo entregué a la prima de la señora, quien se lo llevó y lo entregó a la señora en la puerta del dormitorio... (*Se levanta.*) Al juez le diré lo que él quiera... Ahora... yo no quiero que mi padre me vuelva a

ver... Mi padre creía en él... y creía en mí. (*Sale, rígida.*)

DETECTIVE (*a la FEMME*). — ¿Qué le parece? ¿Y ahora, cómo queda usted?

FEMME (*angustiada*). — Hay que investigar mejor...

(*La PRIMA ha entrado, silenciosa, lenta, pero resuelta. Los otros la miran, expectantes.*)

PRIMA (*fría, cortante*). — Ya esa mujer habló, ¿verdad?

DETECTIVE. — Habló. ¿La escuchó usted?

PRIMA. — No la escuché. Pero sé lo que dijo. La he vigilado bien...

DETECTIVE. — ¿Y qué me dice usted de eso?

PRIMA. — Ya no me importa nada... Que me delate ella, que me delaten todos. Es verdad. Lo maté. (*El DIFUNTO se rasca la cabeza, asombrado.*)

DETECTIVE (*sobresaltado: se miran él y FEMME*). — ¿Cómo dice?

PRIMA. — ¿Ya no se lo dijo ella?

DETECTIVE (*enmendándose*). — Claro... sí, pero siempre... no esperé que usted...

PRIMA. — Le repito que ya nada me importa. No resisto más este día espantoso... Me alegro de que haya una mujer aquí... una mujer que pueda comprender...

DETECTIVE. — Hable, se lo suplico... Yo también comprendo... aunque no comprendo nada.

PRIMA (*se sientan*). — Merecía la muerte. Era un malvado.

DETECTIVE. — El juez me ha contado algo... Usted era la dama de la *garçonnier*...

PRIMA. — Yo fui una de las damas de la *garçonnier*... Pero... murió por traidor... por adúltero...

DETECTIVE. — ¿Adúltero?

PRIMA. — Adúltero. Ya me explicaré. Usted, posiblemente comprenderá mi criterio. Esta mujer, estoy segura de que lo comprenderá... o por lo menos... lo excusará... Ese

hombre fue mi novio. Estoy segura de que me quería. Pero pudo más su ambición. Su ambición social y política...

DETECTIVE. — ¿Social? ... Pero la prima de usted...

PRIMA. — Espere. Mi prima, es verdad, es de clase social inferior a la mía. Pero tiene dinero... y es de esa clase... Dos cosas que él necesitaba...

DETECTIVE. — No lo entiendo.

PRIMA. — Lo entenderá. Mi prima es hija de un trabajador que hizo su dinero luchando en los cacaotales de Barlovento. Retirado del trabajo, era hombre rebelde e igualitario, a pesar de su riqueza. Mi novio fue buen calculador. Me dejó por ella. Yo tenía clase y era pobre. Al casarse con ella adquiriría el dinero, imprescindible para su vida de político elegante, para su vida de egoísta, para su vida privada de hombre público, y adquiriría otra cosa: la fama de demócrata. Su matrimonio era una demostración resonante de su gran corazón igualitario. Dejando a una de mi clase por una de... la otra... patentizaba su democracia y multiplicaba su prestigio entre los proletarios que engañaba miserablemente. Al casarse, mi prima subía hacia arriba, hacia la clase superior. El... subía... hacia abajo... subía hacia el alma de los pueblos inocentes. Ascendía a demócrata.

DETECTIVE. — Entiendo...

PRIMA. — Después... me buscó de nuevo... me volvió a engañar... Y yo volví a él. Nos enamoramos más que antes... El engañaba a su esposa conmigo. Era adúltero, en el sentido meramente legal de la palabra. También nos engañaba con otras, de modo pasajero... Adulterios convencionales, que para mí no valen nada... Pero a mí me quería... y últimamente, rompió conmigo.

DETECTIVE. — ¿Rompió... con usted?

PRIMA. — Rompió conmigo... Pudo más, otra vez su cálculo. Temía que su esposa lo estaba descubriendo, que se

venía abajo todo su armatoste político... Y se estaba entregando a ella... sin quererla... con asco... pero con absoluta resolución. Si adulterio legal es traicionar a la esposa con la amante... si adulterio convencional es engañar al compromiso social con el compromiso vital... si adulterio... formalista es burlar el documento por el sentimiento, yo declaro que es adulterio más sucio el aplastar el sentimiento por el documento y traicionar la verdad por la ficción legal... Los dos somos periodistas... (*a la femme*) las dos somos mujeres... A ver si nos entendemos o no nos entendemos los tres.

(*Pausa penosa.*)

DETECTIVE. — ¿Lo mató... con esto? (*Le muestra el frasco.*)

PRIMA. — Con eso. Ayer en la mañana tuvimos la última escena. Espantosa. Al mediodía se presentó con ese frasquito y dijo que dos de esas pastillas matarían a un caballo... Lo guardó en un armario del comedor. Esta madrugada, la criada me entregó el café. Fui al comedor, eché dos pastillas en la taza y la entregué a mi prima en la puerta de su habitación... Ahora... (*levantándose*) estoy dispuesta a hablar con el juez... (*Sale, lentamente.*)

DETECTIVE (*desesperado a la FEMME*). — ¿No me nota las pupilas dilatadas, los ojos extraviados?

FEMME. — Todavía no...

DETECTIVE. — ¿Y qué vamos a hacer con usted como sospechosa? ¿Y lo peor es que siento al difunto aquí, a mi lado!

FEMME (*sobresaltada*). — Todavía tiene usted que investigar. Hay dos declaraciones contradictorias... que pueden ser falsas... Hay que buscar las razones de esa falsedad.

(*La VIUDA entra, rígida y lenta. Ambos callan y la miran.*)

VIUDA. — Siéntense, por favor. (*Se sientan.*) Ustedes son

testigos de que yo quise hablar primero... Pero ellas andaban espiándome y espiando el momento. Ya lo han dicho todo, ¿verdad?

DETECTIVE. — Todo, señora.

VIUDA (*suave*). — Bueno... Al señor juez de instrucción se le podrán suministrar los datos que la Ley requiere. A ustedes, porque me parecen gentes buenas, puedo decirles otras cosas... Me gusta que haya aquí una mujer... Y ustedes son simpáticos... Son ustedes unos tipos fantásticos... simpáticos... Me gustaría tenerlos de amigos... cerca. Vivo tan sola, sin amigos... con mi muerto...

DETECTIVE. — Con nuestro muerto, señora...

VIUDA. — Yo siento que él está cerca de mí...

DETECTIVE. — A veces, señora, porque a veces me parece que él la ha dejado a usted por mí.

VIUDA. — Ahora está más conmigo que antes. Siento que me mira y me dice: Amor mío, soy tuyo, sólo tuyo. Ahora, ya no soy más que tuyo...

(*El DIFUNTO la mira alorado.*)

DETECTIVE. — Nuestro, señora, aunque me esté mal el decirlo... Pero estando yo cerca de usted, su marido tendrá seguramente menos trabajo. Matará dos pájaros con una piedra.

VIUDA. — Son muy simpáticos... y comprensivos. Dígame: si usted llegara a descubrir que ella es la asesina, ¿la entregaría a las autoridades?

DETECTIVE (*apurado*). — Yo... Yo soy aficionado nomás, señora... Y vivo solo, como usted... Me falta calor...

VIUDA. — Pero la justicia... la sociedad...

DETECTIVE. — Sí... comprendo... Pero la sociedad tiene ya muchos criminales. Con uno que yo le hubiera quitado, no iba a perder gran cosa. Y en resumen, señora, a mí me interesa esta mujer mucho más que a la Policía...

VIUDA. — Muy bien... Por eso, no me importa nada, si

dos almas vivas y el alma de un muerto llegan a comprenderme. Ya sé que ellas me han espiado y después han venido a delatarme. Lo maté porque lo adoraba. (*El DETECTIVE da un salto. El DIFUNTO queda aplastado con las dos manos apoyadas en el suelo, a su espalda. La FEMME se pone de pie violentamente y luego se va sentando poco a poco, como agotada.*)

DETECTIVE. — Señora... déjese de juegos pesados...

VIUDA. — Ya sé que usted querría encubrirme. Pero es peligroso, si ellas me acusan ante el Juez. Cálmense. (*Pausa.*)

Lo maté porque lo quería...

DETECTIVE. — ¿Porque lo quería?

VIUDA. — Sí... El era político ambicioso... arquitecto... y un poco relojero, por afición. Creo que fue relojero antes de arquitecto. Era novio de mi prima. Yo era rica. Me enamoró. Dejó a mi prima por mí. Lo quería y no pudo resistir. Logró mi dinero y el prestigio democrático que le daba el matrimonio conmigo. Después... siguió su vida atropellada de conquista.

FEMME. — Don Juan Político...

VIUDA. — Era contradictorio... y humano. Quería que su nombre fuera intocable. Me pedía el recato más estricto...

FEMME. — El abanico de Lady Windermere... El nombre del marido...

VIUDA (*sonríe*). — ¿Ya lo sabe? Le hice leer esos dos libros. Le hicieron molestarse. Así era, como esos modelos del egoísmo humano. Brillaba en los salones, en los cabarets, entre las multitudes. Proclamaba la defensa de los pobres. Y se llenaba de mujeres como un borracho de aguardiente... Y el cuidado del hogar quedaba en manos de la esposa... Dice muy bien Giacosa: el nombre del marido lo cuida la mujer. Y el nombre de la mujer... lo cuida la mujer, ¿verdad? yo lo cuidaba. Y acaso mi cara fue lo único que lo consoló de haberse casado conmigo... (*El DIFUNTO mira al suelo.*)

DETECTIVE. — ¿Su cara?

VIUDA. — Sí, mi cara fea...

DETECTIVE. — ¿Fea? Es usted una hermosa, una linda señora...

VIUDA. — Bien; mi cara oscura, mi cara mulata. Podía estar más seguro de dejarme sola. Yo no ofrecía peligros de tentación... Inventaba viajes. Tenía una garçonniere... ¿Lo sabían, verdad?

DETECTIVE. — Sí, señora.

VIUDA. — Comprendí que me tenía repugnancia... Pero le ocurría una cosa extraña, en apariencia. Cuando me dejaba sola, me recomendaba cuidarme mucho. Me vigilaba un poquitín. Creo que hasta me celaba algo. Pero no me celaba a mí, no. Celaba su nombre, su ilustre nombre, su insigne dignidad, su limpio prestigio, su honor glorioso... Y oiga usted (*al* DETECTIVE), para muchos, quizá todavía soy... bella. Para él, para su concepto de la belleza, era fea.

FEMME. — Para su vanidad repugnante...

VIUDA. — Yo sentía que cuando estaba conmigo, en la alcoba, me hubiera querido hermosísima, la más bella de las mujeres. Pero cuando salía de viaje, le gustaba que yo fuera... como soy... Creo que lo único que le consolaba de mi fealdad era mi ausencia; o al revés. Sabiéndome fea, estaba seguro de que no me buscarían, de que su buen nombre no sería manchado... Me sabía fea, porque para él, era fea.

FEMME. — Un sinvergüenza, señora, y dispéñeme.

VIUDA. — Pero yo le adoraba. Y creía que eso era lo natural, que todos los hombres eran así. Que cuando salen de sus casas quisieran afean a sus mujeres para que nadie se las vea... y cuando regresan, embellecerlas para ellos solos... Ausente, me quería fea. Presente, me hubiera querido linda. Por eso se ausentaba para buscarlas lindas, estando seguro de su buen nombre con la fea...

Hablando de los muertos dijo un día que si los muertos pensaran debían sufrir mucho los muertos que dejaron viudas bellas...

DETECTIVE. — ¿Dijo eso... junto a usted?

VIUDA. — Junto a mí... Y me dejó pensando. Por eso, ayer, cuando trajo ese frasco de pastillas venenosas y dijo que dos de ellas podrían matar a un caballo, recordé sus palabras... Vivo es presente... muerto es ausente. Presente, me quería hermosa; ausente, me prefería fea. Vivo, me hubiera deseado bella, blanca y rica. Muerto, sin duda me prefiere negra y fea. Cuando guardó las pastillas en el armario del comedor, concebí la idea de matarlo. Súbitamente y resueltamente.

DETECTIVE. — ¿Cuándo lo mató?

VIUDA. — En la madrugada. La CRIADA preparó el café y lo entregó a mi prima en la cocina. Esta me lo trajo a la alcoba y yo tenía ya las dos pastillas en un bolsillo de mi bata... El estaba en el baño. Allí le llevé el café. (*El DIFUNTO se pasea agitado, secándose el sudor.*)

FEMME. — Si los muertos escuchan, ese hombre estará sintiendo el sudor de la muerte.

VIUDA. — Ultimamente quiso apegarse a mí... como político que era... Pobrecito... Los muertos con viudas bonitas sufren mucho. Las dejan solas demasiado tiempo... Ya no necesita a las mujeres... Es mío, sólo mío... Desvestido de la sensualidad, sólo le queda cuidar su nombre ilustre. Y conmigo, está seguro. Su honrado nombre está en mis manos, en mi recuerdo (*solloza contenidamente*) en mi alma hermosa, enamorada y blanca que él no podía querer. Los muertos y los ausentes son la misma cosa. Los muertos... las prefieren negras... Y yo soy la viuda ideal de un hombre honrado.

(*Pausa.*)

VIUDA. — ¿Me acusarán también ustedes?

FEMME. — Señora... nosotros comprendemos...

VIUDA. — Gracias... (*Levantándose.*) Muchas gracias...

(*Sale, lenta.*)

DETECTIVE. — Casado por interés y muerto por amor... O yo me vuelvo loco o me voy de esta casa...

FEMME. — Espere...

DETECTIVE. — ¿Que espere? Yo no aguanto más. (*Saca el frasco y lo contempla.*) Dos pastillas matarían a un caballo... ¿Y por qué no matarían un caballo? (*El DIFUNTO, deshecho, se reclina en la espalda de la silla del DETECTIVE.*) Es preciso que tome una determinación inmediatamente. A ese hombre lo asesinaron las tres. ¡Seis pastillas! ¡Tres caballos! (*Se vuelve hacia ella.*) ¿Y usted? ¿Qué ha hecho usted?

FEMME. — Espere... Persiste la contradicción...

DETECTIVE. — ¿Por qué permanece usted en esta casa del crimen? Esas tres mujeres han mentido por algo... Algo esconden. Si ese hombre se toma seis pastillas no llega a la puerta de la casa. Y usted está metida en esto. Usted tenía algo con ese hombre.

FEMME. — No, yo le juro que no.

DETECTIVE. — Y eso de los dos relojes, uno parado y el otro adelantado... Usted tenía algo...

FEMME (*angustiada*). — No... por favor...

DETECTIVE. — Pues entonces, abandono este asunto...

FEMME (*ya serena*). — Permítame que le diga que me parece usted tan detective como yo.

DETECTIVE (*asustado*). — ¿Por qué dice usted eso?

FEMME. — Tengo práctica en la materia. Conozco muchos policías, por lo menos. Ninguno procede como usted. Usted no hace nada por el crimen. Parece usted un crucigramista ambulante que estuviera persiguiendo, no ya una criminal sino una vertical... o una horizontal...

DETECTIVE. — Si lo dice por usted, le aseguro que mis intenciones son ... pues ... verticales ...

FEMME (*acariciadora*). — Me contenta ... ¿Y cómo va usted a resolver esto?

DETECTIVE. — ¿Yo? Marchándome. Tres asesinas, una sospechosa y un solo muerto. O sobran tres criminales o faltan tres muertos. Bueno, de aquí no paso. Yo también voy a confesar.

FEMME. — ¿Que usted lo mató?

DETECTIVE. — No. Que todo esto es apariencia. Que yo me he metido en un lío del demonio sin ninguna necesidad. Porque la verdad es que yo nunca he sido detective, ni aficionado siquiera a la investigación. Que me acerqué allí por entrometido y curioso. Que yo soy un poeta, cronista de sucesos, aficionado a los toros, tercera base de una novena de base ball de quinta categoría, crucigramista especializado en horizontales fáciles y fresco profesional ... ¡Pero detective, nunca! ... (*El DIFUNTO levanta las manos al cielo.*)

FEMME. — Entonces ... ¿Un fresco? ...

DETECTIVE. — ¡Un refresco! Veo un grupo de gentes trasnochadoras. Me abro paso. Encuentro un cadáver y con la misma naturalidad me le echo encima y empiezo a tocarlo. Desde ese instante, detective. Como base, eso es falta de policía. El agente que estaba allí, encantado de la vida.

FEMME (*resignada*). — Conozco el fenómeno. Ese policía no podía suponer sino que usted tenía derecho a hacer lo que hacía. Es el mito. Si usted llega con timidez el policía lo echa pero su audacia fue tomada por legalidad. Y se formó su autoridad. La frescura es uno de los fundamentos de la autoridad mitológica. Una cosa audaz que se mueve con la soltura de la Ley, puede suplantar a la Ley misma. Por mí, usted es un fresco. Para

el policía, usted es un Código. (*El DIFUNTO está sentado, con la cabeza entre las manos.*)

DETECTIVE. — Y ahora, ¿qué hago?, todos están pendientes de mí. Creen que ando detrás de una pista. Me tienen miedo. Van a reunirse aquí. Hay tres confesiones, pero me temo que son imposibles, porque con seis pastillas ese hombre no se hubiera movido tres metros. Soy la mayor víctima de eso mitológico de la primera impresión, de la autoridad por generación espontánea, de la capacidad emocional del suceso periodístico... Y estoy resuelto a declarar la verdad... que nunca he sido detective... que soy un fresco... Aunque me den una paliza.

FEMME. — ¡Imposible! (*Se levanta, alarmada.*) Se lo prohibo a usted. ¡Usted seguirá siendo detective! (*El DIFUNTO levanta la cabeza, interesado.*)

DETECTIVE. — ¿Cómo dice?

FEMME. — Hágalo usted por mí... (*suspirando.*)

DETECTIVE. — ¿Otro misterio?

FEMME. — Reflexione... Pueden sospechar de usted... Después de todo, el asunto es curioso... En cada hombre hay un detective fracasado... Y a lo mejor usted tiene condiciones...

DETECTIVE. — En confianza, es interesante... y desesperante. Lo peor es que siento hasta cierta vergüenza con el muerto. Me parece que me he creado alguna responsabilidad para con el cadáver... Estoy estorbando a la justicia... Y me obsesiona el muerto, señorita... (*Se pasea. El DIFUNTO le sigue en su paseo.*) Me obsesiona, me sigue, me persigue. Aquí mismo lo siento, aquí atrás. (*Señala al DIFUNTO y casi le toca.*) ¡Qué barbaridad! Estoy tentado de falsificar una carta del muerto diciendo que se envenenó...

DIFUNTO. — No sea usted idiota. Si así fuera, el muerto no le hubiera dicho al policía: "Me mataron".

DETECTIVE. — Pero ya me parece que estoy oyendo al

muerto: "No sea usted idiota. Si así fuera, el muerto no le hubiera dicho al policía: "Me mataron".

FEMME. — Pero, en fin, ¿de quién sospecha usted?

DETECTIVE (*cariñoso*). — De usted.

FEMME (*feliz*). — ¿De veras? ¡Júreme que sospechará toda la vida!

DETECTIVE. — Toda la vida... (*Embobados, se miran.*)  
Asesina mía...

DIFUNTO. — Muy bien. Va usted a enamorarse ahora de la asesina...

DETECTIVE. — ¡Oh! Ya me parece que el muerto me dijera: Muy bien... ¿cómo decía?

DIFUNTO. — ...va usted a enamorarse ahora de la asesina... Y eso no sería nada. Es que ahora veo crímenes por todas partes. Todos los crímenes sin solución me persiguen, como pidiéndome que los descubra. Los niños matados al nacer... la solterona de La Pastora... el general de Palacio... Ando remolcando un cementerio... Soy la grúa de los carros fúnebres... No... yo no sigo en esto. Yo digo la verdad...

FEMME (*suplicante*). — ¡No! ¡Por favor! ¿Qué va a ser de mí? Un poquito más...

DETECTIVE (*asombrado*). — ¿Pero qué otro lío es este?

FEMME (*tras un silencio penoso*). — ¿No me despreciará cuando sepa que no soy una asesina?

DETECTIVE (*reflexiona*). — Bueno... eso depende... ¿Quién es usted?

FEMME. — Confío en usted... Yo soy "la femme qu'on cherche".

DETECTIVE (*el DIFUNTO interesadísimo*). — La... ¿Cómo dice?

FEMME. — "La femme qu'on cherche..." La mujer que se busca. Ya usted sabe que hay un proverbio francés que dice que en todo crimen misterioso hay que buscar a la mujer... Cherchez la femme...

DETECTIVE. — Sí... comprendo... pero...

FEMME. — Soy sola, con mi madre... muy pobres... un caso vulgar... como usted...

DETECTIVE. — Gracias...

FEMME. — De nada... Como usted, estoy haciendo el mito. Pero yo lo hago premeditadamente. Trabajo mucho. Mi madre necesita mucho cuidado... Soy honrada... Quiero casarme...

DETECTIVE. — ¿Y así se va a casar?

FEMME. — Espere. En esta época fantástica, los hombres son escurridizos y tan estúpidos como siempre; van detrás de la misteriosa autoridad de la apariencia. Leyendo libros de crímenes me di cuenta de las grandes posibilidades de la mujer en ese campo. Empecé a ser la mujer sospechosa. Ensayé varias veces. Perfeccioné mis facultades de misterio. Intervine en varios casos... Ser sospechada, ser seguida, ser acusada; ser absuelta; ¡víctima de la justicia!, aclamada... casada... pero eran detectives gordos y casados. Necesitaba hacerme seguir por alguien que... me gustara... (*él se le acerca más*) no se fijaban en mí. Hasta me descubrían... No eran detectives... así...

DETECTIVE (*arrobado*). — Una criminal como para...

FEMME. — Como para un detective así... (*DIFUNTO cae, desesperado, en el sillón.*)

DETECTIVE (*le toma las manos*). — De manera que ni a ti te he descubierto...

FEMME. — Perdóname que no haya matado a ese señor... No fue culpa mía.

(*El AGENTE irrumpe violentamente.*)

AGENTE (*mirándolos*). — Conque sospechosa, ¿eh? Y usted aficionado a la investigación... (*al AGENTE.*) En la hipótesis... Aquí está la taza... (*Trae una taza en la mano.*) Metida en el armario del baño.

DETECTIVE (*toma la taza de café. La huele*). — Está llena.

Ni siquiera la probó... Pues claro, si este café huele a drogas a diez metros de distancia... Está bien claro... Olió, sospechó y la guardó. Todo está como al principio.

*(Entran JUEZ y COMANDANTE. Movimiento.)*

JUEZ (*a* DETECTIVE). — De manera que detective, ¿eh?...  
(*A* AGENTE.) Llame a la familia inmediatamente. (*Salen* AGENTE.)

DETECTIVE. — La taza de café está intacta.

JUEZ. — No se ocupe de tazas de café... (*Entran* VIUDA, PRIMA y CRIADA.) Señora, debo manifestarle que el médico ha practicado la autopsia. Se ha encontrado lo siguiente: restos de alguna droga excitante, capaz de congestionar durante la digestión, pero no precisamente venenosa. Gran cantidad de materias alimenticias. Muchos pedacitos de langosta... Huellas del banquete de anoche... Por lo demás, síncope cardíaco...

DETECTIVE. — ¿Langosta?... Apoplejía política. (*El* DIFUNTO *sale, desesperado, con los brazos en alto.*)

JUEZ. — Mi señora, cualquier información complementaria se la enviaré. Le ratifico mi condolencia. Buenas noches.

VIUDA. — Buenas noches... (*Salen* AGENTE, CRIADA, PRIMA, JUEZ, COMANDANTE. *Solos* VIUDA, FEMME y DETECTIVE.)

DETECTIVE. — Y eso de los dos relojes...

VIUDA. — Era relojero aficionado. Le gustaba componer los relojes de sus amigos.

DETECTIVE. — Nada... Todos queremos siempre matar a alguien. Y nos traiciona y se muere antes... En dos cosas se ha equivocado usted, señora: Ni mató a su marido ni es fea. Su marido murió y usted es una linda señora...

VIUDA. — Son muy simpáticos...

*(VIUDA va saliendo lentamente.)*

FEMME. — Detective...

DETECTIVE. — Dime una cosa... ¿Tú estás loca o cuerda?

FEMME. — Cuerda.

DETECTIVE. — Pues tú eres la cuerda para este loco...

FEMME (*soñando*). — Los muertos las prefieren negras...

(*La VIUDA se vuelve de la puerta a mirarlos, tristemente sonríe.*) Hay amor y resignación en eso... Voz de África íntima, y resignada... Los muertos las prefieren negras.

DETECTIVE (*ambos asidos, mirando lejos*). — Te recomiendo un África superficial, costanera y colonizada. Con ingleses, franceses, italianos, portugueses, que conozcan la vanidad... Allí los muertos las prefieren negras... Porque en el África íntima, profunda y original, pasa lo contrario... los negros las prefieren muertas... y asadas...

(*Rien. La VIUDA sonríe.*)

(*Así se oscurece abajo y se ilumina arriba. Un SERENO cruza la escena, gritando.*)

SERENO (*voz profunda*). — ¡Las diez y sereno!... ¡A dormir en paz!...

TELON LENTO

# INDICE

	PÁG.
	<hr/>
NOTICIA . . . . .	9
El Cristo de las Violetas . . . . .	11
ABIGAÍL	
PRÓLOGO . . . . .	95
Abigaíl . . . . .	97
Los muertos las prefieren negras . . . . .	189

ESTE LIBRO  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN ARTES GRÁFICAS  
BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A.  
AMEGHINO 838 — AVELLANEDA  
BUENOS AIRES  
EL DÍA 23 DE MARZO  
DE 1960.